

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN PEDRO CLAVER, APÓSTOL DE LOS NEGROS

LIMA – PERÚ

SAN PEDRO CLAVER, APÓSTOL DE LOS NEGROS

Nihil Obstat
Padre Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

1. Sus primeros años.
2. Entrada en la Compañía de Jesús.
3. Viaje a América. Cartagena.
4. Evangelización de los negros.
5. Carta del padre Claver.
6. Apostolado con los negros enfermos.
7. Apostolado con los enfermos del hospital.
8. Apostolado con los leprosos.
9. Apostolado con los presos.
10. Apostolado con los no católicos.
11. Apostolado misionero.
12. Apostolado de la confesión.
13. Celo pastoral.
14. Algunas virtudes.
15. Medios de evangelización.
 - a) La oración. b) Las imágenes.
 - c) La santa cruz. d) El agua bendita.
 - e) La bendición sacerdotal. f) El rosario.
 - g) La misa.
16. Dones sobrenaturales.
 - a) Levitación. b) Conocimiento sobrenatural.
 - c) Don de hacer milagros.
17. La muerte.
18. Milagros después de su muerte.
19. Beatificación y canonización.

REFLEXIONES

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

San Pedro Claver es un santo extraordinario, que consagró su vida al cuidado y atención de los negros esclavos que llegaban de los países de África occidental. El día de su profesión perpetua se consagró como esclavo de los negros para siempre.

Realmente fue admirable en servirlos, atenderlos como un padre, preocupándose de la salud de sus cuerpos y, sobre todo, de su salvación eterna. Para ello no escatimaba trabajos ni sacrificios y tenía un equipo de traductores negros para ayudarle en la tarea de la evangelización.

Fue un hombre de Dios muy penitente, casi no comía, y se pasaba las noches en oración. Y Dios le dio buena salud hasta los últimos cuatro años de su vida, en que debió vivir casi inmovilizado, ofreciendo sus sufrimientos por la salvación de los esclavos negros, que eran la niña de sus ojos. Esto no significa que descuidara la salvación de todos los que se acercaban a él, pues también se preocupó de la salvación de los leprosos, de los enfermos de los hospitales y de los encarcelados, a quienes visitaba frecuentemente. Incluso convirtió a muchos herejes que vivían en la ciudad de Cartagena.

Dios le concedió ciertos carismas como el del conocimiento sobrenatural de muchas cosas que no podía conocer humanamente y el de hacer milagros. Todos los que lo conocían lo consideraban como un padre, pero de modo especial los esclavos negros que eran sus preferidos, por ser los más necesitados y marginados.

Ojalá que la lectura de su vida nos estimule a nosotros a vivir para los demás y amar a todos, pero especialmente a los más despreciados y abandonados de la sociedad.

Nota.- Al citar el Proceso, anotamos el folio del escrito original de año 1696. Después colocamos la página de la edición del Proceso publicada por el Centro editorial Javeriano de la universidad Javeriana de Bogotá, según la primera edición del 2002, que está tomada de la edición original del año 1696.

1. SUS PRIMEROS AÑOS

Nació Pedro Claver en Verdú, un pueblecito de Cataluña de la provincia de Lérida, que en tiempos del santo tenía unos 2.000 habitantes. Probablemente nació el 25 de julio de 1580; pues, aunque no consta el día de su nacimiento, sabemos la fecha de su bautismo. Y como era costumbre bautizarlos al día siguiente de nacer, se supone que nació la víspera. La partida de bautismo dice así: *A 26 de julio de 1580, en dicha iglesia de Verdú fue bautizado Juan Pedro, hijo de Pedro Claver de la calle Mayor y de Ana, mujer de aquél. Fueron padrinos Juan Borrel, cantarero, y Magdalena, mujer de Fabián Colom, calcetero, todos de Verdú. Dios le haga buen cristiano.*

Sus padres fueron Pedro Claver y Ana Corberó. La habitación donde nació está convertida en capilla al igual que la habitación donde murió en Cartagena de Indias. Su padre era un agricultor acomodado y fue concejal del pueblo durante mucho tiempo. Tenía su familia 18 fincas y el beneficio de la Natividad de Nuestra Señora, fundado por los Claver, con otras 11 fincas más.

Sus padres eran cristianos piadosos. En un testamento aparece que dejan un legado para alumbrar al Santísimo Sacramento y el altar de san Esteban, disponiendo la celebración perpetua de una misa rezada cada mes en el altar de Nuestra Señora del Rosario.

Pedro era el benjamín de la familia. Sus hermanos mayores se llamaban Juan, Jaime e Isabel. Cuando tenía 12 años, el 17 de enero de 1593 murió su madre y el 1 de febrero de ese mismo año murió su hermano Jaime. Su padre se casó al poco tiempo con Ángela Escarrer y, al morir ella, se casó en terceras nupcias con Juana Grenyó, pero de las dos últimas no tuvo hijos.

Pedro Claver realizó sus estudios en su mismo pueblo de Verdú en la escuela parroquial. Después se fue a estudiar con mucha probabilidad a casa de su tío canónigo, que vivía en Tárrega, con miras al sacerdocio. Por ello, a sus 15 años, el 8 de diciembre de 1595, recibió la tonsura, primer paso para el sacerdocio, de manos del obispo de Vich en la iglesia de Verdú.

Sus padres, viendo su deseo de ser sacerdote, determinaron que continuara sus estudios en la universidad de Barcelona los años 1596-1597, donde estudió gramática y retórica. El año 1601 fue a estudiar al Colegio de Belén de los padres jesuitas para estudiar filosofía y teología.

2. ENTRADA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

El 7 de agosto del 1602, convencido por los jesuitas del Colegio Belén, se decide a ser jesuita y va a estudiar a la casa-noviado de Tarragona. Allí se destacó por la observancia regular de las reglas y normas de la Compañía de Jesús, siendo un estudiante y novicio modelo.

Después de dos años de noviciado, el 8 de agosto de 1604, hizo sus votos temporales como jesuita. En un cuaderno escribió su entrega a Dios, haciéndose esclavo de su Amo. Dice así: *Hasta la muerte me he de consagrar al servicio de Dios, haciendo cuenta de que soy como esclavo que todo su empleo ha de ser en servicio de su Amo y en procurar con toda su alma, cuerpo y mente, agradarle y darle gusto en todo y por todo*¹.

Acabado su noviciado y hechos sus votos temporales, los Superiores lo envían a Gerona para completar sus estudios en letras humanas. Llegó en octubre de 1604. Tenía 24 años. Allí estudió griego, siguió estudiando retórica y perfeccionó el latín durante un año.

Al año siguiente fue enviado a la isla de Mallorca, adonde llegó el 11 de noviembre de 1605 y donde permaneció tres años. Estos tres años fueron fundamentales para el futuro de su vida, pues allí encontró al santo hermano, no sacerdote, Alonso Rodríguez. Alonso Rodríguez tenía ya 73 años y tenía fama de santo. Ejercía el oficio de portero de la casa. Durante 47 años ejerció este oficio en la misma casa del Colegio de Montesión de Palma de Mallorca. Varias generaciones de estudiantes jesuitas, que pasaron por ese Colegio, se beneficiaron de su trato y dirección espiritual, a pesar de no ser sacerdote.

Desde el primer momento se entabló una estrecha amistad entre ambos. Y el hermano Alonso oraba por Claver, presintiendo que era un alma escogida por Dios para grandes obras. Un día tuvo un éxtasis, fue arrebatado al cielo por su ángel custodio y vio innumerables tronos ocupados por bienaventurados y, en medio, uno vacío, el más resplandeciente. Quiso conocer el porqué y le fue dicho: *Este lugar está preparado para tu discípulo Pedro Claver en premio de sus muchas virtudes y de las innumerables almas que convertirá en las Indias con sus trabajos y sudores*².

Otro día le decía a Claver, mirando hacia el mar: *Cuántos, que están ociosos en Europa, podrían ser apóstoles en América... ¿No valen también aquellas almas la vida de un Dios? ¿Acaso no ha muerto Él también por ellas?*

¹ Valtierra Ángel y Hornedo Rafael, *San Pedro Claver*, Ed. BAC, segunda edición, Madrid, 1997, p. 33.

² Ib. p.38.

*Ah, Pedro, hijo mío, ¿y por qué no vas tú también a recoger la sangre de Jesucristo?? ¡Ay, si supieses el gran tesoro que te tiene preparado!*³.

En otra ocasión estaba el hermano Alonso en la puerta de la sacristía en compañía del padre Vicente de Arcayna, y le preguntó quiénes eran aquellos dos estudiantes que venían por el patio. El padre Vicente le contestó que eran Claver y Humanes, sus discípulos del curso de filosofía. Al oír esto, el santo anciano exclamó: *Estos hermanos han de ir a las Indias y han de hacer gran fruto en las almas*⁴. El hermano Humanes fue misionero en Paraguay, donde murió después de grandes trabajos apostólicos; y el padre Claver iría al Nuevo Reino de Granada, en la actual Colombia.

Según refiere Nicolás González: *Obtuvo licencia de sus Superiores para comunicarse con el hermano Alonso un cuarto de hora cada día en la noche, como le dijo el mismo padre Claver a este testigo... Un día en que estaban solos, ocho meses antes de su muerte, viendo que leía en la cama postrado y casi sin alientos, le llevó el libro de la vida del hermano Alonso Rodríguez, nuevamente impreso, que había llegado de España, y le dijo: “Aquí está impresa la vida del hermano Alonso, su maestro”. Y el padre se levantó y, sentándose en la cama, tomó el libro y lo besó y lo puso sobre su cabeza con tierna devoción y particular amor espiritual hacia él...*

*Entonces el padre le dijo que, estando en el Colegio de la isla de Mallorca, un día de recreación, queriendo salir por la puerta con su compañero, el hermano Alonso, que era portero, se acercó al padre Claver y, señalándolo con la mano derecha extendida hacia su pecho, le dijo: “Aquí está el Padre”. Y volteándose al compañero que llevaba, dijo: “Aquí está el Espíritu Santo”. Y entonces el hermano pronunció: “Espíritu Santo” y quedó arrobado y casi sin sentido. Y al narrar esto, el padre Claver cerró los ojos y levantando las manos las llevó varias veces de la cabeza al pecho, como si dijera por señas que era tan grande la dulzura que le había sobrevenido en el espíritu y en el corazón que no se podía declarar con palabras sino sólo con las acciones referidas... Y continuó diciéndole que (en esa ocasión) había quedado con tanta dulzura y tanto fervor en el corazón por el fuego del amor de Dios, que se estaba desmayando del todo y casi le faltaban las fuerzas del cuerpo y que no podía caminar ni dar un paso. Y pensó regresar al Colegio de donde había salido, pues le parecía que no le era posible llegar al lugar donde los padres del Colegio estaban en recreación... Y estuvo todo el día en la recreación arrobado y fuera de sí*⁵.

³ *Ibídem.*

⁴ *Ib.* p. 63.

⁵ Hno. Nicolás González, Proceso fol 40v, pp. 63-64.

Nada extraño que Pedro Claver considerara estos tres años de Mallorca como los más bellos de su vida por el cuarto de hora diario de conversación con el hermano Alonso, que le hizo crecer en el espíritu más que muchos años de oración.

Después de tres años en el Colegio de Mallorca fue enviado en noviembre de 1608 a Barcelona. La víspera del embarque, el hermano Alonso le había regalado un tesoro. Era el Oficio de la Inmaculada que el mismo hermano Alonso había escrito con sus propias manos y que Claver guardará toda su vida y recitará tres veces por semana. Como el Superior había prohibido al hermano Alonso entregar escritos por su cuenta, debió pedir permiso, que le fue concedido. El padre Claver entregará este tesoro, con permiso de su Superior provincial y general, al noviciado de Tunja en Colombia, diciéndoles: *“Cuiden este tesoro”. Suplico y ruego al que esto lleva que ruegue a Dios por este pecador que, habiendo tenido en su poder tan gran tesoro, en vez de sacar oro de santidad no sacó sino escoria; por lo cual no pido premio ni paga, sino perdón y misericordia. Fechado en Cartagena el 28 de octubre de 1651⁶.*

3. VIAJE A AMÉRICA

En Barcelona permaneció dos años estudiando teología y esperando con ansia el permiso que había pedido para ir de misionero a las tierras de América. Un día, pasando por una calle de la Barcelona vieja con un compañero, reconoció el lugar donde 77 años antes unos jóvenes habían apaleado y lastimado a san Ignacio de Loyola. Él reconstruyó mentalmente la escena y le dijo al compañero: *Hermano aquí fue, aquí fue.* Apenas dijo esto, quedó inmóvil con los ojos fijos en el cielo y quedando en éxtasis. Esto nos dice que en aquel tiempo ya tenía un elevado grado de santidad.

Por fin el padre Provincial, conforme a los deseos del padre general, le escribió una carta, dándole prisa para ir a América, pues el padre Alonso de Mejía lo esperaba en Sevilla para partir. Le decía: *El padre Alonso de Mejía da prisa desde Sevilla adonde le aguarda para que se ponga en camino y venga a Tarragona para que se vaya junto con los demás hasta Valencia, de donde partirá para Sevilla con la compañía que le darán allí, conforme a lo que yo ordenare. Y avíseme de su camino y llegada cuando estuviere en Sevilla para mi consuelo. No más, sino que el Señor le eche su cumplida bendición y enderece todas sus cosas y trabajos a la mayor gloria suya como yo se lo suplico. Tarragona, 23 de enero de 1610. José de Villegas⁷.*

⁶ Valtierra Ángel, *Pedro Claver*, Imprenta nacional, Bogotá, 1954, p. 100.

⁷ Valtierra Ángel y Hornedo Rafael, o.c., p. 49.

Pedro Claver partió de inmediato, sin despedirse de la familia. Desde Barcelona fue a Tarragona, Valencia, y Sevilla. Unos cuantos días de viaje por los caminos y mesones de aquel tiempo de los que habla tan gráficamente santa Teresa de Jesús en su libro de las *Fundaciones*.

Sevilla era una ciudad cosmopolita con más de 6.000 esclavos en su mayoría negros. También los había turcos y berberiscos. Era una ciudad donde, con la abundancia del comercio, iban a la par los vicios. Tenía 150.000 habitantes y era de las mayores del mundo, sólo sobrepasada por París que tenía 200.000, cuando Madrid sólo tenía 100.000 y era la capital de España. Cada año salían de Sevilla de 60 a 70 navíos hacia América. De acuerdo al patronato real concedido por los Papas a los reyes de España, el Estado subvencionaba todos los gastos de transporte de los misioneros, pues se habían comprometido los reyes a proteger y fomentar la propagación de la fe.

La flota que partía de Sevilla salió el 15 de abril de 1610. Eran tres galeones. En el galeón San Felipe iban los misioneros agustinos. En el galeón San Pablo iban los dominicos y en el galeón San Pedro iban los jesuitas. El padre Alonso de Mejía era el Superior, que dirigía la expedición. En aquellos tiempos, en que la religión era parte esencial de la sociedad, al zarpar, el piloto de la barra asía el gobernalle y gritaba: *Larga trinquete, en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos guarde, guíe y acompañe y nos dé un buen viaje a salvamento y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas*⁸.

Primero hacían escala en las islas Canarias y después iban de frente hasta su destino, amenazados por los piratas, las tempestades, las enfermedades, etc. Pedro Claver tenía 30 años y llegó a Cartagena de Indias en la actual Colombia con *prosperidad*. Llegaba al Nuevo Reino de Granada formado por la actual Colombia y regiones pertenecientes a las actuales naciones de Venezuela, Panamá y Ecuador. Al llegar a Cartagena, según dice el biógrafo Cassani, se encontró con un Colegio de jesuitas en mal estado. La iglesia medía 100 pies de largo y el suelo era tan húmedo que se hacía lodo. Los pocos jesuitas que allí había le dieron la bienvenida fraternal. Como todavía no era sacerdote, por no tener terminados sus estudios de teología, fue destinado al Colegio de Bogotá, adonde llegó cinco meses después de su salida de Sevilla. Allí estuvo año y medio, sirviendo como hermano coadjutor y estudiando con el padre Antonio Agustín.

⁸ Ib. p. 54.

Terminó sus estudios de teología a fines de 1613 y dio su examen final con éxito. Después fue destinado a Tunja, donde permaneció todo el año 1614. Tunja era la casa noviciado y, según algunos biógrafos como Andrade, Fernández y Cassani, fue enviado allá para que *sirviera de edificación a los novicios*, lo que significa que ya entonces los Superiores lo consideraban un religioso extraordinario. Su estadía en Tunja dejó huellas profundas en él; pues, como hemos anotado, antes de morir envió al noviciado su preciado tesoro: los apuntes espirituales de su santo maestro Alonso Rodríguez. De Tunja regresó a Bogotá el año 1615 con sus 35 años. Allí estuvo muy poco tiempo y fue destinado a Cartagena.

CARTAGENA

Era una ciudad que tendría en ese tiempo uno 2.000 españoles. Era un puerto muy importante del Nuevo Mundo junto con Veracruz (México) o Lima en el Perú. Cartagena y Veracruz eran los dos puertos donde desembarcaban oficialmente los esclavos negros provenientes de África, especialmente de Angola, Cabo Verde e isla de Santo Tomé. Cada año arribaban entre 10.000 y 12.000 esclavos. Venían en pésimas condiciones, en un viaje que duraba unos dos meses y en el que morían muchos; a veces, hasta la tercera parte de los esclavos.

El padre Claver nos dice: *Los esclavos negros, en número de 1.400 en la ciudad (de Cartagena), van casi desnudos. Los cuerpos humanos de continuo están bañados en sudor. Los alimentos son bastos e insípidos. Hay gran escasez de agua dulce y la que se bebe es siempre caliente como si hubiese estado al fuego. Creo que en ninguna parte del mundo hay tantas moscas y mosquitos como en estas regiones. La mayor parte de los campos son pantanosos. El aire es poco propicio para la salud y los europeos enferman aquí casi todos. Las lluvias y tempestades son frecuentes y es tal el furor de los huracanes que no se puede tener experiencia de ellos en Italia.*

En cuanto a forasteros, ninguna ciudad de América tiene tantos como ésta. Es un emporio de casi todas las naciones que de aquí pasan a negociar a Quito, México, Perú y otros reinos. Hay oro y plata, pero la mercancía más en uso es la de los esclavos negros. Van los mercaderes a comprarlos a valiosísimos precios a las costas de Angola y Guinea; y de allí los traen en naves bien sobrecargadas a este puerto donde hacen las primeras ventas con increíble ganancia... A los esclavos que desembarcan por primera vez en Cartagena acuden los de la Compañía (de Jesús) con toda caridad; ya que para esto fue llamada acá en años pasados. Según muchos me dicen, yo seré uno de los

*destinados a la obra de su catequización y ya se trata de darne los intérpretes para una nave portuguesa que aguarda de día en día*⁹.

Los portugueses tenían el monopolio casi exclusivo del comercio de los esclavos negros y los traían en sus barcos desde las costas africanas. Los dos únicos puertos permitidos por la corona española para recibirlos eran Veracruz y Cartagena, pero había contrabando de ellos en otros puertos como La Habana, Santo Domingo, Puerto Rico, Caracas, Santa Marta, Jamaica y Buenos Aires.

En total, según algunos autores, llegarían de África a América unos 15 millones de negros. En Estados Unidos, en 1860, había cuatro millones de esclavos negros y medio millón de negros libres. En Brasil, en 1872, había un millón y medio de esclavos y cuatro millones cuatrocientos mil negros libres.

Lo que sí hay que decir es que la legislación española era la más benigna con relación a los esclavos, aparte de que estaba prohibida la esclavitud de los indígenas. Según el historiador inglés Henry Kamen, no católico: *No se puede dudar que la legislación española para los negros como para los indios era la más progresista del mundo en aquella época*¹⁰.

Simón Bolívar, el libertador de cinco naciones americanas, escribió: *El colono español no oprime a su doméstico con trabajos excesivos, lo trata como a un compañero, lo educa en los principios de la moral y de la humanidad que prescribe la religión de Jesús... Como la religión le ha persuadido que es un deber sagrado servir, ha nacido y existido en esta dependencia doméstica como un miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta. La experiencia nos ha mostrado que ni aun excitado por los estímulos más seductores, el siervo español no ha combatido contra su dueño; por el contrario, ha preferido muchas veces la servidumbre pacífica a la rebelión*¹¹.

Evidentemente se habla en general, porque había casos extremos de maldad como en todas partes. Lo cierto es que los esclavos que llegaron a Cartagena tuvieron la suerte de encontrar un santo que dio su vida por ellos y los atendía humana y espiritualmente como a hijos.

⁹ Ib. p. 63.

¹⁰ Citado por Cortés López José Luis, *La esclavitud negra en la España del siglo XVI*, Ed. universidad de Salamanca, 1989, p. 188.

¹¹ Bolívar Simón, *carta al director de la gaceta de Jamaica*, de setiembre de 1815, Colección Lecuna, tomo 1, p. 211.

4. EVANGELIZACIÓN DE LOS NEGROS

El hermano Claver llega a Cartagena a mediados de 1615 sin ser sacerdote. Parece que pensó seriamente no ordenarse para quedarse como un humilde hermano coadjutor y servir a los negros desde la sencillez y el anonimato de un simple hermano, siguiendo los pasos de su querido Alonso Rodríguez. Así se lo pidió por carta al padre Provincial, quien le aconsejó ordenarse sacerdote, quitándole las dudas. Fue ordenado subdiácono en la catedral de Cartagena el 21 de diciembre de 1615; el 23 de febrero de 1616, de diácono y el 19 de marzo de 1616 fue el gran día de su ordenación sacerdotal.

Desde el primer momento sus Superiores lo destinaron a ayudar en la evangelización de los negros al padre Sandoval. Con él estuvo aprendiendo durante un año, hasta que el padre Sandoval fue enviado a Perú. Entonces quedó como único responsable y se entregó a ellos en cuerpo y alma. Hasta el punto de que, al hacer sus cuatro votos o profesión solemne el 3 de abril de 1622, se consagró como esclavo de los negros.

Escribió con su propia mano: *Amor, Jesús, María, José, Ignacio, Pedro, Alonso mío, Tomé, Lorenzo, Bartolomé, santos míos, patronos míos, maestros y abogados míos y de mis queridos negros, oídme*. Al final de la fórmula de consagración escribió: *Petrus Claver, ethiopum semper servus* (Pedro Claver, esclavo de los negros para siempre). Tenía 42 años. Según los que lo conocieron, era de estatura mediana, el rostro flaco y alargado, la frente larga, la nariz afilada, los ojos grandes, la mirada melancólica, las cejas espesas, la barba negra y poblada, la boca grande con el labio inferior un poco caído, su tez naturalmente pálida como la oliva, un poco amarillento, inclinado ligeramente por el hábito de mirar siempre a la tierra¹².

Su método de evangelización era primero bautizar a los que no lo estaban, ya que algunos venían bautizados desde sus lugares de origen. Y, sobre todo, instruirlos en las verdades de nuestra fe para que vivieran como verdaderos cristianos. Para ello se servía de algunos esclavos intérpretes, que sabían bien las lenguas de sus países.

Según manifestó en el Proceso el hermano jesuita Nicolás González: *Inmediatamente después de haber sido consagrado sacerdote, recibió orden de sus Superiores de dedicarse al ministerio de instruir y bautizar a los negros que llegan a esta ciudad. Y en ello se ocupó y ejerció hasta su muerte con tanto fervor, devoción y celo apostólico por la conversión de las almas de los negros que, cuando celebró la profesión solemne del cuarto voto (de obediencia al*

¹² Valtierra Ángel, *Pedro Claver*, o.c., p. 157.

Papa), después de cumplidos todos los requisitos que se exigen en conformidad con las reglas de la Compañía, escribió que se dedicaba y consagraba perpetuamente a Dios por todo el tiempo de su vida, y a procurar la salvación de sus queridos negros; y lo selló con su firma. Y lo sabe este testigo por haber tenido en su poder la hoja en que el padre Claver escribió de su puño y letra esta profesión con las susodichas palabras. Este documento lo escribió y firmó el año seiscientos y veinte y dos y lo dio al capitán Don Antonio de Suiza, caballero de la Orden de Santiago, que vive en esta ciudad desde hace más de siete años, y quien se lo pidió por la gran devoción que le tenía.

Desde el año de seiscientos dieciséis, fiel a la obediencia y para cumplir su voto particular, no dejaba de día ni de noche de asistir a las necesidades espirituales de los negros sin tener en cuenta el calor ni las lluvias, ni el barro, ni la enfermedad e indisposiciones que sufría; instruyéndolos, bautizándolos, confesándolos y ayudándolos a bien morir con tanto amor y caridad como si hubiera sido padre de cada uno de ellos en particular, con tanto celo que cada día en la misa encomendaba a Dios en la oración colecta la conversión de los negros. Porque los religiosos de la Compañía anteriores a él decían siempre en la misa esta oración; lo que acostumbró también el padre Claver durante toda su vida.

Este testigo preguntó al padre algunos años antes de su muerte cuántos negros había bautizado en el tiempo en que ejerció este ministerio; y le contestó que había bautizado más de **trescientos mil**, según la cuenta que hizo. Porque el padre la primera cosa que preguntaba a los negros, así a los recién llegados como a los que ya estaban acá, era si estaban bautizados o no, examinando muy minuciosamente este punto por medio de los intérpretes de las lenguas de los negros. Y encontrando alguno que no estaba bautizado, al instante lo instruía, catequizándolo y bautizándolo.

Este ministerio era más conveniente a religiosos mortificados, por el gran hedor y mal olor que expiden los negros, causado por las muchas enfermedades contagiosas con las que llegan a estas partes, pasando trabajos en el mar y muchas incomodidades, siempre desnudos y mal alimentados. Por todo lo cual este testigo tiene por cierto que el padre bautizó durante el tiempo en que vivió las trescientas mil personas.

Este testigo sabe bien que era tan grande el júbilo y la alegría interior que el padre Claver experimentaba cuando sabía que llegaba algún barco de negros a esta ciudad, que celebraba como propina algunas misas por el primero que le daba la noticia... Se ponía de rodillas dando gracias a Dios por haberles dado un próspero viaje para la salud de sus almas y la primera cosa que hacía era averiguar su país para buscar intérpretes con los cuales pudiera

catequizarlos e instruirlos en nuestra fe... Así procuraba atraerlos más fácilmente a aceptar los misterios de nuestra fe. En todo lo cual no se puede expresar ni declarar con palabras el gran trabajo que el padre Pedro Claver soportaba en estas labores, sea porque eran muchos los barcos de los negros que llegaban a este puerto, sea por la diversidad de las gentes e idiomas que venían en ellos. Porque si el barco era de la Región de los Ríos, eran tantos los idiomas, que algunas veces pasaban de cuarenta. Y para todos el padre buscaba intérpretes sin economizar ninguna diligencia y trabajo necesarios para tal efecto, con el fin de que nadie muriera sin bautismo. Todo lo cual sabe este testigo por ser público y notorio, no habiendo nadie en esta ciudad que no lo sepa y no lo haya visto por sí mismo.

Una vez que el padre tenía los intérpretes necesarios para instruir a los negros, se aprovisionaba de dulces, naranjas y limones, tabaco y algunas jarras de agua, y cargaba todo en la primera barca o balsa que encontraba e iba a los navíos que ya habían entrado en el puerto. Al llegar, les daba la bienvenida por medio de los intérpretes, abrazándolos y acariciándolos con mucho amor y celo, y enseguida preguntaba si había algunos enfermos en peligro y si habían nacido algunas criaturas en el viaje. En caso afirmativo, preguntaba si habían recibido el agua. Si no, los bautizaba inmediatamente. Y hacía lo mismo con los enfermos cuando había peligro, catequizándolos e instruyéndolos en lo necesario por medio de los intérpretes según el tiempo y las circunstancias se lo permitían.

Para administrar el bautismo se ponía en la mitad del navío rodeado de los esclavos, y por medio de los intérpretes les decía que había venido para ser padre de todos y para que fueran bien recibidos en la tierra de los blancos donde habían llegado, dándoles muchas otras razones y palabras de amor y de celo para quitarles el temor que esta pobre gente siempre tiene, pues creen que los blancos los traen a sus tierras para matarlos y hacer de ellos manteca, de lo cual los convence el diablo en sus países. Y ellos lo creen tan firmemente, que si no fueran desengañados por los religiosos de la Compañía, se dejarían morir de angustia al llegar a esta ciudad. Por esta razón era muy importante el cuidado que tenía el padre de borrar este engaño mostrándose benigno y dulce con todos, brindándoles muchas demostraciones de amistad. Sucedió muchas veces que Dios lo premiaba inmediatamente por esta caridad y fatiga; porque antes que el padre saliera de los navíos sucedió que murieron muchos de los esclavos enfermos que acababa de bautizar; y lo mismo sucedía con algunas criaturas que habían nacido en el mar y que había bautizado. De lo cual recibía tan grande alegría, que su rostro, pálido y macilento, se le inflamaba volviéndose rojo y encendido como fuego, dando infinitas gracias a Dios Nuestro Señor que se había complacido en servirse de él como instrumento para salvar a aquellas almas. Todo esto lo sabe este testigo pues lo veía ir a los navíos, aunque no lo acompañaba. Cuando el padre Claver se hizo más anciano, no iba personalmente

a las naves sino que enviaba a los intérpretes para que dieran la bienvenida en su nombre a los que llegaban.

Y cuando los negros bajaban a tierra, si no había ido personalmente a los navíos, iba al lugar del desembarco y les daba la bienvenida con mucho amor y caridad, teniendo gran cuidado de hacer llevar a los enfermos con toda consideración y diligencia sobre los hombros de otros esclavos o en carruajes; y él mismo ayudaba a cargarlos con sus manos y los acomodaba en la parte y lugar donde debían estar. Todo lo cual vio este testigo y han visto cuantas personas están en esta ciudad, de las que no recuerda a ninguna en particular, porque son muchas y porque el padre hacía esto en lugares públicos como son los muelles de nuestra casa de la Compañía y de la Tesorería y en las Casas Reales de esta ciudad. Durante el tiempo en que los esclavos estaban en las casas que les daban por habitación, el padre iba a visitarlos y este testigo lo acompañaba la mayoría de las veces. La primera cosa que hacía era ir al lugar donde tenían a los enfermos, que por lo general era el más retirado de la casa como son las despensas y bodegas; y en ese lugar les entregaba algunos regalos que llevaba listos para ellos. Solía decir que, para atraer a estas gentes, había que hablarles primero con las manos haciéndoles regalos con caridad, y después con la lengua, instruyéndolos con amor. La misma diligencia que usaba en los navíos con los enfermos, bautizando e instruyendo a los más graves, la empleaba en tierra...

La primera cosa que hacía era quitarse el manteo y, al primer esclavo que encontraba moribundo tendido en el suelo duro sin nada que lo cubriera, se lo colocaba encima cubriéndolo y protegiéndolo con él por decencia durante todo el tiempo en que debía asistirlo para examinar si estaba bautizado. Y cuando no lo estaba, lo preparaba e instruía para que recibiera el bautismo, sin preocuparse de su enfermedad por contagiosa o nauseabunda que fuera. Muchas veces las huellas de los abscesos quedaban en el manteo, y otras se adhería a él el cuerpo de algunos enfermos, por los muchos flujos muy putrefactos con que suelen llegar, de donde mana un hedor pestífero mayor y más nauseabundo del que expiden las más corruptas llagas. Es costumbre dar a cada religioso dos pañuelos cada semana para que con ellos se limpien el sudor de la cara por lo mucho que se suda en esta ciudad a causa del gran calor que hace. Nunca el padre Claver se limpiaba la cara con ellos sino sólo con el revés del manteo; y los pañuelos le servían para enjugar el rostro a los enfermos, que lo tenían lleno de tierra y vuelto puro barro.

Él nunca espantó de su cuerpo ni de su rostro o manos los zancudos y moscas que le picaban, de los cuales hay gran abundancia en esta ciudad, aunque muchas veces le entraran por las narices, oídos y boca, como lo veía este testigo quien, compadeciéndose, los espantaba.

En cambio, era tan compasivo con los enfermos que, viéndolos atacados por las moscas o zancudos, él mismo los espantaba, unas veces con su pañuelo, otras con su bonete doblado como si fuera un abanico; y cuando era necesario levantar al enfermo y llevarlo, lo hacía con sus propias manos con gran agilidad y diligencia. Esto lo hacía con todos sin olvidar a ninguno, mostrando a todos caridad y amor. Y mientras los visitaba, mantenía siempre levantado en la mano derecha el crucifijo de bronce que llevaba consigo; a no ser que lo pusiera sobre su pecho, si era necesario hacer algo con las manos.

Separaba de un lado a las mujeres y de otro a los hombres y los acomodaba lo mejor que podía sobre algunas esteras y tablados... Cuando había enfermos o convalecientes y no encontraba dónde acomodarlos, despegaba su manteo en el suelo y los hacía sentar sobre él.

A los intérpretes los acomodaba en asientos más altos con espaldas y él se sentaba en una caneca (vasija grande de barro) vacía, y eso sólo cuando se encontraba ya muy cansado de instruirles y predicarles, porque de ordinario estaba de pie con un bastón y una cruz en la mano izquierda...

Al terminar la instrucción levantaba el crucifijo de bronce con la derecha y les decía a todos juntos que aquel Señor se había puesto en aquella cruz para salvar a todo el género humano y para pagar por nosotros lo que merecían nuestros pecados; que si querían ser sus verdaderos hijos les debía doler mucho y de todo corazón el tiempo en que habían vivido sin conocerlo, sumidos en la oscuridad de la idolatría y en la ebriedad de todos los vicios y pecados que habían cometido en su país. Y que debían liberarse en absoluto de la gula, de la lujuria y de los otros pecados, de los cuales todos debían arrepentirse de todo corazón y pedir perdón a aquel Señor que él sostenía entre sus manos clavado en una cruz.

Esto lo decía el padre con mucho fervor y celo, golpeándose fuertemente la parte izquierda del pecho; con lo cual los esclavos hacían lo mismo, repitiendo lo que les decía, que era lo siguiente: “Jesucristo, Hijo de Dios, tú eres mi padre y mi madre, yo te amo mucho, me duele en el alma haberte ofendido”. Y repitiendo muchas veces: “Señor, yo te amo mucho, mucho, mucho”, con nuevos golpes sobre el pecho. Era tanto el fervor con que decía esto, que quedaba largo tiempo en suspenso y como fuera de sí, derramando con gran ternura muchas lágrimas. Enseguida les decía que así como la serpiente muda de piel, ellos debían mudar de vida y costumbres, desnudándose de la gentilidad y de sus vicios; de manera que hasta debían perder la memoria de todas esas cosas. Y mientras decía estas palabras, colocando el crucifijo sobre el pecho, se pasaba las manos de la frente a la cintura, rasguñándose y como si

quisiera arrancarse la piel; con lo cual los esclavos hacían lo mismo. Enseguida repetía la misma acción sobre los brazos y otras partes de su cuerpo, imitándolo todos en esta acción con tanto fervor que parecía que se despojaban verdaderamente de su piel y la arrancaban de sí, y la escupían en señal de que se despojaban del antiguo Adán, de sus pasiones y vicios.

Enseguida los animaba a hacer muchos actos de caridad y amor de Dios, insistiendo en lo muy obligados que debían estar con Él por haberlos conducido a la tierra de los blancos para que lo conocieran y amaran, diciéndoles también cómo por Él y por su amor se debían amar mucho unos a otros, sintiendo por cualquier prójimo o compañero suyo el mismo afecto que se tenían a sí mismos. En particular insistía mucho en el modo con que se ejerce y se conoce el amor al prójimo, diciéndoles que si uno tiene hambre, tendrá gusto en que otro le dé de comer; y por lo tanto, cuando uno tiene algo para dar de comer al compañero, se lo debe dar aunque él mismo tenga hambre. Y en esta forma les hacía deponer todos los odios y enemistades que habían tenido en sus países y durante el viaje, dejando las venganzas y pasiones, porque esas cosas eran contra la ley de Dios. Y si sabía en particular que algunos estuvieran airados y enemistados de cualquier manera que fuera, hacía que se perdonaran públicamente los unos a los otros y se volvieran amigos, abrazándose y tratándose como hermanos e hijos de Dios. Y concluía la instrucción y doctrina de las tres virtudes teologales, diciéndoles que en la última de ellas, que es la caridad, se contenía en resumen y epílogo toda la ley de los cristianos.

Después de haberles enseñado a cada uno en particular todo lo dicho arriba y haberles instruido y catequizado durante algunos días, puesto que el grupo de esclavos no había recibido el agua del bautismo, se ponía un alba muy pobre y rota que tenía para tal efecto y una estola también muy pobre y desteñida de tafetán ordinario que había sido coloreada. Y agrupándolos de diez en diez, hecho un volcán de fuego, que tal parecía su rostro en aquellas ocasiones, como observó siempre este testigo, y después de haber permanecido por breve tiempo con los ojos levantados al cielo en oración, se acerca al altar que se indicó arriba y a un lebrillo de barro vidriado puesto al pie del altar. Entonces iba llamando a los esclavos, a cada uno por su nombre, y haciéndolos arrodillar con las manos puestas en el pecho, acompañado de una pareja de esclavos que le servían de acólitos y sostenían un jarro, que era algunas veces de plata y otras de barro, explicaba en particular al que estaba arrodillado que aquella era el agua santa de que le había hablado, con la cual sería cristiano e hijo de Dios, limpiaría su alma de todos los pecados que había cometido, y quedaría con ella más limpia que el sol y en gracia y amistad con Dios.

Le preguntaba dos o tres veces, por medio del intérprete que estaba presente, si la quería recibir por el bien de su alma. Después que el esclavo

*contestaba que sí, le rociaba el agua del bautismo sobre la cabeza mojándolo muy bien con ella. Los iba separando de diez en diez como se ha dicho, porque a cada diez les ponía un mismo nombre. Y después de derramar sobre ellos el agua, les colgaba al cuello una medalla pendiente de un hilo con Jesús de un lado y María del otro*¹³.

El intérprete esclavo Andrés Sacabuche aclara: *El modo que usaba el padre Pedro Claver para catequizar a los negros era enseñándoles primero, por medio de este testigo y de los otros intérpretes, a hacer la señal de la cruz perfectamente con los dedos pulgar e índice de la mano derecha; y en este solo acto solía detenerse una hora, porque los iba examinando uno a uno viendo si lo hacían bien y formaban la cruz, siendo así que a veces era grande el número de aquellos, porque pasaban de trescientos y a veces de cuatrocientos. Después hacía que todos juntos, levantando la mano derecha, le mostraran la cruz perfectamente formada, y enseguida les enseñaba a persignarse y a hacerse la cruz; y a aquel que mejor y más rápidamente aprendía, le daba algún regalo de tabaco... Enseguida les enseñaba el padrenuestro, el avemaría y el credo. Y los exhortaba a creer en un solo Dios, que era la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y que aunque fueran tres personas no eran otro que un Dios solo. Y para dárselo a entender mejor hacía en su pañuelo tres pliegues y enseñándoles y manifestándoles cómo eran tres, después les decía y les mostraba haciéndoles ver cómo no era más que un solo paño; con lo cual más fácilmente creían dicho misterio.*

E igualmente les enseñaba cómo, de las tres personas de la Santísima Trinidad, la segunda, el Hijo, se había hecho hombre para redimirnos... Los bautizaba, derramando agua sobre la cabeza y diciendo: Fulano (su nombre) “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Si tenía duda de si era bautizado o no, lo bautizaba “sub conditione” (bajo condición) diciendo: “Si no estas bautizado, yo te bautizo”, etc. Y al terminar, el compañero del padre o alguno de los intérpretes ponía al cuello del recién bautizado una medalla de plomo con un hilo o algo similar, lo que era señal de que ya estaba bautizado de manos del padre. Recuerda este testigo que estas medallas tenían grabado de un lado a Jesús y del otro a María. En esta forma los bautizaba a todos, y era tan solícito en las ceremonias eclesiásticas y tan amigo de que se hiciesen con todo cuidado y limpieza, no sólo del alma sino también del cuerpo, que antes de bautizar a los esclavos, como de ordinario suelen tener la cabeza muy sucia y llena de tierra, ordenaba que se la lavaran muy bien, y no permitía que nadie llegara a bautizarse sino con la cabeza muy limpia. Y notó este testigo que, cuando el padre administraba el bautizo, demostraba con la actitud exterior de alegría, tener mucho consuelo en su alma.

¹³ Hno. Nicolás González, Proceso fol 93, pp. 84-94.

Después de haberlos bautizado, los abrazaba a todos y les decía por medio de los intérpretes que advirtieran que tenían que vivir con mucho cuidado de no volver a ofender a Dios y de no transgredir ninguno de los mandamientos que les había enseñado; y que, si por su debilidad o por culpable descuido pecaren, el remedio que les quedaba para poderse salvar era confesar los pecados a su confesor, doliéndose de haber ofendido a Dios y con firme propósito de no volver a cometerlos. Les enseñaba y les explicaba lo que contienen los siete sacramentos de la Iglesia; e inmediatamente les distribuía algunos regalos, advirtiéndoles igualmente que lo que confesaran a los sacerdotes declarándoles sus culpas y pecados, no se había de saber, porque los sacerdotes no lo podían decir.

Era tan modesto, honesto y reservado, que cuando debía examinar a alguna negra sobre algún asunto, como ellas de ordinario andan desnudas, pedía algunos paños y ropa prestados en la casa donde estaban y con ellos la hacía vestir para que pudiera comparecer y estar en su presencia; y si estaba enferma acostada en el suelo sobre alguna estera y la tenía que confesar, por estar desnuda la cubría y la tapaba con su manteo y enseguida la confesaba. Después de haberlos bautizado, si tenía muchos enfermos que confesar y darles los santos óleos, lo hacía primero a los más graves y ponía una señal en el hilo de la medalla que tenían al cuello para indicar que se habían confesado y habían recibido el óleo santo y así los distinguía al regresar al otro día cuando no había podido confesarlos a todos por ser muchos los enfermos.

Finalmente, todos los domingos y días de fiesta, cerca de las once que era la hora en la que el padre decía la misa, enviaba a este testigo y a todos los otros intérpretes para que le trajeran los negros bautizados a la iglesia a escuchar la misa, y este testigo y todos los otros intérpretes los llevaban y oían la misa. A veces eran tan numerosos que no cabían en la iglesia y era tanto el mal olor que exhalaban, que a veces vio este testigo cómo algunas damas españolas salían huyendo de la iglesia; pero este olor era para el padre Claver de flores y rosas. A veces, cuando estaba confesando a algún enfermo negro muy maloliente, el dueño de la casa le enviaba un perfume para que lo usara mientras lo confesaba. El padre no lo admitía y, si alguna vez lo aceptaba, era para perfumar con él al enfermo cubriéndolo con su manteo, fingiendo que tenía necesidad del perfume para confesarlo y poder así hacerlo con más facilidad. Todo cuanto hasta aquí ha dicho, referido y declarado lo confirman igualmente todos los otros sus compañeros intérpretes, que son Ignacio Soso, Francisco Yolofo, Ignacio Angola, José Monzolo, Manuel Biafra y el hermano Nicolás González, sacristán

de esta iglesia, que es la persona que de ordinario acompañaba al padre cuando iba a hacer las instrucciones y los bautismos¹⁴.

Recuerda ahora que cuando las armazones (grupos) de negros recién llegados tenían que viajar a alguna parte, especialmente hacia los Reinos del Perú, que es su ordinario camino, los visitaba consolándolos y animándolos mucho para que hicieran con gusto aquel viaje, diciéndoles cómo había hablado y pedido a sus amos y señores que los trataran bien y que así confiaba en Dios que lo harían; que las regiones a donde iban eran muy buenas y en ellas se iban a encontrar muy a gusto. Pero lo que más les recomendaba era que, si se veían en peligro de muerte y encontraban un confesor, se confesaran con él doliéndose muy profundamente y de todo corazón de haber ofendido a Dios; y si no lo encontraban, procuraran ponerse en gracia por medio de un acto de contrición. Y así iba con mucha frecuencia a visitarlos y a enseñarles con mucho cuidado por medio de este testigo y de todos los otros intérpretes ya nombrados, la manera como habían de confesarse y el acto de contrición que estando en peligro de muerte debían hacer. Y procuraba con mucho esfuerzo instruirlos muy bien en todo esto.

Además recomendaba mucho al negro más capaz e inteligente que tuviera gran cuidado de sus compañeros y que, si alguno se enfermaba durante el viaje, hiciera que se confesara inmediatamente si encontraba la comodidad de un confesor; y no habiéndola, le ayudara a hacer muchas veces el acto de contrición, recomendádoselo mucho y comprometiéndole en eso la conciencia. Y cuando los negros iban a embarcarse para emprender aquellos viajes, los iba acompañando hasta el embarcadero y en él se despedía de ellos abrazándolos tierna y amorosamente, y les prometía decir la misa aquel día si era la hora oportuna y, si no lo era, al día siguiente, para que tuvieran un buen viaje. Y cuando volvía a este puerto la fragata o navío en la que habían hecho el viaje, al que le daba noticias de que habían llegado todos sin peligro y sin haber muerto ninguno, le ofrecía como propina una misa; y si le traía malas noticias, lo sentía mucho, mostrando grandes manifestaciones de dolor¹⁵.

5. CARTA DEL PADRE CLAVER

En una carta escrita por el mismo padre Claver a su Provincial le decía: Ayer, 30 de mayo de este año de 1627, saltó a tierra un grandísimo navío de negros. Fuimos allí cargados con dos espuestas de naranjas, limones, bizcochuelos y otras cosas. Entramos en sus casas que parecían otra Guinea.

¹⁴ Andrés Sacabuche, Proceso fol 394, pp. 101-105.

¹⁵ Andrés Sacabuche, Proceso fol 402, p. 207.

Fuimos avanzando por medio de la mucha gente hasta llegar a los enfermos, de que había una gran cantidad echados en el suelo muy húmedo y anegadizo, por lo cual estaba terraplenado de agudos pedazos de tejas y ladrillos, y ésta era su cama, con estar en carnes sin un hilo de ropa.

Echamos manteos fuera y fuimos a traer de otra bodega tablas y entablamos aquel lugar, y trajimos en brazos los muy enfermos. Juntamos los enfermos en dos ruedas, la una tomó mi compañero con el intérprete, apartados de la otra que yo tomé. Entre ellos había dos muriéndose, ya fríos y sin pulso. Tomamos una teja de brasas, y puesta en medio de la rueda, junto a los que estaban muriendo, y sacando varios olores, de que llevábamos dos bolsas llenas, dímosles un sahumero, poniéndoles encima de ellos nuestros manteos, que otra cosa ni la tienen encima, ni hay que perder tiempo en pedirles a sus amos, cobraron calor y nuevos espíritus vitales, el rostro muy alegre, los ojos abiertos y mirándonos.

De esta manera les estuvimos hablando, no con lengua, sino con manos y obras, que como vienen tan persuadidos de que los traen para comerlos, hablarles de otra manera fuera sin provecho. Asentámonos después, arrodillámonos junto a ellos, y les lavamos los rostros y vientres con vino, y alegrándolos, y acariciando mi compañero a los suyos, y yo a los míos, les comenzamos a poner delante cuantos motivos naturales hay para alegrar un enfermo.

Hecho esto entramos en el catecismo del santo bautismo, y sus grandiosos efectos en el cuerpo y en el alma. Luego les pedimos afectos de dolor, de aborrecimiento de sus pecados, etc. Estando ya capaces, les declaramos los misterios de la Santísima Trinidad, Encarnación y Pasión, y poniéndoles delante una imagen de Cristo Señor Nuestro en la cruz, les rezamos, en su lengua, el acto de contrición.

Aquí dio nuestro Señor a los que estaban muriendo fuerzas y espíritu para abominar sus errores. De muchos que estaban bien dispuestos bauticé tres; y aunque mi compañero hizo instancia que bautizase más, no me pareció conveniente, sino dilatarlo para después. Con esto acabamos muy gozosos y nos volvimos a casa. Pero tan molidos, que no volvimos en nosotros en muchos días, aunque no por eso dejamos de ir “mane et vespere” (mañana y tarde).

La víspera de Pascua del Espíritu Santo habíamos ido a un navío de negros recién venido, y entre muchos muy enfermos había uno que, al parecer de todos, se estaba muriendo, y el amo nos dijo que perdíamos el tiempo y fuésemos a gastarlo con otros, porque ya tenía experiencia que darles aquel mal y morir era todo uno. Eran ya más de las once del día y no sabíamos qué hacer, porque

habíamos gastado toda la mañana en este enfermo para volverle en sí. Pero, por la gran misericordia de Dios, que le debía de tener predestinado, al fin volvió en sí, con gran admiración de su amo y de todos los que le vieron. Pidió el santo bautismo, el cual no sólo le quitó los pecados del alma, sino también la enfermedad del cuerpo. A Dios las gracias. Este suceso me ha enseñado mucho a perseverar en la demanda de estos no bautizados, pues sólo un enfermo que se bautice da más contento que noventa sanos.

La segunda fiesta de esta santísima Pascua junté por la mañana a toda una casta del navío susodicho, llamada “erolo”, que es una de las once lenguas que un negro, llamado Capelino, sabe, y fuera de él no la sabe otro en esta tierra, y Dios, por su gran misericordia, le ha dado aquí para este santo ministerio. Juntos pues todos, metí a dos que estaban muy al cabo, para que, al paso de los sanos, fuesen ellos también entendiendo, y no se condenasen. Temía mucho la empresa, como me había costado tanto el otro susodicho. Puse con todo la mira en sólo aquellos dos, y animando mucho a la lengua, ofrecí al Espíritu Santo todas las ganancias, en trueque de que aquellas dos almas recibiesen el santo bautismo.

Después de haber gastado con ellos muchas horas, salí a tomar un poco de aire, y luego me fueron a llamar, diciendo que uno de los dos enfermos se había muerto. Volví, y ya le habían sacado al patio. Quedé lastimado. Dije le metiesen dentro y estúveme con él, y quiso el Señor que al cabo de un rato volvió en sí, cobrando tanta mejoría que respondía mejor que los sanos. Bauticé a los dos solos con grandísimo gusto y agradecimiento a Dios. Y siendo las once del día, y habiendo de decir la postrera misa, llevé conmigo gran número de negros.

Otra gran victoria alcanzó del demonio el santo ministerio. Salimos una madrugada, y en la puerta de la casa de los negros, nos dijo el cirujano: “Padres míos, allí está una negra muriéndose; vayan y bautícenla”. Fuimos a ella. Tenía los ojos turbados y sin vista, y sin sentido, y el demonio muy seguro de la presa. Trabajamos cuatro o cinco horas con regalos y sahumeros, que la calentaron y renovaron los sentidos traspasados de frío. Con lo cual quiso la gracia de nuestro Dios que recibiese el santo bautismo, porque volvió en sí, y fue instruida muy a gusto y a provecho.

El siguiente día se remedió un negro gentil, a quien el demonio le hacía hablar con lenguaje nunca oído, con toncillos como de papagayo. Su amo y los médicos le tenían por desahuciado. Pero nosotros, que echamos de ver que eran asombros del demonio para que no se bautizase, dijimos los evangelios y el

*credo sobre él, y quedó maravillosamente quieto, de suerte que le catequicé, bautice y quedó bueno*¹⁶.

6. APOSTOLADO CON LOS NEGROS ENFERMOS

Cuando el padre iba a confesar o a consolar a algún negro que tenía una enfermedad más contagiosa que de ordinario, si acaso los dueños de la casa, por el hedor encendían un brasero de perfumes en la casa donde se encontraba el padre con el negro enfermo en compañía de este testigo, no lo permitía de ninguna manera, diciendo que no era necesario, que se lo llevaran a la dueña de la casa; y decía a este testigo: “Hermano, retiraos un poco más allá”. En particular se acuerda que el año de seiscientos treinta tres o treinta y cuatro, se presentó en esta ciudad una gran epidemia de viruela de la cual muchas personas morían; y en particular los negros tenían los cuerpos tan invadidos que quedaban como pelados, sin piel. En ese tiempo el padre Claver confesó con celo particular del bien de las almas a los enfermos, ayudándolos a bien morir y consolándolos, sin excusarse de ninguno por contagioso y repugnante que fuera, como lo hizo con una negra que en aquel tiempo estaba enferma de viruelas en la casa de Doña María de la Maza, su ama.

Tenían a esta negra encerrada en una habitación alta, cerca de una azotea grande que está en la casa. Cuando abrieron la habitación, fue tan grande el hedor, que salió de un lugar tan caliente y apestado, que este testigo quedó nauseado y casi fuera de sí y a punto de caer en tierra por el mal olor. Observándolo el padre y viendo que la dueña de la casa ordenó que nadie entrara en el cuarto, en especial los muchachos pequeños, dijo dos veces a este testigo: “Retiraos allá, hermano”. Y habiendo entrado en el cuarto, este testigo lo siguió enseguida hasta donde estaba la enferma que vio acostada en la mitad de la habitación sobre unos costales, que llaman de armas, acolchados de algodón, y tan recubierta de las viruelas que no tenía parte sana en su cuerpo, excepto los ojos, mientras la carne caía a pedazos y le escurría a ríos de su cuerpo cierta materia tan nauseabunda y pestilente como ha dicho, vio cómo se le acercó el padre con sincera caridad y arrodillándose al lado de la enferma, sacó del pecho un Cristo de metal que llevaba siempre en una cruz de madera, y dándole a besar le dijo: “Ahora tened buen ánimo que aquí viene este Señor a sanaros”.

Y tocándole delicadamente el cuerpo con la mano para que volviera en sí, le decía: “Despertaos, no os quedéis dormida, vengo aquí para consolaros y animaros y ayudaros en lo que pueda”, con lo cual la enferma, vuelta en sí, se

¹⁶ Valtierra Ángel y Hornedo Rafael, *San Pedro Claver*, o.c., pp. 82-84.

consoló un poco y se animó en medio de peligro tan manifiesto. Entonces el padre Claver se quitó el manteo y habiéndose sentado en el suelo, confesó a la enferma, y después le administró la extremaunción, ya que traía consigo el óleo santo. Después de todo esto, y de haberla consolado espiritualmente, viendo el padre que la enferma se quejaba mucho por la cantidad de pus que le manaba del cuerpo y por la dureza del lecho de costales sobre el que estaba acostada, tendió su manteo en el suelo y ayudándolo un negro llamado Ignacio, de nación Angola, levantaron a la enferma de la cama y la pusieron sobre el manteo y allí el padre con sus propias manos le refrescó las narices con agua olorosa; y sacando unos dulces que solía llevar para esas ocasiones, le dio algunos bocaditos con sus propias manos para que comiera, y enseguida le limpió la materia con algunos paños, secándole las llagas de las viruelas con ellos. Después le acomodó los costales, sacudiéndolos y limpiándolos y acomodándoselos de la mejor manera que pudo para que no la maltrataran; y de inmediato, con ayuda del negro, la volvió a poner en el lecho...

En los años pasados de treinta y cuatro o treinta y cinco, día de vísperas, este testigo acompañó al padre y entraron a las casas del capitán Francisco Caballero que están en esta ciudad en la calle principal, en donde había una gran multitud de negros bozales, y entre ellos había uno flaco y descarnado que no tenía sino los huesos y la piel encima de ellos, hecho una estatua viva de la muerte. Aquella debilidad era causada por unos grandes abscesos que tenía en el cuello con unas laceraciones abiertas de las cuales salían ríos de materia muy hedionda y pestífera. Como el negro estaba desnudo y tenía solamente un trapo muy pequeño con el cual se cubría para poder estar con alguna decencia y no tenía con qué limpiarse, la materia escurría por todo su cuerpo hasta las piernas y lo tenía todo como almidonado y untado de aquella materia, excepto las partes por donde corría la materia. No bien lo vio el padre en tal situación, se acercó a él, que estaba tendido en el suelo en el patio de la casa, y pidió a este testigo que le ayudara a levantarlo.

Este testigo lo hizo y lo alzaron entre ambos. Y habiéndolo puesto de pie, no pudo sostenerse sólo y así fue necesario que lo sostuvieran entre ellos y lo llevaran en peso a una piedra que estaba en el patio junto a una puertecita. Lo sentaron en la piedra y el padre sacó, de un bolso de cuero que llevaba siempre consigo debajo de su manteo, unas galletas, y arrodillándose frente al enfermo le dio con sus propias manos algunos bocados de las galletas. Sacó unas telas del bolso y con ellas le limpió todo el cuerpo y le secó la materia que salía de las laceraciones apostemadas, de manera que lo dejó todo limpio lo mejor que pudo. Las telas las guardó todas sucias de materia y enseguida tomó su manteo, que se había quitado apenas entró en las casas, y con él cubrió al negro, envolviéndole el cuello donde tenía los abscesos con el cinturón del manteo que era una cinta de hilado de lino; y dejando al negro así cubierto con el manteo y en su

compañía a este testigo, el padre fue a la cocina y volvió de ella con una vasija de barro y carbones encendidos, y poniéndola debajo del manteo y entre las piernas del enfermo, arrodillándose, echó algunos perfumes sobre los tizones de la vasija, perfumando con ellos al enfermo para que se calentara y reconfortara del gran hedor con el que se encontraba como ebrio, y lo refrescaba con un paño mojado en agua olorosa y le frotaba muy cuidadosamente las narices y toda la cara. Y el negro enfermo, aunque rudo, quedó tan atónito y maravillado de ver la gran caridad que el padre Claver ejercía con él que, como no podía explicarse con la lengua, daba señales de la gran gratitud que deseaba mostrar por tal beneficio, levantando muchas veces al cielo las manos y los ojos, como si dijera que Dios recompensaría a quien le hacía tanto bien...

También recuerda que casi por la misma época del caso anterior, otro día en la tarde, este testigo acompañó al padre Claver a unas casas que hoy son de Doña Teodora de Rivera, donde entraron porque había un grupo o armazón pequeña de negros bozales que eran, según recuerda, de los Ríos de Guinea. Entre ellos uno yacía en tierra en el patio de las casas, todo cubierto de llagas desde los pies hasta la cabeza; y emanaba de él un hedor pestífero. No bien lo vio el padre, se le acercó y sacando unos regalos, que llevaba en el bolso que se ha mencionado arriba, se los dio con sus propias manos, poniéndole los bocados en la boca. Y de inmediato alzaron al negro entre el padre y este testigo y lo hicieron sentar en un banquito o sillita que estaba en aquel lugar; el padre quitándose su manteo, lo cubrió con él en la forma declarada arriba, y preguntando a unas mujeres españolas que se encontraban en la casa si tenían candela, le contestaron que la tenían; y volviendo a preguntar dónde estaba y diciéndoselo las mujeres, fue él mismo a cogerla y la trajo sobre un pedazo de teja y la puso debajo del manteo en la forma como lo había hecho en el caso arriba mencionado. Y arrodillándose frente al enfermo, echó cierto perfume en la candela, con lo que consoló al enfermo. Las mujeres blancas quedaron muy admiradas y maravilladas de ver la gran caridad que el padre mostraba con aquel negro enfermo, que sólo podía hacerlo por celo apostólico y encendido por el amor de Dios y del prójimo.

También recuerda este testigo que en otra ocasión, acompañando al padre un día por la tarde en una época de grandes lluvias, no recuerda el año, fueron al huerto que llaman de Larate. Llegando a él, encontraron a un negro muy viejo y decrepito que estaba enfermo, acostado en una cabaña de palos, cubierta por un techo pequeño de hojas de palma, por lo que estaba casi expuesto a la inclemencia del cielo. El padre lo reconcilió al llegar. Enseguida, poniéndose la estola y la casulla y encendiendo una vela, con la ayuda de este testigo le administró la extremaunción con el óleo santo que llevaba siempre consigo en el bolso, y lo roció con agua bendita que llevaba en un frasquito de vidrio y con un pequeño hisopo hecho a propósito para el efecto, valiéndose asi-

mismo de un pequeño libro en el que había escrito de su puño y letra la manera de administrar este santo sacramento de la extremaunción, sacado del manual y ritual romano. Le dio luego algunos regalos de los que llevaba; y enseguida, por lo que recuerda este testigo, oró de rodillas y recomendó el alma del enfermo. Le parece a este testigo, por lo que recuerda, que el enfermo murió de repente, como que sólo esperaba que el padre le llevara el remedio para su alma, administrándole los sacramentos de la penitencia y extremaunción...

A los enfermos graves no dejaba pasar una semana sin que los visitara y consolara, llevándoles algunos regalos, medicamentos, paños y telas de que tenían necesidad por sus llagas y enfermedades. En particular recuerda que en los alrededores del convento de Santo Domingo de esta ciudad, cerca a la muralla, había un negro enfermo y muy viejo en una cabaña de palmas, acostado en una camilla de ramas, tan pobre y miserable que no tenía a quién dirigir los ojos sino a la misericordia de Dios. Este testigo vio que el padre Claver lo asistió llevándole de comer por más de catorce años, trayéndole todas las semanas roscones, pan de raíces de yerbas, frutas y otras cosas, conservas y un poco de tabaco. Cuando se quejaba de su lecho, lo alzaba él mismo; y cuando debía irse, entraba a una de las casas vecinas y pedía a los dueños que por el amor de Dios tuvieran cuidado del enfermo y no se olvidaran de él, enviándole algo y visitándolo de vez en cuando; que Dios se lo pagaría. Todo lo vio este testigo por espacio de los catorce años; porque fue él quien lo acompañó con más frecuencia en aquel tiempo.

En esta tierra de Getsemaní (barrio de Cartagena) hubo otra enferma al inicio de la calle que llaman de la Magdalena, que era lisiada y, por lo que puede recordar este testigo, tenía una pierna herida. No recuerda su nombre, pues aunque acompañaba al padre cuando iba a visitarla, nunca preguntó cómo se llamaba; pero sí recuerda que la enferma era de la nación de Gambia; y la visitó el padre Claver por más de diez años llevándole, como al enfermo anterior, todo lo que necesitaba de comida; y a ésta, más en particular por ser mujer, le llevaba también algunas camisas viejas, vestidos y otra ropa con la cual pudiera cubrirse y estar decentemente; y romero y espliego para enjugarse, porque el lugar de la casa en que habitaba era muy húmedo por estar cerca del mar¹⁷.

¹⁷ Hno. Nicolás González, Proceso fol 56v, pp. 232-238.

7. APOSTOLADO CON LOS ENFERMOS DEL HOSPITAL

Francisco López certifica que *lo vio ir y asistir con mucha frecuencia de ordinario a este hospital y ejercer en él obras de caridad y servir a los pobres enfermos; para lo cual, no bien llegaba, se quitaba el manteo y se dedicaba al más enfermo y contagioso que allí estuviera. Y era tanto su celo que habría querido ser y hacerse cuarenta personas para servirlos y consolarlos. Confesaba a todos los que con él lo deseaban, porque éste era el objetivo principal de su visita a este hospital. Y muchas veces lo vio tender las camas de algunos enfermos de diarrea que necesariamente tenían muy mal olor. Esto era lo que hacía el padre apenas llegaba. Y preguntándole algunas veces este testigo, que era prior, por qué hacía aquello, respondía que lo hacía con mucho gusto con los pobres; en lo cual reconoció su espíritu apostólico y que no tenía ningún asco de sentarse en las camas para confesar a los enfermos o para consolar a los que sufrían de diarrea, antes se sentaba allí con tanto gusto y placer como si se sentara en una silla de gran importancia. Y era tan compasivo y misericordioso que, si algún enfermo, cuando pasaba, le pedía alguna cosa de regalo, iba inmediatamente a buscarla y pedirla de limosna y se la llevaba. Y si alguno de aquellos que sufrían de diarrea, a quienes les habían prohibido el agua, le pedía un poco, hablaba con este testigo como prior que era y se la pedía para el enfermo; si este testigo le decía que no se la quería dar porque le hacía daño al enfermo, rogaba e insistía mucho para que se la dieran, diciendo que no le haría daño; y el mismo padre se la llevaba y se la daba al enfermo¹⁸.*

Observó este testigo que, aunque ponía el manteo debajo de muchos negros llagados y apostemados y se llenaba de mucha materia y suciedad, nunca olía mal; antes olía como si tales inmundicias y malos olores no hubiesen caído sobre él, cosa que causaba a este testigo y a todos los otros intérpretes que ha nombrado, gran maravilla.

Él nunca se quejaba del mal olor, ni demostraba nauseas; antes se acercaba y abrazaba a los enfermos y los acariciaba como si hubieran sido hijos suyos. Y aunque este testigo, cuando veía algunos muy repugnantes, le decía que no se acercara a ellos, que se alejara para que no se le contagiara la enfermedad o no se enfermara por el olor, no lograba que dejara de hacerlo y de acercarse mucho a ellos para acariciarlos y consolarlos. Y visto que no se cuidaba en nada, le decían este testigo y los otros intérpretes, que tuviera en cuenta que el lugar donde estaban los enfermos estaba apestado y que el hedor que se sentía podía hacer daño a los que allí permanecían mucho tiempo y que abreviara la estadía; pero él permanecía allí y, para dar gusto a los intérpretes, administraba los sacramentos un poco más de prisa de lo que solía hacer. Y después de haber

¹⁸ Padre Francisco López, Proceso fol 839, p. 279.

hecho que salieran los intérpretes, se quedaba con los enfermos por mucho tiempo con tanto gusto como si estuviera en un jardín muy ameno y oloroso, sin que nunca se le resintiera el estómago, cosa que maravillaba mucho a éste y a todos los otros intérpretes, en especial cuando lo hacía muy de mañana, porque iba en ayunas. Después, a las once u once y media, iba a decir misa a la iglesia y convento vecino a la casa de los esclavos, siendo así que para que a los intérpretes no se les revolviere el estómago, les daba de comer y un poco de vino y algunos olores que los reconfortaran. Él se iba en ayunas y sin ningún alivio, como si fuera un hombre de bronce¹⁹.

Cuando moría algún pobre negro en esta ciudad decía la misa por él. Procuraba que todas las personas de esta ciudad ganaran muchas indulgencias y las aplicaran a las benditas almas del purgatorio, distribuyendo para este efecto muchos rosarios y medallas de indulgencias que tenía. Asimismo dijo el padre a este testigo que tenía devoción de dar a sus penitentes, entre otras penitencias, que hicieran alguna obra piadosa por las benditas almas del purgatorio²⁰.

Pedro Antonio Paduano atestigua: Dos veces a la semana iba con todos sus novicios del Colegio al hospital de San Sebastián de esta ciudad en sotana, y, en la misma forma sus novicios, precediéndolos con una escoba en la mano y, apenas llegaban al hospital, barrían todas las salas de la enfermería y el patio principal. Enseguida tendían las camas a los enfermos y les lavaban los bacines, siendo el padre Claver el primero que lo hacía. Y si bien los religiosos de San Juan de Dios, que tienen el hospital, trataban de impedirlo, no lo lograban; porque decía que su mayor gloria era servir a los pobres enfermos en los ministerios más humildes y asquerosos. Y hecho todo lo referido, en el mismo orden y con mucha modestia y sin levantar los ojos del suelo, porque el padre los mantenía siempre bajos, volvían al Colegio. Pero antes, en el hospital, confesaba a todos los enfermos que querían hacerlo con él y los consolaba, así en general como en particular. Si por casualidad, mientras estaba en el hospital, llegaba la hora de dar almuerzo o comida a los enfermos, el padre era el primero que asistía a su distribución y a llevárselos, con lo cual nosotros, los novicios, nos movíamos todos a hacer lo mismo²¹.

Muchas veces después de que habían comido los enfermos, lavaba con sus mismas manos toda la loza de barro sin que fueran suficientes los ruegos de los religiosos de san Juan de Dios de esta casa para que no lo hiciera. En síntesis, no ha visto este testigo mayor celo, fervor ni caridad en servir a los pobres;

¹⁹ Esclavo Ignacio, Proceso fol 515, pp. 218-219.

²⁰ Hno. Nicolás González, Proceso fol 31, p. 342.

²¹ Pedro Antonio Paduano, Proceso fol 281, p. 249.

porque era incansable en el ejercicio de la caridad y tan asiduo que, aunque en tiempos de la Armada estaba casi todo el día en este hospital, no bebía ni comía nunca cosa alguna, ni ha habido nadie que lo viera comer ni beber, aunque trabajara la mañana entera y tarde de ese día²².

Juan Ramírez manifiesta: *Estaba este testigo en el hospital de San Sebastián de esta ciudad el año pasado (de 1640) con una enfermedad que lo volvió ciego y por ello tenía gran dolor y aflicción y lloraba día y noche, además de sufrir algunos muy grandes dolores de cabeza. Un día por la tarde estaba en la sala de los febricitantes, después que se volvió ciego, con un gran dolor de cabeza, llorando muy afligido por el dolor y por la vista que hacía poco había perdido, cuando oyó que en la sala estaba el padre Pedro Claver confesando y consolando a algunos enfermos; y con mucho afecto se puso a gritar diciendo: “¡Padre Claver, venga acá!”.*

Y él, tan pronto lo oyó, reconoció a este testigo y se acercó a él; y contándole sus desgracias, manifestándole la aflicción grande que tenía por la pérdida de la vista y además por los grandes dolores de cabeza que sufría, y cómo en ese momento los tenía tan graves y fuertes que lo hacían sufrir grandemente, el padre lo consoló con palabras muy amorosas, diciéndole que debía ser conveniente al servicio de Dios que perdiera la vista, y por eso se la había quitado; y que se conformara con su divina Majestad. Permaneció mucho tiempo con este testigo consolándolo, sentado en la cama en que estaba acostado. Cuando se quiso ir, le cubrió la cabeza con su manteo y acercándose a él le besó dos veces una mejilla; no se acuerda si fue la derecha o la izquierda; y después de haberlo besado se despidió dejándolo, no sólo consolado en el espíritu, sino también sin el dolor de cabeza que sufría. Porque apenas lo besó en la mejilla como ha dicho, poniéndole su manteo sobre la cabeza, se le quitó el dolor y ni aquel día ni en toda la noche le volvió, antes en ella durmió muy bien y como si estuviera completamente sano, con lo cual se confirmó aún más este testigo en la opinión que tenía de la santidad del padre. Tiene este testigo un rosario que le dio el padre para que lo rezara; y lo aprecia mucho por haberlo recibido de sus manos²³.

8. APOSTOLADO CON LOS LEPROSOS

Pedro Antonio Paduano declara: *Una vez a la semana el padre iba al hospital de los leprosos de San Lázaro que queda fuera de la muralla de esta ciudad. Iba de sotana y sin manteo y llevaba un novicio en su compañía. La*

²² Padre Marcos de Bocanegra, Proceso fol 842, p. 281.

²³ Juan Ramírez, Proceso fol 811, p. 276.

mayoría de las veces fue este testigo con él. Y entre ambos llevaban un canasto grande lleno de plátanos o roscones, y para transportarlo se servían de un grueso bastón con el cual lo llevaban colgando sobre sus hombros el padre y este testigo, lo cual le parecía duro por ser largo el camino y porque llegaba muy cansado y maltratado y con la espalda muy adolorida por el gran peso. En cambio, el padre nunca daba señales de estar cansado. Llegaba al hospital de San Lázaro muy contento, alegre y sonriente, y distribuía todo lo que llevaba a los pobres, reuniéndolos primero en la iglesia de madera que había en la mitad del hospital.

Y llegado al pozo, hacía que todos juntos recitaran las oraciones y él las decía con ellos en voz alta como quien está enseñando con toda devoción. Y enseguida les hacía exhortaciones muy fervorosas, invitándolos a practicar las virtudes y a observar los mandamientos de Dios. Y, cuando alguno de ellos quería confesarse, lo confesaba; y lo que más admiró este testigo fue que trataba, tocaba y abrazaba a los enfermos como si fueran sanos, sin escrúpulo ni repugnancia alguna. Y a los que tenían mayor necesidad y estaban en sus cámaras impedidos por grave enfermedad, iba a visitarlos y les daba algunos regalos de pan y dulces que llevaba en los bolsillos; y se sentaba en sus camas para confesarlos cuando se lo pedían, como si fuesen muy limpios y saludables²⁴.

El esclavo Andrés Sacabuche relata: Sabe este testigo que el padre Pedro Claver era muy devoto de los pobres leprosos del hospital de San Lázaro, a los cuales visitaba con mucha frecuencia consolándolos, no sólo en lo espiritual, confesándolos y administrándoles todos los otros sacramentos, sino también en lo temporal, llevándoles alguna limosna y ropa vieja para que se vistieran. Muchos días en Pascua o en fiestas de Cristo Nuestro Señor y de la Virgen su Madre, conseguía algunos almuerzos entre sus devotos, lo más esplendidos que podía y los enviaba a mediodía al hospital para que comieran los pobres. Asimismo enviaba a este testigo y a todos los otros negros intérpretes y músicos de este Colegio para que no sólo se los distribuyeran, sino que también quedaran tocando sus instrumentos mientras comían para que lo hicieran con mayor gusto y alegría.

Y en una ocasión, sabiendo el padre que los pobres de San Lázaro sufrían mucho trabajo y que no dormían de noche por los zancudos (mosquitos) que en el hospital había por estar en el campo, consiguió de limosna todo lo que fue necesario para hacer toldillos, como en efecto los hizo, algunos con tela y otros con costales de harina que cosieron y prepararon en el Colegio este testigo y todos los otros compañeros intérpretes. Los llevó personalmente el padre a los pobres y se los fue acomodando en sus celdas y habitaciones con la ayuda de

²⁴ Pedro Antonio Paduano, Proceso fol 281, p. 249.

este testigo y de todos los demás compañeros. Al instalarlos, el pobre a quien se lo daba se ponía muy contento y alegre, y lo abrazaba agradeciéndole por tener ya el toldillo con el cual podía dormir y descansar de noche²⁵.

El esclavo Francisco Yolofo dice: *En cierta ocasión, habiéndose caído la casa grande del hospital, y estando por eso los pobres muy incómodos y a la intemperie sin tener dónde refugiarse, consiguió el padre limosna para volverla a fabricar y llevó a todos los negros intérpretes y a este testigo para que trabajaran en la obra. Ayudó un hermano de la Compañía ya difunto, que se llamaba Juan de Cobalonga, carpintero de oficio antes de entrar en Religión, el cual con los negros levantó la casa haciéndola aún mejor de lo que era antes. Duró la obra una semana entera; con lo cual, por solicitud y diligencia del padre, tuvieron los pobres enfermos casa en qué poder vivir²⁶.*

Pedro de Barahona recuerda: *Un día, como a las cuatro y media de la tarde, saliendo este testigo a caballo por la puerta de la Media Luna y, llegando cerca del hospital, vio que había un pobre muy lleno de llagas cerca del camino, que pedía limosna a los que pasaban como acostumbra hacer algunos, y llegándose a él el padre Claver que iba delante de este testigo para el hospital, lo cubrió con su manteo y se lo cargó al hombro y lo llevó al hospital con tanto amor y humildad como si hubiera llevado a algún hermano suyo.*

Cuando moría alguno de aquellos pobres leprosos enfermos, lo asistía y le celebraba misa de cuerpo presente con mucha devoción. Y para que esto fuera con alguna solemnidad y pompa fúnebre, se quitaba el manteo y lo tendía sobre el ataúd del difunto por no haber en el hospital una tela negra. Enseguida sacaba cuatro velitas, que no recuerda este testigo en qué las llevaba, y buscaba unos candeleros viejos de madera del hospital en los que las ponía; y, cuando no los encontraba, recogía naranjas agrias y hacía que sirviesen de candeleros para las velas que ponía encima de la sepultura. En ella ponía también un frasquito pequeño de vino y algunos panes blancos en un plato. Después de la misa, iba al lugar de la sepultura y decía un responso; y, después de quitarse los ornamentos, ofrecía el pan y el vino a este testigo²⁷.

El padre Juan García certifica: *Habiendo enfermado gravemente el padre Pedro Claver por sus grandes fatigas y quedándole como consecuencia un gran temblor en todas las partes de su cuerpo, apenas podía sostenerse en pie y no podía ir como antes al hospital de San Lázaro. Para poder hacerlo, iba algunas veces en un caballo de los que usan por la ciudad los pobres que piden limosna.*

²⁵ Andrés Sacabucho, Proceso fol 390, pp. 256-257.

²⁶ Francisco Yolofo, Proceso fol 711v, p. 272.

²⁷ Antonio de Berrocal, Proceso fol 766, p. 275.

Y habiendo querido ir un día, víspera de San Antonio, subió a un caballo muy brioso; y cuando iba por el puente de esta ciudad, salía este testigo del convento de San Francisco que está frente, y mirando a lo lejos vio venir al padre en el caballo por el puente, que como no podía usar las manos y los pies para recoger los ruedos de la sotana y del manteo, llevaba éstos tan sueltos que tocaban las ancas y la barriga del caballo, dándole, al parecer, con ellos golpes, por lo cual se asustó el animal y empezó a correr como una furia, poniendo en peligro manifiesto la vida del padre. Porque por la velocidad con que corría, aun un joven muy listo hubiera estado en peligro, más aún un hombre sin el uso de los pies y de las manos, como sucedía al padre.

Y así todos preocupados por eso y diciendo “¡Jesús, que lo mata!” fueron a ver si lo podían ayudar deteniendo al caballo. Pero no fue posible, aunque acudió mucha gente especialmente negros; hasta que, pasadas las casas del capitán Don José Evangelista, lo detuvieron considerando todos como cosa milagrosa tanto el haberse detenido el caballo como el no haberse caído de él el padre; porque la distancia que corrió fue de cuatro carreras muy largas de caballo. Cuando se detuvo, corrió mucha gente a hablar con el padre y entre ellos este testigo para ver si estaba asustado. Preguntándole qué había pasado, sólo contestó dos veces “Que Dios, que Dios”, con un semblante muy sereno, como si no le hubiera sucedido tal cosa, dejando entender con las palabras que pronunció, que Dios lo había librado del peligro. Y algunos de los presentes dijeron que el demonio había hecho aquello para ver si podía impedir la buena obra que el padre iba a hacer de confesar y consolar a los pobres de San Lázaro²⁸.

9. APOSTOLADO CON LOS PRESOS

Dice el hermano Nicolás González: Asistía con gran frecuencia a la cárcel de esta ciudad. Casi no pasaba una semana sin que fuera a ella. Al entrar, se quitaba el manteo e iba al altar de la capilla, y tomando agua bendita, si la había, rezaba. Y al terminar, reunía a todos los presos y les hacía un razonamiento muy espiritual animándolos a soportar con paciencia su encierro y afanes; y concluía preguntándoles si querían confesarse para que esas angustias tuvieran mérito ante Dios, pues para eso venía él. Cuando alguien quería hacerlo, lo confesaba. A veces se sentaba en las gradas del altar de la capilla o en algún banquito frente al altar y allí llegaban a confesarse los que tenían devoción de hacerlo. Enseguida los exhortaba a que no juraran, y otras veces recitaba con ellos las letanías de Nuestra Señora. Cuando alguien estaba en

²⁸ Padre Juan García, Proceso fol 670, p. 270.

algún calabozo o prisión estrecha, se quedaba mucho tiempo con él consolándolo.

Y aunque el lugar era muy incómodo y lleno de bacines por lo que se originaba un pésimo olor, movido por la caridad, nada le impedía asistir y consolar a los afligidos; en particular a los que estaban en los más estrechos calabozos. Les llevaba alguna cosa que los consolara, tanto en lo espiritual como en lo material. Escuchaba con gran atención y paciencia a cuantos querían contarle sus angustias, y si le pedían que hiciera alguna diligencia en orden a su libertad, así con los jueces como con las partes, lo hacía muy puntualmente, viendo si era necesario hablar con los curiales e informarlos para que no omitieran las diligencias necesarias, como lo podrán decir los licenciados Don Antonio de Betancur, que habita al presente en la ciudad de Santafé, y Don Juan Sánchez Parejo, que vive hoy en esta ciudad, y eran los abogados a los que recurría con más frecuencia para pedirles que patrocinaran las causas de esos pobres presos. Les mostraba los cuadros de las almas condenadas que ardían en vivas llamas y les decía que era mejor pagar en esta vida las penas de los pecados que cometemos, que pagarlas en el infierno donde no hay fin ni término. Y para terminar, sacaba el crucifijo de bronce que se ha mencionado arriba y llevaba siempre consigo, y les decía que el remedio de todos sus afanes se encontraba en aquel Señor crucificado. Y para que quedaran más consolados y dispuestos a soportar con paciencia los afanes, les hacía recitar un acto de contrición muy fervoroso, que empezaba el padre y continuaban todos, repitiendo con él lo que decía. Al despedirse, les decía que cualquiera que lo necesitara, a cualquier hora, lo mandara llamar, que lo asistiría con mucho gusto y puntualmente lo atendería.

El acto en que mostraba el cumplimiento y señal perfecta de su caridad, era cuando asistía a los que en la cárcel eran condenados a muerte por los jueces u otros ministros de la justicia de esta ciudad. Y los alcaides de la cárcel, conociendo el gran celo y diligente espíritu con que asistía en tales casos, apenas notificaban la sentencia de muerte a algún preso, avisaban al padre, quien iba con gran prisa a la cárcel, con algunos regalos y con un crucifijo pintado en una cruz de madera. Al llegar para asistir al sentenciado a muerte, lo abrazaba con gran amor y ternura y le decía: “Tienes suerte, hermanito mío, al saber el día en el cual debes morir, no te queda otra cosa que tener buen animo”, y poniéndole en las manos la cruz con Cristo pintado en ella, le decía: “Éste es el madero con el que has de huir de esta gran borrasca y no tienes otro remedio para librarte de ella que abrazarte a esta cruz, no perderla de tu vista y abrazarte a ella, pues allí está tu salvación. Afortunado sería yo si me llevaras contigo”.

Enseguida lo instruía y preparaba para que hiciera una confesión general o también le decía que no se fatigara ni atormentara su memoria pensando en las calles, casas y ocasiones por las que le había llegado aquel último y penoso afán, y que no recordara más al mundo ni a ninguna persona, como si no hubiese vivido en él. Cuando llegaba la hora de volver al Colegio, le dejaba un librito para ayudarlo a bien morir con la instrucción y modo de confesarse y un cilicio y una disciplina, y le decía que volvería muy pronto para asistirlo, que no lo abandonaría de ninguna manera. Y, si mientras tanto tenía alguna aflicción y angustia particular, lo mandara llamar; que vendría con toda prontitud. Si en la cárcel se encontraba algún preso de buen juicio y capacidad, le daba la orden de asistir al condenado y de leerle durante el tiempo que pudiera el librito para ayudarlo a bien morir; y se despedía del preso condenado, diciéndole que el camino que debía recorrer era muy largo y el tiempo muy corto y que así era necesario animarse con el incentivo de la consideración, y hacer muchos actos de verdadera contrición. A las pocas horas volvía a la cárcel y oía la confesión general del condenado por largo tiempo. Enseguida, si la hora lo permitía o si no al día siguiente, le celebraba misa, le daba la comunión y recitaba sobre él un Evangelio.

El día del suplicio, muy temprano, le celebraba la misa y enseguida lo obligaba a comer alguna cosa que había preparado; y mientras le ponían los vestidos y las cuerdas al condenado, trabajo muy terrible y doloroso para un mortal, el padre mantenía el crucifijo en las manos. Eran tantas las palabras tiernas que pronunciaba, que endulzaba en aquel paciente aquella hiel amarga y los rigurosos instrumentos de su suplicio, con tanta pasión y enaltecimiento, que enternecía a todos los presos que se encontraban presentes; y a este testigo lo hacía llorar a lágrima viva. Decía a los presos que aprendieran del sentenciado y evitaran ofender a Dios, no fuera que por sus pecados cayeran en la misma aflicción y afanes.

Y cuando llegaba a alguna esquina o cruce de calles, donde por lo general se encontraba gran cantidad de gente, hacía que el condenado se detuviera y hablara al pueblo, pidiéndole perdón del mal ejemplo que había dado y que aprendiera de él a no ofender a Dios; porque él se encontraba en aquel estado por sus pecados. De este modo iba siguiendo hasta llegar al lugar del suplicio. Mientras iba por las calles, lo rociaba frecuentemente con agua bendita que llevaba preparada; y le refrescaba él mismo la nariz con sus propias manos con agua perfumada cuando podía; y cuando no podía, cuando el paciente iba a caballo y no lo alcanzaba, pedía a otro sacerdote que lo hiciera. Al llegar al lugar del suplicio, le hacía besar la escalera como el instrumento por el cual debía subir a gozar de Dios; y allí, con sus propias manos, le limpiaba el sudor del rostro y le daba algunos bocados que llevaba listos para que no se desmayara en tan amargo momento. Después de haberlo reconciliado

y absuelto, dándole mil abrazos, lo consolaba y animaba, diciéndole que ojalá él fuera tan afortunado de ir con él al cielo; y con la misma caridad y celo que se ha dicho, no lo abandonaba hasta que no había muerto.

Según el esclavo Diego Folupo: No sólo atendía el padre Claver a los ajusticiados en la ciudad, sino también a los que eran ajusticiados fuera de la misma por alguna causa; pues hará más de veinte y cinco años que, gobernando esta plaza el maestre de campo Francisco de Murga, caballero de la Orden de Santiago, asaltó un gran palenque que estaba en los montes que llaman del “Limón”, en el cual había gran cantidad de negros ladrones, y llevó a sus jefes y a los más culpables al castillo que en esta ciudad llaman de Manga y allá envió a su teniente general, que era el licenciado Don Francisco de Llanos para que los procesara y sentenciara; y él lo hizo y los condenó a muerte y para ejecutarla hizo ir al castillo al padre Claver, quien confesó a cinco negros que el teniente ordenó fueran ahorcados en cinco sitios diferentes del castillo; y bautizó a otro que igualmente estaba sentenciado a la misma muerte y no había sido bautizado nunca, porque declaró que, cuando llegó a esta tierra, huyó y había ido a parar a aquel palenque de El Limón, donde se había quedado por muchos años y que no había sido bautizado ni en su tierra ni en ésta y pidió al padre que lo bautizara porque quería morir cristiano y en la fe de Jesucristo. Habiéndolo el padre instruido lo mejor que pudo en los misterios principales de nuestra santa fe, lo bautizó, como se ha dicho, e inmediatamente después lo ahorcaron en otra parte; a todo lo cual se encontró presente este testigo porque fue con el padre. Igualmente lo vio Andrés Sacabuche, que fue intérprete del negro bautizado por el padre, que era angola²⁹.

El hermano Nicolás añade: No sólo se contentaba el celo y la caridad del padre con visitar y consolar a los presos afligidos en las cárceles de esta ciudad, ejerciendo con ellos la benevolencia y afabilidad de obra y de palabra que ha declarado, sino también visitaba a los negros esclavos que sus dueños tenían encarcelados en sus casas cuando la prisión era muy larga y rigurosa, averiguando y procurando saber las causas de estos castigos para arreglarlas y suavizarlas con los amos, intercediendo ante ellos con ruegos y halagos para que los liberaran. Llevaba regalos, como un poco de tabaco, personalmente o por medio de otras personas. Todo lo cual sabe este testigo por haberlo visto, pues lo acompañaba con frecuencia cuando iba a ejercer la caridad con estos presos; y era tan grande el amor del padre, que les decía a los negros que, si fuera posible, se quedaría con ellos en la cárcel para consolarlos y aliviarlos con su compañía.

²⁹ Diego Folupo, Proceso fol 692, pp. 309-310.

Este testigo tiene por cierto que el padre no decía esto por hipocresía sino de todo corazón y con toda la voluntad, según el fervor de su caridad y la gran humildad y amor que tenía con los negros. Porque fue tan serio en sus palabras y obras que nunca este testigo lo vio hacer o decir algo por hipocresía. Podría aducir muchos ejemplos particulares como prueba de esto, de los que liberó y sacó de las garras del diablo a muchos negros y negras de aquellas cárceles, estando algunos a punto de ahorcarse por la desesperación, otros a punto de matarse y otros de dejarse morir desesperados, no queriendo comer ni beber para lograrlo. Pero los omite porque son muchos, casi innumerables. Y como son muy públicos y notorios en esta ciudad. Se remite a lo que dirán algunos vecinos que fueron testigos de ellos³⁰.

10. APOSTOLADO CON LOS NO CATÓLICOS

El esclavo Juan de Dios refiere: Convirtió y bautizó a muchos moros que murieron en el hospital. No se acuerda en particular de sus nombres. Y redujo a muchos herejes a nuestra santa fe católica. A todos los que reducía y convertía, al morir, les hacía solemnes funerales con canto de órgano, llevando para este efecto a los músicos de su Colegio, porque en él hay algunos esclavos músicos. Un año que no recuerda este testigo, había en este hospital un enfermo árabe de uno de los navíos del tráfico de este puerto, cuyo nombre tampoco recuerda, que hacía muchos gestos y movimientos y no quería ver las imágenes de Cristo y de su bendita Madre cuando se las ponían al frente, y estaba a punto de morir. Viendo los padres que no lo podían reducir ni aquietar por mucho que se esforzaban en ello, y que los médicos y muchas personas decían que estaba endemoniado, se valieron de la ayuda y socorro del padre, mandándolo llamar como refugio que fue siempre de esta casa. Llegó inmediatamente y luchó tanto con él, poniéndole la estola al cuello y muchas reliquias, y rociándole agua bendita, que lo redujo y aquietó; y murió confesando a Dios, venerando sus santas imágenes y las de su bendita madre³¹.

El médico Adán Lobo declara: Cuando el padre Pedro Claver tenía noticia de que en el hospital había algunos herejes ingleses, trataba de convertirlos con su ejemplo, humildad y doctrina. Cautivando su voluntad, les daba muestras de cariño, arreglándoles las camas, dándoles regalos y asistiendo a su almuerzo y cena para tener más ocasión de hablar con ellos en materia de religión, exhortándolos a dejar la herejía y tornar a la fe católica, como en efecto se convirtieron muchos; y en particular uno del cual el padre fue padrino.

³⁰ Hno. Nicolás González, Proceso fol 143, pp. 294-301.

³¹ Esclavo Juan de Dios, Proceso fol 869v, pp. 126-127.

Eran muchos los enfermos herejes en la sala de cirugía donde estaba el convertido, y se enfadaron notablemente con él y no le quisieron volver a hablar ni recibir cosa alguna de su mano. Al padre Claver le lanzaban muchos oprobios, porque lo había convertido, llamándolo engañador. Él se reía de todo esto y lo soportaba con mucha paciencia. Les decía que, confiando en Dios, ellos llegarían a conocer la verdad y se convertirían como lo había hecho su compañero. Cuando murió el convertido a la fe católica, el padre consiguió mucha cera y habló con mucha gente noble de la ciudad para que asistieran a las exequias que se hicieron al difunto con gran solemnidad, y se le celebraron muchas misas. Con lo cual, después de algunos días, un gran número de los herejes llamó al padre y le pidieron perdón de lo que habían dicho.

Los herejes le dijeron que querían convertirse a la santa fe católica. Preguntándoles qué motivo tenían para ello, pues se maravillaba de que tal determinación saliera de ellos, los herejes respondieron que habían visto al difunto y les había dicho que estaba gozando de Dios y que ellos vivían en el error; y que, si querían salvarse, llamaran al padre y le pidieran perdón y se convirtieran a la fe católica³².

El padre Marcos de Bocanegra manifiesta: Recuerda este testigo que el modo de convertirlos era poniéndoles al frente el crucifijo de bronce que llevaba consigo y hablándoles en tono bajo y muy compungido. Y ahora recuerda que uno de los conversos se llamaba Roberto. Y era tanta la caridad del padre, que les conseguía padrinos y madrinas para sus conversiones para que, si morían, los honraran en los entierros y, si sanaban, los vistieran y trataran con cariño. Habiendo muerto uno de ellos, recuerda este testigo que consiguió limosna para la ceremonia funeraria y velas para su sepultura. Y este testigo fue al Colegio por ellas a la misma celda del padre, quien se las dio con gran amor y voluntad³³.

Además, como el alojamiento de los negros y herejes presos y esclavos que están en la ciudad queda muy cerca de este Colegio, motivo por el cual vienen casi todos los días al portón para comer y beber, el padre, para ganar las almas de éstos para Dios, se colocaba en aquel lugar como cazador espiritual y pescador de las almas; y en ese portón fueron innumerables los que convirtió y redujo, no tanto con la eficacia de sus palabras, cuanto con la humildad y caridad de sus obras, dando de comer a todos y sirviéndoles con sus propias manos, muchas veces de rodillas. Después de que habían comido, les ofrecía agua para lavarse las manos y hacía que algunos de los pobres católicos que estaban en el portón, besaran, arrodillados, la cruz y algunas imágenes, y él

³² Adán Lobo, Proceso fol 927v, p. 127.

³³ Padre Marcos de Bocanegra, Proceso fol 842, p. 283.

hacía lo mismo con grandísima reverencia y profunda humildad en presencia de los herejes que niegan la adoración y veneración de la cruz y de las imágenes.

También, en presencia de los mismos herejes, tomaba un rosario en la mano y besándolo lo ponía encima de su cabeza y enseguida se lo ponía al cuello y después hacía que los pobres católicos que se encontraban presentes hicieran lo mismo. Y después de haber dado de comer a los pobres, así católicos como herejes y negros, tomaba una escoba y barría el pasaje donde habían comido, recogía con sus mismas manos la basura y la llevaba a los patios interiores. Enseguida lavaba los platos y la piedra donde habían comido, y después de haberlos lavado y limpiado, los ponía en su lugar hasta el día siguiente. También muchas veces el padre, por humillarse y mortificarse, comía con los pobres la misma vianda que ellos y en un mismo plato. Y el Jueves Santo les lavaba los pies con gran humildad³⁴.

En los años 1639 y 1640 los españoles hicieron una gran ofensiva en las islas de san Cristóbal y santa Catalina, donde estaban viviendo muchos piratas ingleses y holandeses, que se habían apoderado de ellas. Tomaron muchos prisioneros. El padre Claver celebró la misa un día delante de 600 de ellos y todos quedaron admirados por la devoción con que la celebró. Entre los prisioneros había un obispo inglés con el cual conversó amablemente en latín.

Largas horas pasó el padre Claver con el obispo hereje, procurando reducirle al camino verdadero de la fe católica. Se convirtieron 500 de los prisioneros. Y, al poco tiempo, estando el obispo, arcediano de Londres, muy enfermo, dijo al padre: “*Ya ha llegado el tiempo de cumplir las promesas que hice a Dios y a ti de convertirme a la verdadera y católica religión que profesaron mis padres*”. El padre Claver tuvo gozo de esto y dio al Señor infinitas gracias por la conversión de este obispo, al cual asistió con gran caridad y lo reconcilió con la Iglesia, abjurando primero públicamente de todas sus herejías. Después recibió los sacramentos de la Eucaristía y de la Extremaunción. Al obispo siguieron muchos otros y fueron tantos que el general de la Armada, a instancia del padre Claver, los puso como soldados del rey, señalándoles el sueldo según su calidad.

Muchos de estos prisioneros se convirtieron en el hospital donde eran atendidos con mucha solicitud por el padre Claver y sus ayudantes. Todos murieron como católicos y solían decir en latín “Sancti de España, sancti de España, amparadme”, dando a entender que morían en la fe católica que profesan los españoles³⁵.

³⁴ Hno. Nicolás González, Proceso fol 184, p. 317.

³⁵ Andrade Alonso, *La vida del venerable y apostólico Pedro Claver*, Madrid, 1657, pp. 56-59.

11. APOSTOLADO MISIONERO

Su celo pastoral no se reducía sólo a la ciudad. Según el hermano jesuita Manuel Rodríguez: *Después de la Semana Santa, iba en misión a las poblaciones que están bajo la jurisdicción de esta ciudad para confesar a los esclavos y esclavas, y administrarles el santo sacramento de la Eucaristía, a fin de que cumplieran con el precepto de nuestra Santa Madre Iglesia los que no lo habían hecho. Llevaba licencia de los señores obispos y ordinarios de este obispado, y su ornamento para poder celebrar matrimonios entre los esclavos, pues algunos se encontraban en mal estado y enredados en el pecado. Todo esto lo sabe este testigo, si bien nunca lo acompañó a estas misiones, por haber sido público y notorio en toda la ciudad y sus jurisdicciones y alrededores. Este testigo lo veía embarcarse para estas misiones. Y algunas veces cuando iba a las mencionadas aldeas a pedir la limosna, le han referido muchas personas el gran fruto que hacía en las almas de los negros y personas que estaban allí. Se iba a vivir en la cabaña del más pobre negro, y era muy parco en su comida y bebida*³⁶.

*No aceptaba la comida que le daban los mayordomos de las estancias, se contentaba con un poco de arroz cocido con sal y agua que le daba algún negro. Y, si uno de ellos o alguna persona le daba una gallina o un pollo o algunos huevos como regalo, enseguida los recibía y los daba al negro o negra más necesitado de la población. Si había algún enfermo, se lo hacía preparar para que lo comiera y él mismo llevaba la comida a los enfermos*³⁷.

Un día por la tarde el padre Pedro Claver pidió al señor provisor que le diera licencia para poder administrar todos los santos sacramentos, y, especialmente el santo matrimonio, a todas las personas que estuvieran en las poblaciones, lugares y montes del distrito de Tolú... Se lo concedió y el padre estaba tan alegre que parecía que no cabía en sí de felicidad y gozo... Al preguntarle por qué se embarcaba en aquella misión con un clima tan riguroso de lluvias y tempestades y particularmente para el lugar donde iba, que era muy malsano, respondió que primero estaba el servicio de Dios y el bien de las almas. Al volver vino a casa de este testigo y entró muy risueño dándole nuevamente las gracias. Preguntándole cómo le había ido, dijo que muy bien, porque había confesado a mucha gente y casado a muchas personas que vivían en mal estado desde hacía muchos años, aunque había sufrido muchos trabajos

³⁶ Hno. jesuita Manuel Rodríguez, Proceso fol 325, pp. 138-139.

³⁷ Andrés Sacabuche, Proceso fol 382, p. 142.

*por caminos de fango, con el agua hasta las rodillas, por montes y bosques muy tupidos y despoblados, sin trochas ni caminos*³⁸.

12. APOSTOLADO DE LA CONFESIÓN

El hermano Manuel Rodríguez relata: *Era tan celoso del bien espiritual de las almas, que cada día averiguaba si había alguien para confesar y en particular si eran negros y negras incurables y que no se podían levantar de la cama ni salir de la casa; a los cuales visitaba y llevaba algunos regalos que conseguía entre sus conocidos y devotos. No recuerda a ninguno en particular, porque fueron muchos a los que constantemente visitaba, confesaba y consolaba. Y era tan grande su celo en esto, que no solamente visitaba a los enfermos y lisiados, sino también cuando veía que algún negro o negra era muy viejo, lo visitaba y le aconsejaba que se confesara con frecuencia, diciéndole: “Mirad que la casa está muy vieja y puede ser que de repente se caiga”, y enseguida los confesaba e iba con mucha frecuencia a reconciliarlos.*

Algunas veces, cuando este testigo debía acompañarlo, como era refitolero (encargado del comedor), para poder salir temprano a visitar a los negros, iba el padre al comedor y le ayudaba a barrer y poner las mesas, llenar las jarras de agua y limpiar los candeleros del sebo que tenían, y así quedaba todo listo para la noche, ejecutándolo con sus propias manos como si fuera el ínfimo hermano de este Colegio. Y tan infatigable era cuando iba a visitar a los negros enfermos, en especial cuando había alguna epidemia de viruela en esta ciudad, que cansaba a tres o cuatro hermanos compañeros. Por eso regresaba al Colegio y dejaba al primer compañero que no podía caminar más ni moverse, y se llevaba a otro, y de esta manera cambiaba tres o cuatro compañeros cada día y él se mostraba tan incansable e infatigable que con el último iba tan gallardo y fuerte como si hubiera salido de la casa aquella sola vez. Algunas veces, cuando este testigo lo acompañaba, regresaba tan cansado por lo mucho que había caminado con el padre, visitando a los enfermos y confesándolos, que se sentaba por largo tiempo en la puerta a descansar y tomar algún aliento para poder subir a su cuarto; y el padre subía como si no hubiera caminado ni estuviera fatigado; y nunca se quejaba de fatiga ni se negaba al Superior cuando éste le ordenaba algo.

En una oportunidad se acuerda este testigo, hará ocho o nueve años, una noche hacia la hora de la oración, bajando de la plaza que llaman de los Jagüeyes en compañía del padre Claver, al llegar a la esquina que llaman Badillo, dijo el padre: “Vamos allí y pronto regresaremos”. Y volviendo a subir

³⁸ Francisco Gutiérrez, Proceso fol 742, p. 145.

la calle que lleva desde la esquina de la plaza, antes de llegar a ella entró en una casa. Y cuando el padre entró en la casa dijeron: “¿Quién ha llamado al padre? ¿Qué ángel lo ha traído?”. Y el padre dijo: “¿Dónde está la enferma?”. Habiéndole mostrado el lugar donde estaba, la confesó y supo este testigo que estaba muy grave y en peligro de muerte. No recuerda si era española o negra. Terminada la confesión, el padre se despidió y regresaron al Colegio. Y este testigo quedó muy maravillado de lo sucedido sin saber cómo el padre tuvo conocimiento de aquella enferma. Le parece que fue alguna inspiración de Dios, porque este testigo lo acompañó toda la noche y no vio que persona alguna lo llamara para esa confesión³⁹.

José Villalobos dice en el Proceso: Cuando se publicaba alguna indulgencia, en particular en las fiestas de Cristo y de Nuestra Señora, salía por las calles e iba avisando a todos que tal día era fiesta e indulgencia; que se prepararan todos a ganarla. Y la manera de decírselo era que barrieran la casa, lavaran la camisa y se vistieran de fiesta; y que se alegraran, porque aquel día pasarían por su puerta Cristo Nuestro Señor y la Virgen. Y recuerda este testigo, que era oficial en el taller del alférez Juan de Gramedor, que llegó el padre al taller y avisó a todos los oficiales y aprendices que se confesarán tal día, fiesta de Nuestra Señora, cuando había indulgencia.

Unos días después de ella, el padre volvió al taller por la mañana, como entre las diez y las once según se acuerda, y preguntó a todos los que estaban en la bodega si se habían confesado el día anterior y si habían ganado la indulgencia como él les había avisado; y respondiendo todos a una que sí, el padre se acercó a un aprendiz del taller llamado Juan Galindo; y dándole algunos golpes en la cabeza (porque estaba sentado en una banca), golpeando su cráneo con la llave que llevaba ordinariamente colgada a la cintura con una banda de cuero, le dijo: “Tú eres el único que no se ha confesado”, y respondiendo el aprendiz que sí, que se había confesado, el padre volvió a decirle que no mintiera, que se confesara apenas pudiera.

Y habiéndose ido el padre, el aprendiz quedó muy impresionado y estupefacto al ver que conocía que no se había confesado; y manifestó ingenuamente a este testigo y a los otros aprendices que estaban ahí, que era la verdad lo que decía el padre porque no se había confesado; pero no sabía cómo había llegado a saberlo ni de qué modo podía haber llegado a su conocimiento. Esto lo movió tanto que prometió firmemente, en presencia de todos, confesarse lo más pronto que pudiera; y le parece a este testigo que se confesó enseguida, por el gran temor y miedo que este hecho le causó según observó este testigo. Y desde aquel día, cada vez que Juan Galindo veía al padre, se turbaba y aturdía

³⁹ Hno. jesuita Manuel Rodríguez, Proceso fol 305, pp. 202-203.

mucho y lo mismo le sucedió a este testigo desde aquel día cuando veía al padre; porque, además del concepto que siempre tuvo de él como hombre apostólico y de rara virtud, le parecía que tenía también espíritu profético y que conocía los pensamientos ocultos de los hombres⁴⁰.

Para confesar en la iglesia ponía muchas tablas alrededor del confesionario para que se sentaran las negras, separadas de los negros, y no les hiciera daño la humedad del suelo de esta iglesia, que es muy húmeda, por estar muy cerca del mar⁴¹.

El hermano Nicolás González le preguntó un día cuántos recibos de confesión entregaba todas las Cuaresmas y contestó que repartía cinco mil cada Cuaresma, de lo cual se extrañó mucho este testigo al ver que un solo hombre confesara en una Cuaresma a cinco mil personas, sobre todo negros con los que hay que gastar mucho tiempo en confesarlos y prepararlos para la absolución⁴².

Era tan asiduo a confesar que, mientras no tuviera que ejercer otros actos de caridad, todas las horas del día, y aún de la noche, las pasaba escuchando las confesiones de quienes venían a él. En cierta ocasión pasó toda la noche confesando. Prefería a los negros pobres que deseaban confesar con él sus pecados, a los nobles españoles, y los buscaba por calles y plazas para que limpiaran con el sacramento de la confesión las manchas de su alma⁴³.

13. CELO PASTORAL

No faltaron ocasiones en que tuvo que corregir fuertemente los vicios y pecados. Según el hermano Nicolás el padre Claver sufrió mucho por impedir las actitudes licenciosas públicas que se daban entre los negros, soportando con gran paciencia por amor de Dios muchas afrentas y palabras picantes que le decían los amos y amas de los negros cuando, para impedir o extirpar algunas malas prácticas, se casaban por consejo suyo. Los amos, y en particular las mujeres, enfurecidas e indignadas por estos matrimonios, le decían muchas palabras injuriosas, explicando al padre que no querían que estuvieran casados sus esclavos porque, como decían, lo mismo continuarían sus malas prácticas después del matrimonio como antes. A lo cual el padre contestaba diciendo que, los pecados que cometían antes del matrimonio, iban por cuenta de sus amos,

⁴⁰ José Villalobos, Proceso fol 251v, pp. 206-207.

⁴¹ Andrés Sacabuche, Proceso fol 403, p. 171.

⁴² Hno. Nicolás González, Proceso fol 196, p. 167.

⁴³ Proceso, p. 12.

*porque no los dejaban tomar dicho estado que evitaba la ocasión; mientras que los que cometieran después del matrimonio serían culpa de los esclavos*⁴⁴.

Pedro Antonio Paduano relata que *en general aborrecía y reprendía con espíritu y celo apostólico todos los bailes licenciosos que se hacían en esta ciudad*⁴⁵.

El padre Pedro Mercado recuerda que, *cuando encontraba a alguno de los negros hablando con alguna negra, lo reprendía muy afectuosa y benignamente (y les decía) que se separasen, que no diesen mal ejemplo*⁴⁶.

El esclavo Andrés Sacabuche manifiesta: *El padre Pedro Claver tenía particular cuidado cuando iba a alguna casa donde había muchos esclavos pequeños, de preguntar a las personas de ella o a la dueña si entre ellos había alguno que tuviera la costumbre de jurar o maldecir; y si había alguno, después de haberlo reprendido severamente y reprochado mucho esa tal costumbre, le ordenaba que besara la tierra; y encargaba a la persona más responsable de la casa que le avisara si aquel negrito o negrita volvía a jurar o maldecir.*

*Si en tiempo de Cuaresma encontraba en la tarde algún negro que jugaba a la pelota, lo reprendía y se la quitaba. Y los que jugaban juegos más perjudiciales, como son los dados o la joroba, al verlo venir huían y no lo esperaban. En tiempo de Carnaval, cuando tenía lugar la Indulgencia en esta iglesia, si estaban los negros bailando en las plazas o calles con los tambores que ellos tocan de ordinario, sacaba entonces su disciplina y con ella en la mano se metía entre los bailes y golpeaba a todos los que en ellos participaban. Los negros huían y dejaban los tambores; y el padre muchas veces los recogía él mismo y los llevaba a una tienda, y ordenaba al dueño de ella que no los devolviera a sus propietarios sino cuando dieran dos reales de limosna para los pobres del hospital San Lázaro. Y otras veces los llevaba al Colegio y no los devolvía hasta que no pagaban la limosna. Lo mismo hacía con las negras que encontraba por las calles y las plazas hilando el algodón en día de fiesta: les quitaba los husos y se los llevaba al Colegio*⁴⁷.

Con el mismo celo y aún mayor procuró que no hicieran en esta ciudad ciertas asambleas que suelen llevar a cabo las castas de los negros cuando muere alguien de esa nación, que comúnmente llaman “amanecimiento”, porque es costumbre de su gentilidad y se hacen de noche. Estas reuniones son de hombres y mujeres y son ocasión de muchas ofensas a Dios. El padre acudía a la

⁴⁴ Hno. Nicolás González, Proceso fol 129, p. 192.

⁴⁵ Pedro Antonio Paduano, Proceso fol 285, p. 192.

⁴⁶ Padre Pedro Antonio Mercado, Proceso fol 345, p. 192.

⁴⁷ Andrés Sacabuche, Proceso fol 415, p. 193.

*justicia eclesiástica o a la secular para que no se hicieran tales reuniones sin omitir para ello diligencia ni fatiga alguna*⁴⁸.

De acuerdo con el testimonio de Diego de Villegas: *Cuando sabía que alguno de los negros y negras habían huido o estaban fuera de las casas de sus amos, los llevaba a ellas, les servía de padrino e intercedía por ellos; y especialmente reprendía mucho a los amos que solicitaban cotidianamente a las negras, porque decía que de eso se seguían muchas ofensas a Dios. Y en todo lo referido ponía mucha diligencia y cuidado y trabajaba mucho todo el año; pues son muchos los negros y las negras que viven en esta ciudad y no tienen defensa más cierta y segura que la suya*⁴⁹.

14. ALGUNAS VIRTUDES

El padre Claver sobresalió en muchas virtudes, pero especialmente lo hizo en la humildad. Y por ello se consagró al servicio de los negros como si fuera su esclavo. Para ellos era un padre, un amigo y el consuelo en sus enfermedades y penas. Para todos era un ejemplo de paciencia, pobreza y humildad, entre otras cosas.

*Cuando no tenía otra cosa que hacer en la portería, iba a las letrinas y las barría, lavaba y fregaba, dejándolas tan limpias y arregladas que se notaba la humildad y santo celo con que lo hacía. Y esto todos los días, mientras tenía las llaves de la portería y el portero comía y descansaba... Y en cuanto a limpiar y barrer los lugares comunes, lo hizo cada día en todo el tiempo de su vida inviolablemente por muy cansado y fatigado que estuviera a causa de las confesiones, bautismos o catequesis de negros*⁵⁰.

Su biógrafo el padre Andrade dice: *Él era el ángel de paz en todo lo que se ofrecía en el Colegio. Fue muchos años maestro de novicios en el Colegio de Cartagena y, aunque consigo era riguroso, con todos era blando, amoroso y apacible, fácil en perdonar y difícil en castigar, inclinado siempre a la blandura y clemencia y a dar gusto a todos. Las pláticas que daba a los novicios eran flechas ardientes y les ejercitaba, sobre todo, en el desprecio de las cosas mundanas, capitaneándolos él mismo por las calles públicas de la ciudad, unas veces cargados con cosas viles, otras con escobas o espuertas, yendo a barrer los hospitales y a llevar algún refresco a los pobres. Les enseñaba a servir a los*

⁴⁸ Hno. Nicolás González, Proceso fol 129, p. 191.

⁴⁹ Diego de Villegas, Proceso fol 616v, p. 195.

⁵⁰ Hno. Nicolás González, Proceso fol 184, p. 318.

*enfermos y acomodar las camas, haciéndoles perder el asco y la dificultad que suelen causar lo más llagados*⁵¹.

*Y si a una negra de las vendedoras le faltaba alguna cosa de la venta de su amo y lo buscaba llorando, la consolaba y, muchas veces, para que no ofendiera a Dios, le daba el dinero que le faltaba y que él pedía de limosna. Y otras veces la llevaba él mismo a su casa e intercedía ante sus amos para que la perdonasen lo que les debía*⁵².

El esclavo Ignacio manifiesta: *Vio muchas veces este testigo que extendía en el suelo su manteo y ponía sobre él a algunos enfermos, ayudándole a hacerlo este testigo y los demás intérpretes. A veces, por estar los enfermos padeciendo de flujo, defecaban sobre él y era necesario para poder volver al Colegio que se lo lavara este testigo o algún otro de los intérpretes como él lo lavó muchas veces*⁵³.

El hermano Manuel Rodríguez declaró que *el manteo, aunque era muy viejo, servía para acostar en él a los esclavos sucios y repugnantes, la mayoría de ellos llenos de apostemas y llagas inmundas y malolientes; en particular los que tenían viruelas; y, aunque muchos hacían sus necesidades en él, nunca olió mal y este testigo lo observó tal y como lo ha dicho*⁵⁴.

*Era tanto el amor que los negros le tenían que, en cualquier lugar que lo vieran, iban a besarle la mano y se postraban o ponían de rodillas en su presencia*⁵⁵.

Y él respondía orando y ofreciendo sus sufrimientos por la salvación de sus queridos negros. Como se dice en el Proceso: *Sin faltar nunca, una vez al día y también en la noche, se flagelaba cruelmente y los azotes se escuchaban desde lejos. También llevaba puesto un cilicio adherido a la carne*⁵⁶.

El hermano Nicolás González afirma: *Sabe este testigo, como cosa cierta, que toda su vida fue un perpetuo y continuo ayuno; porque nunca lo vio ni supo que desayunara, ya que sólo iba al comedor a mediodía, con tanta modestia y compostura, sin levantar los ojos de la mesa, como si fuera a celebrar en el altar. Y era tan grande su modestia en el comedor, que tiene por cierto este testigo que de ordinario no sabía quién atendía en él, y todo su almuerzo se*

⁵¹ Valtierra Ángel, *Pedro Claver*, o.c., p. 487.

⁵² Isabel Folupa, Proceso fol 649, p. 328.

⁵³ Esclavo Ignacio, Proceso fol 515, p. 224.

⁵⁴ Hno. jesuita Manuel Rodríguez, Proceso fol 309, p. 99.

⁵⁵ Pedro de Barahona, Proceso fol 735, p. 331.

⁵⁶ Proceso, p. 11.

reducía a un plato de carne asada y una menestra, o una sopa de pan mojado con agua y vino, y por la noche comía sólo un poco de asado, y al mediodía lo máximo que hacía era servirse algunas veces un poco de caldo. Antes de sentarse a la mesa trataba de ver si había algunos pedazos de pan de sobra, porque no tomaba un pan entero; y tomaba los pedazos de pan sobrantes, pues por sus muchas ocupaciones y porque decía siempre la última misa, como se ha declarado, asistía siempre al segundo turno; y este testigo lo vio muchas veces llevar al comedor unas ramas de una yerba muy amarga, que se llama salvia y la mezclaba con su comida para quitarle el gusto y mortificarse. He oído decir a algunas personas, tanto de casa como de fuera, que antes de que este testigo tomara la sotana, el padre llevaba ceniza al comedor y la ponía en su comida; pero los Superiores se lo habían prohibido...

El padre Claver era tan abstigente y mortificado en el comer que, aunque fuera día de Pascua, de Navidad, Resurrección u otras de las solemnes que se suceden en el curso del año, en las cuales se acostumbra dar en la comida a los religiosos algún postre extraordinario, no lo comía ni tocaba aunque fuese una aceituna, algo que se apetece mucho en esta ciudad donde no se encuentran porque se hacen traer de España; ni siquiera una almendra, ni una uva, ni algún otro tipo de fruta más apreciada en esta ciudad. Por excepción, algunas veces tomaba un pedacito de la cáscara de alguna guayaba, que es la fruta menos apreciada que se encuentra en esta tierra, y la comía como si agregara un gran manjar a su mortificación; y si por casualidad, mientras estaba en el comedor en el segundo turno, alguna persona le enviaba de fuera algún regalo en particular, no lo probaba ni lo tocaba, antes de inmediato lo dividía y distribuía entre los padres y hermanos que comían con él.

Nunca este testigo lo vio comer fuera de casa, aunque permaneciera mucho tiempo fuera de ella en las cárceles, en los hospitales, consolando viudas o asistiendo a los enfermos moribundos toda la noche y parte del día. No lo vio pedir agua ni tomarla fuera de casa. Era tan paciente en su mortificación, que si no le daban comida, no la pedía; y se levantaba de la mesa sin comer, con semblante sereno, como si se la hubieran dado y hubiera comido. Este testigo recuerda que una vez en mitad del almuerzo, observó que no habían dado de comer al padre; y viendo que estaba con mucha modestia y compostura esperando que le sirvieran, para que no se olvidaran los que servían a la mesa, les avisó este testigo para que no lo dejaran sin comer, como era su costumbre⁵⁷.

Andrés Sacabuche da testimonio de que fue tan grande la pobreza que observó durante toda su vida, que nunca tuvo en su celda alguna cosa de importancia, antes bien las sillas y mesas que tenía eran las más deshechas y

⁵⁷ Hno. Nicolás González, Proceso fol 47v, pp. 360-361.

*pobres de esta casa. Nunca prendía una vela entera, porque no la quería, aunque se la daban como a todos los otros padres, sino que recogía la cera que quedaba de las velas que se ponen en los pasillos del Colegio y de los candeleros de los otros padres, y con esos pedazos se alumbraba, haciendo con estas cosas una especie de vela en un candelero de madera muy viejo*⁵⁸.

*Fue tan humilde y pobre el padre Pedro Claver que nunca lo vio este testigo (Manuel López) con un vestido nuevo, sino con uno pobre y viejo y la ropa interior era de cañamazo. Se ponía algunos pedazos de piel de lana vieja sobre las carnes desnudas por mortificarlas, pues son un molesto cilicio en esta tierra que es muy caliente. Y era tan mortificado en su forma de comer y de beber que, estando muy enfermo, obtuvo licencia este testigo para llevarle de su casa, mazamorra de maíz para que la comiera; y el padre, por mortificarse, le ponía agua fría antes de comerla*⁵⁹.

El hermano Nicolás nos dice que en los últimos cuatro años de su vida soportó su enfermedad con grandísima paciencia, como venida de la mano de Dios, sin exigir nada extraordinario o regalado en ella, con mucha falta de lo que le era necesario; porque este Colegio quedó con muy pocos religiosos después de la peste que hubo en esta ciudad el año pasado de cincuenta y uno, y así no había ningún religioso que pudiera tener cuidado de la salud y servicio del padre enfermo. Por este motivo tenían cuidado de él sólo algunos negros que en lugar de asistir a servirlo con amor y caridad, le daban muchas ocasiones de merecer con sus descuidos y poca caridad que ejercían con él. Y el padre soportaba todo con gran paciencia, y en medio de todas las aflicciones no pedía ninguna delicadeza ni remedio. No lo pedía a ninguna persona de las de esta ciudad, ni se preocupaba porque lo visitaran sus devotos; de manera que se olvidaron de él como si no existiera.

Se contentaba con la comida ordinaria, la que se da a los sanos en el comedor, sin quejarse si llegaba tarde o estaba fría. Y como la celda en que estaba enfermo se encontraba casi encima de la sacristía del Colegio donde este testigo estaba de ordinario, oía a veces el golpe que daba el padre al caer de su pobre lecho en que dormía, o cuando se quería levantar por alguna necesidad o accidente. Al no poder sostenerse de pie, caía al suelo dando un golpe tan fuerte que este testigo lo oía; y como sabía que por su gran debilidad y temblor de todo el cuerpo no podía levantarse solo, corría enseguida a levantarlo; y el padre se excusaba diciendo que el negro que lo servía vendría a ayudarlo. Todo esto,

⁵⁸ Andrés Sacabuche, Proceso fol 411v, p. 354.

⁵⁹ Manuel López, Proceso fol 487v, p. 354.

porque le parecía que este testigo lo hacía con la reverencia y respeto debido a un hombre tan apostólico y venerable⁶⁰.

15. MEDIOS DE EVANGELIZACIÓN

a) LA ORACIÓN

El primer medio de evangelización era la oración. El hermano Nicolás González refiere: *Durante el día este testigo observó siempre que el padre Claver todo el tiempo en que no estaba ocupado en atender al bien espiritual de las almas, confesando o catequizando o instruyendo a los negros, lo empleaba en la oración y comunicación con Dios, tanto en nuestro Colegio como fuera de él, haciendo todas las mañanas y por la tarde algunas visitas al Santísimo Sacramento con gran humildad y reverencia.*

Era tanto el tiempo que el padre Claver dedicaba a la oración que le parece a este testigo, con gran fundamento, que casi toda la noche la pasaba en ella. Porque tenía su celda y habitación encima de la puerta del Colegio; y a cualquier hora de la noche en que tocaran la campanita de dicha puerta, el padre Claver contestaba siempre al primer golpe diciendo que lo esperaran. Casi de inmediato salía vestido, comunicaba al portero para qué lo buscaban y le decía que avisara al Superior y le dijera que él iría, que no molestará a ningún padre de la casa porque ellos estaban muy cansados y era justo que descansaran de noche. A la orden del Superior iba con su linterna y compañero donde lo llamaban con el celo de un hombre apostólico, incansable por el bien espiritual de las almas. Recuerda también este testigo que, recién entrado a la Compañía, tuvo su celda vecina a la del padre Claver por más de ocho años, con tan solo unas tablas que las separaban, de manera que podía oírse todo cuanto hacía y decía de una celda a otra. Y en todo este tiempo, cada vez que se despertaba a cualquier hora de la noche, oía al padre a veces recitando los salmos de David; otras, algunos pasajes del Evangelio.

Y este testigo admiraba lo prolongado de estos rezos; por lo cual concluyó que el padre pasaba toda la noche, o la mayor parte de ella, en oración. En ella fue tan perseverante, que la practicó hasta su muerte sin que las muchas indisposiciones y enfermedades que padeció durante los últimos cuatro años de su vida se lo impidieran. Lo que pudo comprobar este testigo, porque las noches de tempestades con las cuales es muy atormentada esta ciudad, como era tan temeroso, al oír los truenos, a cualquier hora de la noche, salía de su cuarto

⁶⁰ Hno. Nicolás González, Proceso fol 221v, p. 357.

e iba al padre como único refugio de su miedo, pues se sentía seguro por el gran concepto que tenía de su virtud y santidad; y lo encontraba siempre en oración al pie de la cama, algunas veces arrodillado y otras sentado sobre su pobre lecho, las manos puestas delante de la cara, muy arrobado y casi fuera de sí, de manera que no notaba la presencia de este testigo ni lo oía cuando le hablaba. Siempre tenía al frente el libro impreso arriba mencionado; y esto lo veía este testigo porque el padre mantenía toda la noche la lumbre encendida en su cuarto. Y viéndolo tan fijo y concentrado en su Creador, no le decía nada por no interrumpirlo en su meditación, aunque algunas veces permanecía allí por dos horas o más según lo que durara la tempestad.

Recuerda este testigo que en una ocasión, siendo visitador el padre Juan Manuel, pidió la linterna a este testigo. Eran como las cuatro de la mañana. Y después de la visita, cuando le devolvió la linterna, este testigo observó que estaba muy extrañado y casi asustado, y preguntándole qué había pasado a su paternidad, le contestó que había visto al padre Claver en una posición extraordinaria en la oración, lo que le había causado gran admiración y, a pesar de haber leído muchas vidas de santos, no había leído en ninguno que hubiese practicado una manera tan extraña de postura durante la oración⁶¹.

b) LAS IMÁGENES

Se preocupó de propagar el culto a las imágenes sagradas y tenía un cuadro en el cual estaba representado un hombre deforme, que simbolizaba la gentilidad; otro, torturado por los demonios, que hacía referencia a un alma atormentada en el infierno; y otros, hermosos y brillantes por haber sido lavados por la sangre que brotaba del costado de Cristo, lo que significaba la eficacia del sacramento bautismo⁶².

c) LA SANTA CRUZ

Recuerda el hermano Nicolás: El padre Claver fue tan devoto de la pasión de Cristo Nuestro Redentor que llevaba siempre consigo un Cristo de metal sobre una cruz de madera... También sabe, por haberlo visto con sus ojos, que todos los Viernes Santos celebraba la adoración de la cruz como lo hacen los otros religiosos del Colegio de esta ciudad, con reverencia y modestia tan grande, con las manos puestas en el pecho, con la cara y los ojos tan tristes y llorosos, que daba muy buen ejemplo a este testigo y a todos aquellos que lo

⁶¹ Hno. Nicolás González, Proceso fol 34, pp. 71-73.

⁶² Proceso, p. 22.

veían. Tenía en su alcoba algunas cruces de madera y en ellas pintado un Cristo crucificado, para llevarlas fuera de la casa cuando iba a ayudar a bien morir a algún enfermo o condenado.

Y cuando tenía que regresar al Colegio, dejaba una imagen a estas personas para que se consolaran con ella mientras regresaba. Esto lo observó durante toda su vida. Cuando acudían a confesarse algunos penitentes difíciles o rudos y poco dispuestos, los llevaba a esa capilla y, mostrándoles las imágenes, les hacía una exhortación muy fervorosa para que se convirtieran a Dios y se arrepintieran de sus pecados... Y, sacando el Cristo crucificado que llevaba en el pecho y teniéndolo levantado con la mano izquierda, se golpeaba fuertemente con la derecha el pecho. Decía entonces muchas veces: “Señor, yo te quiero mucho”; de lo cual se seguía que todos los presentes hacían lo mismo y se movían a verdadero dolor y arrepentimiento de todos sus pecados con verdadero propósito de enmendarse, clamando todos juntos y diciendo y repitiendo lo que el padre les decía.

Era muy devoto de la santa cruz, rindiéndole muy profunda reverencia con todo su cuerpo en cualquier lugar donde la viera. Y si entraba a visitar a algún enfermo y no veía que allí estuviera la cruz, si no la llevaba para dársela, buscaba dos bastoncitos y los arreglaba como mejor podía en forma de cruz y se la ponía a la cabecera de la cama. Pero, cuando la llevaba, se la dejaba y regalaba, pidiéndole que fuese muy devoto de ella.

Cada vez que iba a las calas de los navíos de los negros que llegan a esta ciudad, llevaba un bastón alto en la mano con una cruz encima. Y cuando viajaba a los territorios de toda esta gobernación para colaborar en las misiones que acostumbraban hacer los religiosos de la Compañía, llevaba el mismo bastón con la misma cruz. E igualmente venía con ella a la iglesia de nuestro Colegio los días en los que había concurso de gente para confesarse y comulgar. Entonces la colocaba cerca de su confesionario o la mantenía en la mano cuando hacía alguna exhortación y discurso a los negros y negras. De la misma manera llevaba al cuello una cruz roja, de madera, pendiente de una cuerda muy gruesa sobre el pecho, que tocaba su carne; con la cual había hecho muchos milagros, según este testigo ha oído de algunos religiosos antiguos de esta Provincia, de los cuales no recuerda sino a uno que hoy esta en Quito, llamado Diego Jiménez⁶³.

Un día el señor marqués de Mancera le quiso besar la mano y el padre retiró ambas, excusándose con mucha humildad. Y entonces le rogó con insistencia que lo encomendase a Dios, tanto a él como a toda su casa y familia,

⁶³ Hno. Nicolás González, Proceso fol 28, p. 70.

que iba a embarcarse para pasar a los Reinos de España; a lo cual contestó que lo haría. Entonces el señor marqués le dijo que le diera algo para llevar consigo y acordarse de él; y el padre le contestó que era pobre y no tenía nada para darle, a lo cual el padre Sebastián de Morillo, en ese momento rector del Colegio, se dirigió a este testigo, porque conocía su gran familiaridad con el padre, y le preguntó qué tendría el padre para poderlo dar al señor marqués; y este testigo le contestó que la cosa de mayor valor que tenía el padre Claver era la cruz tosca de madera. Entonces el padre rector ordenó al padre que fuera a su habitación y trajera la cruz de madera que llevaba siempre consigo para que la diera al señor marqués; y el padre, como tan obediente que era, fue inmediatamente por la cruz y la llevó al señor marqués diciéndole que se la daba de muy mal gusto, porque había sido siempre su médico y su medicina; con lo cual el señor marqués, apreciando mucho este don, besó la santa cruz y la pasó sobre su cabeza y poniéndola de inmediato en su pecho dijo que la estimaba más que un toisón (medalla de oro)⁶⁴.

Y recuerda un hecho que sucedió en la parte alta de San Diego de esta ciudad donde estaba un enfermo, negro o negra. Y estando éste cerca de la muerte, llamaron al padre para que lo ayudara en tránsito tan riguroso, como acostumbraba hacerlo con los negros y negras de esta ciudad. Y habiendo ido, y ayudándolo a bien morir, extrajo del pecho la cruz, cosa que hacía muy raramente, y dándole al enfermo dijo que la conservara, y se marchó al Colegio. Al pasar por la plazuela que llaman de los Jagüeyes, el padre y su compañero oyeron muchas voces que los llamaban. Y volviéndose, el compañero les preguntó qué querían y ellos dijeron que el enfermo llamaba al padre. El compañero les preguntó qué enfermo podía llamarlo, ya que el que habían ayudado a bien morir no tenía aliento ni voz para poderlo hacer. A esto contestaron que sí, que él lo llamaba. Por lo cual volvieron a verlo y lo encontraron bueno y sano, sentado en su cama; de lo cual se alegró mucho el padre. El enfermo les agradeció mucho la caridad que habían tenido con él; y devolviéndole la cruz, el padre volvió a su casa con ella, dejando al enfermo sano...

También recuerda que Doña Leonor de Orgaz, esposa de Juan Fernández, por haberse separado de ella el dicho Juan Fernández su marido, se encontraba tan afligida y desconsolada que estaba casi en estado de perder el juicio por verse pobre y abandonada, sin marido y con cuatro o cinco hijos para alimentar y criar. Y viendo que su aflicción crecía de tal manera que temía algunas grandes angustias, fue un día al Colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad, y, entrando en la iglesia del Colegio, volvió a encontrar de casualidad al padre Claver. Y como conocía su gran virtud y santidad, le contó

⁶⁴ Hno. Nicolás González, Proceso fol 31v, p. 340.

todas sus angustias y aflicciones, rogándole con insistencia que la encomendara a Dios. El padre se lo prometió, y, abriendo la sotana en el pecho, sacó una cruz de madera y se la dio diciéndole que la tuviera sobre el corazón mientras asistía a la misa, que con esto Nuestro Señor se complacería en consolarla y ayudarla en sus aflicciones y afanes; que se la devolviera inmediatamente. Y Doña Leonor lo hizo así, y Nuestro Señor se dignó quitarle de inmediato la depresión que tenía, alegrándole el corazón, sustituyendo la amargura grande que en él tenía por una dulzura incomparable y un valor más que femenino para poder sobrellevar los afanes en que se encontraba, con el favor de Dios.

Y viendo este singular beneficio que Dios le había concedido por medio de la santa cruz de madera, se fue a su casa con ella, porque veía que el padre Claver, quien se la había dado, estaba ocupado en confesar. El padre enseguida, a las cinco de la tarde, envió a recogerla a un negro de los intérpretes quien, según lo recuerda, era Domingo Folupo, mandándole a decir que le devolviera su santa cruz, que ya no la necesitaba; y Doña Leonor, viendo que el padre decía la verdad, porque se encontraba ya libre de todas sus angustias, se la envió⁶⁵.

d) EL AGUA BENDITA

Usaba mucho el agua bendita. Según declara el hermano Nicolás González: *Cada vez que lo llamaba para bendecirla, iba con gusto y sin excusarse nunca en veinte y dos años; y daba la bendición con grandísima reverencia, aplicación y respeto. Y así también cada vez que entraba o salía de la iglesia o sacristía tomaba el agua bendita y se rociaba muy devotamente con ella y hacía lo mismo cada vez que salía del Colegio o entraba en él o en cualquier otra parte donde la encontrara. En particular en su habitación, donde la tenía sin que faltara nunca, y así también, cuando entraba para visitar a algún enfermo para confesarlo y consolarlo, la primera cosa que preguntaba era si tenía agua bendita y, si no la tenía, hacía que enseguida fueran a buscarla. Cuando ayudaba a los agonizantes a bien morir, durante todo el tiempo en que se quedaba con ellos, les rociaba agua bendita con la mano derecha, sosteniendo con la izquierda el crucifijo de bronce que se ha nombrado y llevaba siempre consigo. Y cuando pasaba por alguna iglesia de esta ciudad, si estaba abierta, entraba inmediatamente para rezar y tomar el agua bendita con mucha devoción; y de la misma manera cuando iba a decir misa en algún oratorio, no la decía ni se revestía sin tomar antes el agua bendita, y enseguida rociaba con ella todo el oratorio.*

⁶⁵ Hno. Nicolás González, Proceso fol 31v, pp. 338-339.

Y lo mismo hacía cuando en alguna de las casas de esta ciudad se oía algún rumor de que se había ahorcado algún negro o hubiera tomado alguna decisión desesperada, inmediatamente iba y rociaba toda la casa con agua bendita sin dejar un solo lugar donde no la regara por apartado y oculto que fuera. Y lo mismo hacía con los condenados a muerte cuando iba a confesarlos y disponerlos a bien morir, rociándoles con mucha frecuencia agua bendita en la cabeza e igualmente asperjando con ella toda la cárcel. Era tan devoto del uso de esta santa ceremonia que hasta por las calles, mientras llegaban al lugar del suplicio, cuando iba a acompañar a los condenados, los rociaba con agua bendita, llevando para el efecto colgada al brazo izquierdo una vasija de barro y un aspersorio pequeño con el cual la esparcía; y lo mismo hacía con todos los instrumentos del suplicio y los rincones del lugar.

También en las casas donde se advertía algún rumor de ruido de espíritus que atemorizaban y espantaban a las personas. Cuando lo llamaban para bendecir algún navío o alguna casa nueva, no dejaba ninguna parte de ella sin rociarla muy devotamente con agua bendita; y cuando venían a buscarlo personas aterradas y asustadas, las rociaba con agua bendita, muchas veces con su propia mano y algunas veces haciendo que la bebieran. Algunas veces parece que la devoción que tenía al agua bendita lo obligaba a salirse de la forma ordinaria, mostrando en ello tanta devoción que podía acrecentar en todos la veneración y respeto por el agua bendita.

Todos los días de año nuevo, mientras vivió, pedía a este testigo que le buscara un vaso de plata y en él echaba un poco de agua bendita mezclada con un poco de agua olorosa, y con ella en la mano salía a la puerta de la iglesia del Colegio, haciendo oficio de acólito para que el Superior asperjara con el agua bendita al gobernador y su capítulo cuando venían a la iglesia del Colegio, y a los jueces recién elegidos. Cuando veía que en la iglesia no había agua bendita en las pilas, inmediatamente venía a avisar a este testigo para que la pusiera, y cuando no había, de inmediato la bendecía él mismo y hacía que la llevaran a las pilas. Todo lo cual sabe este testigo por haberlo visto acontecer dentro y fuera del Colegio, por ser su más usual compañero⁶⁶.

e) LA BENDICIÓN SACERDOTAL

*Un día bendijo a Doña Isabel Hidalgo. Su esposo, Pedro Calderón, manifestó en el Proceso: *Apenas le dio la bendición, ella quedó tan coloreada como carne asada y este testigo, acercándose a ella, le preguntó qué le había sucedido. Ella le contestó que apenas la había bendecido el padre al despedirse,**

⁶⁶ Hno. Nicolás González, Proceso fol 31v, pp. 340-341.

se había movido la criatura en su vientre, por lo cual se había alterado. Todo lo cual sucedió en presencia de María Hidalgo, suegra de este testigo y de otras personas, de las cuales ya no se acuerda. Este testigo y su suegra reconocieron que la criatura había sentido la bendición del padre y que de júbilo había dado esos saltos, o que se había inclinado para recibirla reconociendo la santidad del que se la daba. Y el suceso del parto fue feliz, porque Doña Isabel tuvo un buenísimo parto y muy breve y dio a luz a un niño a quien se le puso el nombre de Francisco y hoy vive. Y apenas a Doña Isabel le vinieron los dolores del parto, avisó al padre Pedro Claver este testigo para que pidiera a Dios que le diera un buen parto, como sucedió, por la gran fe que tenía en su santidad⁶⁷.

Según refiere Luis González, *un día estaba a la entrada del puente para pasar a Getsemaní y vio venir un toro suelto que había derribado a muchos hombres, y en ese momento llegó el venerable padre Pedro Claver al sitio donde estaba este testigo, quien le dijo: “Padre, métase en alguna parte que viene ese toro suelto”; y este testigo sacó la espada y no se arriesgó a esperar al toro sino que subió a la muralla pequeña que está a la entrada del mismo puente. Y el padre se quedó en su lugar. Llegó el toro muy cerca de él y se detuvo. Y el padre le dio la bendición, diciendo: “Animalito de Dios”. Y el toro pasó sin hacerle ningún daño, ni a él ni a su compañero; lo cual consideró este testigo como un prodigio grande que Dios usó con su siervo⁶⁸.*

El padre Claver acostumbraba bendecir a los negros y a las personas que se le acercaban con la cruz, que siempre llevaba consigo.

f) EL ROSARIO

Como medio de evangelización empleaba mucho la devoción a María y especialmente el rezo del rosario. Cada año con sus propias manos hacía 9.000 rosarios.

El esclavo Andrés Sacabuche afirma: *El mayor entretenimiento que el padre Claver tenía era fabricar rosarios para regalar con el fin de que lo recitaran los negros que no lo tenían, para que no se perdiera tan buena devoción por falta de rosarios. Por lo cual pedía a algunos señores de los pueblos que le llevaran cierta especie de frutos de un árbol llamado “jaboncillo”, muy aptos para ello. Y este testigo los pelaba y sus compañeros ayudaban al padre a enhebrar los rosarios⁶⁹.*

⁶⁷ Pedro Calderón, Proceso fol 794v, p. 430.

⁶⁸ Luis González, Proceso fol 1092v, p. 434.

⁶⁹ Andrés Sacabuche, Proceso fol 402, p. 210.

El hermano Nicolás atestigua: *El padre recitaba cada día el rosario de rodillas en su cuarto y lo llevaba durante toda su vida colgado en su cinturón para que todos lo vieran. Muchas veces este testigo observó que el padre iba recitando el rosario y lo mantenía cubierto bajo su manteo cuando iba por las calles de esta ciudad a atender algún negocio. Y no se conformaba con lo que se ha dicho: también exhortaba a todos a que lo recitaran, tratando de encender el fuego de la devoción a la Virgen del Rosario en el corazón de todos los fieles. Si alguien decía que no lo tenía y que por esta causa no lo recitaba, el padre se lo buscaba y se lo daba. Y con este fin hacía traer de los montes muchos frutos que son aptos para hacer rosarios, y tenía dos negros intérpretes del Colegio de esta ciudad ocupados en limpiar esos frutos, trabajarlos y ensartarlos en forma de rosarios. El mismo padre en todas las fiestas en que se encontraba libre, ensartaba los rosarios con sus propias manos. En una cajita que tenía detrás de su confesionario, tenía una gran cantidad de rosarios para distribuirlos a los penitentes que no los tenían. Todo lo cual sabe este testigo por haberlo visto muchas y reiteradas veces durante todo el tiempo que lo conoció.*

Por otra parte, *era tan fervoroso en la devoción a la Concepción de la Virgen Nuestra Señora que este testigo no tiene palabras suficientes para poderlo declarar. Recitaba el Oficio de la Concepción que tenía en latín, escrito de mano del hermano Alonso Rodríguez, del cual decía haberlo recibido cuando se despidió de él para venir a estas partes de las Indias; y el librito se encuentra en poder de este testigo, porque el padre Claver se lo dio ocho meses antes de morir. Escribió en él con su propia mano, que lo daba a este testigo con la mayor voluntad para que constara de la dicha donación. No se contentaba con lo que se ha declarado, sino que por no omitir ni descuidar un solo punto de la devoción a la Virgen, tenía un libro en su cuarto con estampas de la vida de Nuestra Señora, y se servía de él para encenderse en esta devoción, teniendo frente a sí y abierta la imagen del misterio que la Iglesia celebraba, no sólo el día de la fiesta sino durante toda su octava. Y esto mientras estaba en su celda, porque tenía en tanta estima este libro, que cuando salía de ella se lo ponía en el pecho y lo llevaba fuera de casa. Todo lo cual vio y observó este testigo en el padre, puesto que lo acompañó y frecuentó familiarmente por tanto tiempo así dentro como fuera del Colegio...*

La devoción que el padre tenía a la Virgen era tan cordial y radicada en lo más íntimo de su corazón, que le duró toda su vida. Y la Virgen le premió esta devoción librándolo de las angustias del tiempo presente y concediéndole los gozos y descansos eternos que merecían su virtud y santidad el día de su Natividad. Este testigo también recuerda que el padre, tres años antes de su muerte, mientras estaban solos, le dijo que debía morir en una de esas fiestas de Nuestra Señora. Este testigo, en confirmación de todo lo que ha depuesto, se

acuerta de una oración muy devota a Nuestra Señora que encontró entre los escritos y observaciones devotas del padre, que es como sigue a la letra: “Señora Virgen María, llena de gracia y de misericordia, yo indigno, humildemente os ruego que no me dejéis morir de muerte violenta para que mi alma no salga de este mundo sin una perfecta confesión y satisfacción de todos mis pecados. Oh Virgen Santísima, por el amor de Vuestro Santísimo Hijo, rogad por mí, pecador. Amén”⁷⁰.

g) LA MISA

Otro medio de evangelización era la misa. Cada día la celebraba el último de los sacerdotes, para dar oportunidad a los que no podían venir temprano, a pesar de que debía estar en ese tiempo en ayunas desde las doce de la noche anterior. Era tanto su fervor que muchos se convertían sólo escuchando su misa.

Dice el hermano Nicolás González: *Celebraba todos los días el santo sacrificio de la misa después de los demás sacerdotes del Colegio; los días feriados y de trabajo, a las diez de la mañana y los días de fiesta y solemnes, a las once o más tarde. Tenía mucho cuidado de que nadie, por ocupado que estuviera o por tarde que llegara, se quedara sin oír misa estos días según el precepto de nuestra Santa Madre Iglesia. Celebraba la misa con tanta atención, devoción y gravedad, que si bien de ordinario no duraba más de media hora de conformidad con la regla de la Compañía de Jesús, causaba devoción y era ejemplo para cuantos asistían a ella. Mantenía los ojos bajos con notable modestia cuando se volvía hacia el pueblo para decir “Dominus vobiscum” (el Señor esté con vosotros).*

También observó este testigo en el padre Pedro Claver que con su gran devoción y fervor fue, no obstante, poco escrupuloso en dar licencia para que cualquier clase de personas comulgara, tanto españoles como negros e indios, cuando encontraba en ellas una capacidad mediana para poderla recibir. Exhortaba a todos generalmente a la frecuencia de la comunión, instruyendo con mucha diligencia a aquellos que no estaban aún dispuestos para recibir este venerable sacramento. Y tenía tan poco escrúpulo en esto que algunas veces era criticado por la mucha facilidad en conceder esta autorización a las personas, tanto negras como indias. Y a algunos religiosos de nuestra Compañía y otros de fuera, religiosos y seglares, respondía con toda mansedumbre, modestia y particular humildad, con la parábola del Evangelio de aquel rey que hizo el convite esplendoroso y habiéndose excusado algunos, ordenó a los sirvientes que

⁷⁰ Hno. Nicolás González, Proceso fol 31v, pp. 335-338.

condujeran al convite a los ciegos, locos y lisiados. Y añadía que adivinaran a quiénes se refería: negros, esclavos y abandonados de esta ciudad.

Terminada la misa, después de haberse quitado los ornamentos, iba a la iglesia para dar gracias; y arrodillándose frente al Santísimo Sacramento, se quedaba un largo rato en oración... También se preparaba mucho antes de llegar a recibir la comunión. Porque, además de las muchas devociones y ejercicios espirituales con que se preparaba antes de venir a la sacristía, al llegar a ella, se arrodillaba junto a la puerta que mira al altar mayor de la iglesia y en ella se quedaba un cuarto de hora en oración y meditación, como elevado en éxtasis y fuera de sí, frente al Santísimo Sacramento que está en el altar... Y este testigo observó y notó que, en reverencia del Santísimo Sacramento, nunca se excusó de dar la comunión por cansado y ocupado que se encontrara, sin que en 22 años se negara una sola vez⁷¹.

Según Bartolomé de Torres: *El temblor que tenía en la última enfermedad, se interrumpía durante la celebración de la misa, lo que este testigo tiene por muy singular⁷².*

16. DONES SOBRENATURALES

a) LEVITACIÓN

El padre Claver estaba continuamente en oración y, a veces, se quedaba en éxtasis como cuando, estando en el Colegio de Mallorca, el hermano Alonso le dijo: *Aquí está el Padre*. Y, apenas pronunció la palabra *Espíritu Santo*, quedó como inmovilizado de amor a Dios. Otra vez, estando en Barcelona y pasando por la calle donde hacía 77 años que habían apaleado a san Ignacio, quedó como inmóvil, en éxtasis, pensando en su santo fundador.

Pero hay un hecho que le ocurrió durante su última enfermedad y que con seguridad le ocurrió muchas otras veces. Dice el esclavo Diego Folupo: *A causa de su enfermedad estaba en cama, y este testigo y otros intérpretes dormían en su habitación para acompañarlo y servirlo en lo que se le ofreciera, porque dormía todas las noches con las velas encendidas. Por cuatro noches, habiéndose consumido toda la vela que quedaba en un candelero y despertándose este testigo y viendo que no había luz, se levantaba y cogía una vela de un paquete que estaba en su cuarto y estaba siempre a mano, y la iba a*

⁷¹ Hno. Nicolás González, Proceso fol 27, pp. 78-79.

⁷² Bartolomé de Torres, Proceso fol 368, p. 358; Proceso, p. 9.

encender a la cocina; y cuando volvía con ella encendida, encontraba otra igualmente prendida y puesta en el candelero. Extrañándose mucho de esto la primera vez que le sucedió, quiso despertar a algunos negritos, de los cuales uno se llamaba Simón, otro Lorenzo y el otro Manuel, todos esclavos que dormían en la misma habitación, para que le dijeran quién había prendido la vela, y el padre se lo impidió diciéndole que los dejara dormir y no tratara de averiguar quién encendía la vela; con lo cual lo dejó y no preguntó nada a los otros.

Una noche, como a las once, habiendo salido por cierta necesidad de la habitación del padre, al volver encontró que la vela estaba encendida y queriendo ver si el padre necesitaba algo, levantó el pabellón de su cama y vio que no estaba en ella. Se preocupó mucho, pues en esa época el padre estaba muy impedido por el temblor de todo el cuerpo ya mencionado; y le pareció cosa imposible que pudiera haberse levantado y salido de la habitación. La examinó con cuidado y verificó que el padre no estaba en ella, ni debajo de la cama. Entonces miró detrás del lecho y del pabellón y lo vio levantado del suelo como una caña y media de altura del suelo, los pies doblados como quien está de rodillas en el piso, los ojos fijos en un santo crucifijo que tenía en su mano izquierda y la mano derecha puesta en el pecho cerrada, como quien se golpea con ella. Y apenas vio este testigo al padre en la forma referida, decidió no molestarlo, y así, después de haberse asegurado bien de que estaba en el aire una caña y media levantado del suelo, como ha dicho, se acostó y no ha querido contarle nunca a nadie hasta ahora que lo ha declarado bajo juramento⁷³.

b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de ciertas cosas que sólo pueden saberse por revelación sobrenatural de Dios. Veamos algunos casos, incluso de profecía, sobre cosas futuras.

Manuel Rodríguez manifiesta: *Sucedió que estando este testigo a la sombra de un árbol frente a la puerta del convento de San Diego, esperando un suceso que no era del servicio de Dios alrededor de media noche, y viniendo por la calle el padre Pedro con su compañero y linterna encendida, que al parecer venía de alguna confesión o de ayudar a algún enfermo a bien morir, acercándose a este testigo, le dijo: “Detrás, detrás de esa esquina está la muerte y pronto se detendrá”. Con lo cual este testigo quedó asustado y convencido de que el padre había conocido su pensamiento. Haciendo caso este testigo de la alerta que le daba y temiendo que le sucediera una desgracia, se fue*

⁷³ Diego Folupo, Proceso fol 687, p. 407.

*inmediatamente a su casa pensándolo bien, con lo cual Dios lo liberó del peligro*⁷⁴.

Manuel de Mesa declara: *Tenía este testigo un hijo de ocho años, poco más o menos, llamado Francisco de Argüello que, habiendo hecho enfurecer a este testigo, como padre lo quiso castigar e, irritado, lo amarró a un palo y le dio tantos azotes que lo dejó al parecer muerto. Y habiéndose arrepentido del hecho fue a ver al venerable padre Pedro Claver muy afligido, para que lo consolara. Y habiendo llegado a su presencia, dijo a este testigo: “Ya sé por qué vienes”. Y habiéndole dicho cómo iba de afligido por haber dejado a su hijo como muerto, le dijo: “Vete, que cuando llegues a tu casa lo encontrarás jugando; y que no te pase otra vez castigar con ese rigor”. Y, en efecto, cuando este testigo llegó a su casa, encontró a su hijo jugando sin ninguna marca del castigo recibido*⁷⁵.

María Francisca refiere: *Esta testigo sabe, por haber sucedido en su casa, que habiéndose enfermado un negro esclavo de esta testigo, llamado Luis, lo acosó tanto la enfermedad que estaba a punto de morir; y estando muy afligida esta testigo, porque el negro no se había confesado, ni tenía quién fuese a llamar al venerable padre Pedro Claver, estando en esta aflicción entró por la puerta el padre. Esta testigo tuvo por milagro que Dios le hubiera revelado la necesidad que tenía en su casa; porque nunca acostumbraba ir a ella sin ser llamado. Confesó al negro y ordenó que le llevaran el viático; y con la ayuda de esta testigo procedió a acomodarle el lecho en un estrado, levantando en sus brazos al enfermo y acomodándolo muy bien, hasta que vino el Santísimo Sacramento. A él asistió el padre desde un rincón, arrodillado con mucha devoción hasta que el enfermo lo recibió. Y habiéndolo dejado consolado con los santos sacramentos se fue*⁷⁶.

Juana de Simancas dice: *Teniendo enfermo esta testigo a un negro de mucha edad, sin saber que se encontraba en peligro, vio un día que entró el venerable padre preguntando por Gaspar, que así se llamaba el enfermo; y habiéndole mostrado la puerta donde estaba, después de confesarlo y ayudarlo, salió y dijo a todas las otras negras de la casa: “Tengan cuidado de Gaspar”. Y entrando ellas a verlo junto con esta testigo, lo encontraron muerto; con lo cual se supo que el venerable padre tuvo la revelación de la gravedad del negro. Porque vino sin ser llamado, a tiempo tan oportuno que pareció haber expirado en sus brazos*⁷⁷.

⁷⁴ Manuel Rodríguez, Proceso fol 1082v, p. 403.

⁷⁵ Manuel de Mesa, Proceso fol 1088v, p. 403.

⁷⁶ María Francisca, Proceso fol 965v, p. 388.

⁷⁷ Juana de Simancas, Proceso fol 979v, p. 388.

Jerónima de Urbina relata: *Esta testigo fue a confesarse con el padre a la iglesia de su Colegio. Antes de hacerlo, se sentía muy afligida por las muchas cosas que debía hacer y sin fuerzas para atender a ellas, pues tenía dos niñeras para criar a sus dos hijos y necesitaba otra para el que esperaba parir. El padre le dijo que no se preocupara ni se fatigara; porque el que tenía en el vientre nacería y recibiría el agua del bautismo y enseguida se iría al cielo. Y como lo dijo el padre, así sucedió; porque esta testigo dio a luz un hijo y fue bautizado y le pusieron por nombre Juan y vivió una hora, y, después de haber sido bautizado, inmediatamente murió; y cuando el padre Pedro Claver dijo lo referido, no había ninguna persona presente porque, como ha dicho, estaba confesándose con él.*

Hará más de diez y nueve años que a esta testigo le sobrevinieron algunos grandes dolores de cabeza y de oído. Y estaba tan afligida y adolorida, que le parecía que aquella noche se debía morir, pues se dio cuenta de que echaba sangre por la boca, y tanta que con ella manchó toda una sábana; con lo cual se afligió aún más y pidió que le hicieran venir pronto al padre Claver para confesarse. No lo encontraron en su Colegio, pero poco antes de la oración, con su acostumbrada caridad y sonriente, entró a ver a esta testigo, que se consoló mucho al verlo sonreír. Le dijo que no tuviera pena, que la sangre que escupía le hacía gran provecho, porque la había retenido en la cabeza y, si no la hubiera arrojado, le habría hecho un gran daño. Y así fue, porque después de pocas horas se le quitó el dolor de cabeza y de oídos, y fue tanta la fe que tuvo con lo que le dijo el padre, que esa noche sintió una gran alegría, durmió y descansó tal como se lo había dicho el padre, asegurándole la vida y diciéndole: “No ha de morir Vuestra Señoría por ahora, con el favor de Dios”. A todo se halló presente Doña Isabel de Urbina, hermana de esta testigo, y Doña Andrea de Eraso, su madre, y algunas esclavas suyas que están fuera de este lugar⁷⁸.

Doña María Bellido dijo a este testigo que un día fue a su casa el padre y preguntó por un negro, llamándolo por su nombre; y diciéndole que no estaba en casa, dio orden que apenas llegara se lo enviaran al Colegio. Y viendo el padre al negro, le dijo que convenía que se confesara, y rehusándose diciendo que estaba bien y que no necesitaba hacerlo, le contestó que convenía; y dándole tiempo para prepararse, lo confesó y volvió a enviarlo a su casa. Y aquella noche, o al día siguiente, murió el negro⁷⁹.

El capitán Pedro de Barahona declaró: *En el año de cuarenta y siete, a los treinta de abril, como a las cuatro y media de la tarde, fue el padre Pedro Claver a las casas de habitación de este testigo para visitar al castellano Agustín de*

⁷⁸ Jerónima de Urbina, Proceso fol 879, p. 385.

⁷⁹ José de Alviso, Proceso fol 662v, p. 383.

Barahona, su padre, que estaba muy enfermo y en peligro. Y el castellano tenía devoción de reconciliarse con todos los sacerdotes que entraban a visitarlo; y se lo pidió al padre no bien entró. Después de más de una hora y media de estar confesándolo, este testigo quiso ver lo que hacía, pues pasaba mucho tiempo. Y entró por un cuarto de atrás a la habitación donde estaban y se puso detrás del pabellón de su cama. Y viéndolo Doña Francisca Burbano, madre de este testigo, vino igualmente y se puso al lado de él; y en ese momento vieron que el padre se arrodilló frente a la cama, y con las manos sobre ella le pidió que por amor de Dios le diese su palabra de encomendarlo a su divina Majestad cuando lo viese en el cielo, porque al día siguiente había de morir e ir a dar cuenta a Dios. Y el enfermo le dio palabra de hacer lo que le pedía; y entonces el padre le pidió que lo abrazara en señal de lo que prometía, y el enfermo lo abrazó.

Y en ese momento empezó a derramar muchas lágrimas de dolor y sentimiento Doña Francisca Burbano, y este testigo la animó y consoló diciéndole que lo que había visto y oído no era motivo para sentir dolor y sentimiento, antes bien debía ser motivo de gran alegría y gozo, porque un hombre tan santo y virtuoso como el padre daba tan buenas esperanzas de salvación al padre de este testigo. Y lo que había dicho el padre, sucedió puntualmente como lo dijo; porque al día siguiente murió el enfermo⁸⁰.

Pedro Calderón dio el siguiente testimonio: El año pasado de cincuenta y dos, habiendo ido Diego Martín de Olivares, suegro de este testigo, a la villa de Santa Cruz de Mompox por un empleo; y haciendo muchos días que no se sabía nada de él y sabiendo este testigo y María Hidalgo, su suegra, que aquella villa estaba apestada, tuvieron una gran preocupación y los puso en afanes; por lo cual un día, como a las diez poco más o menos, vino este testigo al Colegio, y entrando a la sacristía, vio al padre que se revestía para decir misa; y diciéndole que por amor de Dios se acordara de encomendar a su divina Majestad en sus sacrificios a Diego Martín de Olivares, su suegro, porque hacía muchos días que estaba en la villa de Santa Cruz de Mompox en donde había peste, y no se sabía nada de él, por cuya causa estaba preocupado e inquieto este testigo y toda su casa. A lo cual contestó el padre que se tranquilizaran porque Diego Martín estaba bien y con salud y que en breve estaría en esta ciudad.

Quedó muy alegre este testigo por haber oído del padre lo referido; y se fue a su casa y lo contó a su suegra y a toda la otra gente, dando con esto una noticia alegre, y todos la tuvieron por tal y quedaron tan contentos como si hubieran tenido cartas ciertas del asunto. Y no quedó frustrada la esperanza que este testigo y toda su casa tuvo por lo que el padre había dicho. Porque dentro de tres o cuatro días llegó a esta ciudad sano y salvo su suegro, como el padre se

⁸⁰ Pedro de Barahona, Proceso fol 737v, p. 384.

*lo había dicho; con lo cual este testigo y toda su casa se confirmaron mucho en la opinión que siempre tenían de la santidad del padre*⁸¹.

Antonio Monterato da fe de lo siguiente: *Hará unos veinte años que habiéndose enfermado de pasmo (enfermedad de la cual mueren en esta tierra al tercer día de contraerla) y habiéndosele ordenado confesarse y recibir los santos sacramentos, mandó llamar al padre Claver un día por la mañana. Volvió por la noche el padre para visitarlo y consolarlo. Y como este testigo tenía tanta fe en el padre y lo veía tan solícito de su enfermedad, le preguntó si le parecía que moriría de aquella enfermedad. Y el padre le contestó: “No moriréis de ésta, antes moriré yo”*⁸².

Francisco López declaró en el Proceso: *El año pasado de mil seiscientos veinte y ocho, estando este testigo muy enfermo de fiebres, tanto que fue sacramentado y le fue administrado el santo óleo y estuvo desahuciado por los médicos, especialmente por uno llamado Villegas, y con la mortaja a la cabecera de la cama, mandaron a llamar de la casa de Francisco López Bueno, padre de este testigo, al padre Pedro Claver para que lo viese, porque lo tenían ya casi por muerto. Y viéndolo el padre, dijo que no moriría... Entonces el padre ordenó que le dieran cierto remedio y enseguida se pondría bien. Así se hizo, y después de haber estado este testigo dos días sin palabra y sin oído, con eso volvió en sí y fue mejorando hasta recuperar toda su salud*⁸³.

c) DON DE HACER MILAGROS

Dios hizo muchos milagros por su intercesión durante su vida. Veamos algunos ejemplos.

Refiere el doctor Adán Lobo: *En el hospital de San Sebastián, en la cama número once, estuvo un soldado enfermo que quedó ciego; y habiendo llegado el tiempo del sueldo que se acostumbra pagar en este hospital a los que están enfermos, le quitaron la plaza a éste, diciendo que hacía más de un año que estaba en el hospital enfermo y ciego y sin esperanza de ser útil al servicio del rey; por lo cual quedó el enfermo muy desconsolado y afligido, y haciendo llamar al padre Pedro Claver, le pidió que rogara al señor gobernador de esta plaza, que en aquella época era Don Pedro Zapata, que ordenara se diera la plaza a aquel enfermo, porque no tenía otra forma de vivir.*

⁸¹ Pedro Calderón Gallego, Proceso fol 799, p. 385.

⁸² Antonio Monterato, Proceso fol 1009, p. 393.

⁸³ Francisco López, Proceso fol 601v, pp. 382-383.

Y si bien el padre lo pidió al gobernador, no se lo concedió diciendo que no podía darlo porque los oficiales reales lo negaban por verlo ciego e incapaz para el servicio del rey. El padre entonces hizo una pomada y con un paño la aplicó al ciego sobre los ojos; y visitando este testigo la enfermería y encontrando al ciego con el emplasto en los ojos, regañó duramente al enfermo preguntando quién había hecho aquel emplasto y quién se lo había puesto al enfermo. El mismo ciego respondió que el padre Pedro Claver se lo había puesto, y este testigo ordenó que se lo dejaran. Al día siguiente apareció el enfermo con su vista muy buena y el padre Claver logró con los oficiales reales que le dieran la plaza, como consta en los libros de la Contaduría Real⁸⁴.

En una ocasión en que pasaban de ochocientos los enfermos que estaban en el hospital de San Sebastián, faltaban limones y no se habían podido encontrar en la plaza ni en ninguna parte. Preguntándole este testigo qué se podría hacer para encontrar un limón, contestó el padre que no se tomara tanta molestia, que él lo haría. Salió del hospital, y al poco tiempo volvió con una canasta llena de limones, que sorprendió a todos los presentes, pues lo tuvieron por milagro que Dios Nuestro Señor obró por medio de su siervo el padre Claver⁸⁵.

Diego de Villegas certifica que el padre tenía en su cuarto tarros de dátiles en almíbar que le duraban todo el año y distribuía a los negros cuando estaban enfermos. También muchas personas españolas se los pedían en sus enfermedades, y los comían con mucha fe, pues les parecía que con ellos recobraban la salud, gracias a la gran santidad del padre. Este testigo los tomó muchas veces en algunas de sus enfermedades y los dio a algunos de su familia cuando las sufrían. Y algunas personas de España, teniendo noticia de esto, solicitaron a este testigo, con ocasión del viaje de la Armada, que pidiera algunos de aquellos dátiles al padre y los enviara a España, como cosa de mucha estima por proceder de las manos de un hombre tan santo. Este testigo se los pedía y el padre se los daba; y las personas de España los recibían como una cosa de mucho valor. No recuerda en particular los nombres de las personas con quienes esto sucedió.

También recuerda ahora que algunas personas que vivían en la ciudad de Santafé en este Nuevo Reino de Granada, le pidieron tales dátiles para sus enfermedades. Tampoco recuerda los nombres de estas personas. Lo mismo pasaba cuando algunas personas estaban enfermas en esta ciudad: el padre les llevaba dátiles para que los tomaran como medicina; y quienes los recibían les tenían mucho aprecio y los tomaban con gran gusto y alegría, y con fe viva de

⁸⁴ Médico Adán Lobo, Proceso fol 926v, pp. 432-433.

⁸⁵ Padre Andrés de Hermosillo, Proceso fol 1039, p. 433.

*obtener de Nuestro Señor la salud, por venir de las manos de un hombre tan virtuoso y santo como era el padre Claver*⁸⁶.

El padre Pedro Mercado asegura que vio un caso prodigioso que sucedió en casa de una hermana suya. Estando enfermo un sobrino suyo, llamado Francisco López, un día, al mediodía, perdió la palabra y todos decían que había muerto. Su padre, movido por el amor paterno y por el dolor que sentía al ver a su hijo muerto, pidió con gran angustia que le buscaran a un padre de la Compañía, a ver si el joven volvía en sí y podía confesarse y prepararse a bien morir. Habiendo venido este testigo al Colegio en busca de algún padre, el rector encargó al padre Claver que fuera a la diligencia referida. Apenas entró y vio al enfermo sin palabra ni otro sentido, se acercó a él y le tomó el dedo pequeño de la mano.

Al ver esto, un negro llamado Manuel, esclavo del hospital de esta ciudad y muy entendido en gran número de enfermedades, le dijo que ya estaba muerto. A lo cual contestó el padre que no estaba muerto, que le dieran cierto remedio, y con eso volvería en sí. Que el mal que tenía era causado por el sol que había recibido mientras pedía limosna para la cofradía del Santísimo Sacramento, de la cual era cofrade y su director. Dijo además que el Señor, para el cual se había ocupado en obra tan piadosa, lo haría mejorar y le daría la salud; con lo cual se fue, porque veía que no tenía nada más que hacer, pues el enfermo estaba sin pulso y sin sentido. Inmediatamente el negro Manuel, muy experto en preparar medicinas, le preparó una y se la aplicó. Con ella no mejoró ni volvió en sí, ni tuvo cambio alguno.

Al ver esto el mismo negro Manuel, volvió a ratificar lo que había dicho anteriormente, es decir, que el enfermo ya estaba muerto, añadiendo: “¿No he dicho que está muerto?”. Al oír esto, este testigo que conocía la gran virtud y santidad del padre Claver, volvió al Colegio y le narró todo lo sucedido. El padre entonces, sonriendo, dijo a este testigo: “Volvamos allá”. Y efectivamente volvieron. Al llegar, indicó que el medicamento que le habían aplicado estaba pasado, no tenía efecto y necesitaba darle otro. Habiéndosele mostrado cinco, escogió uno de ellos e hizo que el negro Manuel lo preparara y lo pusiera en una copita como lo hizo, y se lo dio. Mientras tanto, el padre permaneció en la casa, y en menos de media hora empezó el enfermo a volver en sí, dando un gran suspiro como quien se queja de una gran angustia; lo que causó mucha alegría a cuantos se encontraban en casa. Viendo que había vuelto en sí y que todos estaban muy contentos, se fue sin despedirse de nadie y vino al Colegio. Mientras tanto, el enfermo fue mejorando, y al presente vive y es alcaide de las cárceles de la penitencia del Santo Tribunal de esta ciudad. Y este testigo y todas

⁸⁶ Diego de Villegas, Proceso fol 118, p. 327.

*las personas que se encontraron presentes a todo lo referido tuvieron el acontecimiento como milagroso y que Nuestro Señor lo había hecho por los méritos e intercesión del padre*⁸⁷.

La esclava María Carabalí nos dice que *un día se enfermó un negrito llamado Perico de edad de diez años, de fuertes fiebres que lo dejaron tísico; y llevándole un día esta testigo el almuerzo, lo encontró muerto. Fue a decirlo a sus amos, quienes vinieron donde estaba Perico, y, encontrándolo muerto, dieron grandes quejidos de dolor, porque no se había confesado. Y viendo esta testigo las lamentaciones que hacían sus amos, fue corriendo al Colegio de la Compañía de Jesús y llamó al padre Claver, quien vino sin demora alguna con esta testigo y entrando en la casa y encontrando tan afligidos a los amos, los reconfortó y dijo que tuvieran mucha paciencia en las angustias que Dios les enviaba; fue donde estaba el negrito y lo llamó por su nombre diciendo: “Perico, Perico”. Y el dueño de la casa dijo al padre: “Padre, ¿por qué lo llama si ya está muerto?”. Y el padre contestó: “Ya he dicho que tengan confianza en Dios, déjenme con él un rato que el negrito se confesará”. Y volviendo el padre a llamarlo, le dio una gran voz diciendo: “¡Perico, contéstame!”. Y el negrito respondió: “¡Padre!”. Y el padre le dijo que se confesara. El negrito lo hizo, y después de haberle dado la absolución el padre, murió*⁸⁸.

Francisca de Vargas declara: *Murió de repente una india y esta testigo sin demora mandó llamar al padre con una negra, a la que respondió desde la ventana de su habitación que dijera a su señora que no se afligiera pues no era nada, que por estar en el “Miserere” no salía enseguida. Y, al llegar, dijo a esta testigo: “Paciencia en los peligros y angustias, que no es nada”. Y acercándose a la india la llamó por el nombre que querían darle cuando se bautizara, Francisca. Después de un rato de oración y hablándole al oído, juzgando esta testigo que estaba muerta sin remedio, entró en otra habitación a buscar con qué cubrirla, y cuando regresó, encontró a la india hablando con el padre con un aire sonriente. Él ordenó que se trajera lo necesario para bautizarla. Después de haber hecho las diligencias convenientes, la bautizó y ordenó que el agua que había servido para el bautismo no se regara en el piso sino en algunas materas. Entonces la echaron en un barril donde se habían sembrado diferentes plantas de flores hacía cinco meses. Todas permanecieron secas, menos la que estaba en el barril donde se echó el agua, la cual floreció en muy breve tiempo, mientras que las que estaban en las otras materas nunca florecieron, aunque se tenía cuidado de rociarlas siempre. Y la india Francisca, al día siguiente, se levantó*

⁸⁷ Padre Pedro Mercado, Proceso fol 345v, pp. 409-410.

⁸⁸ Teresa María Carabalí, Proceso fol 921, p. 427.

buena y sana a servir en la casa hasta que se fue al Río de la Hacha donde estaba su tribu⁸⁹.

Vicente de Villalobos manifiesta un hecho que sucedió en su casa hará dieciocho o veinte años. Y fue que, teniendo una negra enferma, nacida en Angola, llamada Agustina, después de haberse confesado un día en la noche, de repente, se agravó tanto que según mostraba estaba a punto de morir. Visto lo cual por este testigo y por su mujer, mandaron llamar muy de prisa al padre Claver por medio de un negro esclavo de su casa. Y antes de llegar el padre le vino a la negra un accidente tan grave, que juzgaron que ya había expirado. Entrando el padre, preguntó qué tenía, y este testigo le dijo que lo había mandado llamar para que la reconciliara y consolara, ayudándola a bien morir; porque la había visto en mucho peligro. Además, le parecía que había llegado tarde, porque ya estaba muerta. El padre preguntó cómo se llamaba, y habiéndoselo dicho, se le acercó y empezó a llamarla por su nombre muchas veces. La enferma no recuperaba sus sentidos, hasta que, después de varias llamadas volvió en sí diciendo: “Jesús, cuán cansada llego”. Y preguntándole el padre qué tenía y de qué llegaba cansada, contestó que había ido a un viaje muy largo y en él había encontrado un joven blanco, hermoso, que le dijo: “Camina, regresa, hija, que aún no es tiempo”. Y en ese momento volvió en sí.

Entonces continuó hablando despacio. Y pareciéndole, según juzgó este testigo, que la gente que estaba en la habitación la molestaba, pidió que salieran todos, y así lo hicieron. Quedó solo el padre con la enferma. Al poco rato se acercó a la puerta y pidió que le trajeran un vaso de agua y, habiéndosela traído, le preguntaron para que era esa agua. A lo cual contestó a Doña Micaela Heras Manrique, esposa de este testigo, que una mala confesión tenía remedio, pero la falta del bautismo no lo tenía. Entonces hizo tender encima de una mesa una toalla y en ella puso un crucifijo; y sacó un pequeño cuadro que de ordinario llevaba consigo, en que estaba pintado el infierno en la parte de abajo y en alto la gloria, y colocándolo en un lugar donde lo pudiera ver la enferma, empezó a hablarle y a prepararla para que digna y meritoriamente recibiera el bautismo.

Y después de una larga conversación supo que no estaba bautizada, si bien este testigo desde que su padre la compró siempre la consideró cristiana bautizada y como tal se confesaba, oía misa y hacía todos los otros actos de cristiana. El padre la bautizó, poniéndole el nombre de Agustina. Hecho esto se despidió y se fue, y al poco tiempo de haberse ido el padre de la casa de este testigo, expiró la negra. Todo esto sucedió en presencia de Doña Micaela Heras Manrique y de la gente de su casa, y de Doña María de Villalobos, hermana de

⁸⁹ Francisca de Vargas, Proceso fol 1051, pp. 418-419.

este testigo, todos los cuales juzgaron admirados que había sido grande la providencia de Dios por haber llamado al padre para que, bautizando a Agustina, ésta se salvara⁹⁰.

Marcela, negra libre, refiere: Hará cerca de cincuenta años que teniendo esta declarante un hijo enfermo de fiebres, llamado Luis, de edad de tres años, se le atrofiaron y enflaquecieron las piernas, de lo cual le dio gangrena, como lo reconoció esta declarante por haberse criado en casa del doctor Méndez, que fue gran médico de esta ciudad. Muy afligida le dijo María González, negra libre que ya ha muerto, que por la calle venía Diego López, cirujano, que lo llamara para que viera al muchacho. Esta testigo salió con el joven enfermo en los brazos y pidió a Diego López que lo viera y curara. A lo cual le respondió que volvía enseguida.

Y entre tanto llegó el padre Pedro Claver y preguntó a esta testigo qué tenía. Y diciéndole que estaba afligida porque aquel muchacho, su hijo, tenía las piernas engangrenadas y por eso había salido a la calle para que Diego López lo viera y lo curara, pero no había querido verlo diciendo que volvería después. Entonces esta testigo pidió al venerable padre que le leyera un Evangelio. El padre lo hizo, y enseguida descubrió las piernas del muchacho y mojando su mano con su saliva le untó las piernas, diciendo a esta testigo que no era nada, que lo llevara al Colegio de la Compañía y que Diego López no volvería, que no tenía nada que dar al joven. Y así fue, porque Diego López no regresó. Y habiendo ido esta testigo al Colegio de la Compañía de Jesús tres días seguidos con el muchacho, para que el padre lo viera, con sólo leerle el Evangelio y unirlo con su saliva en las piernas, sin poner ninguna otra cosa, se mejoró. Esta testigo lo tuvo por milagro patente por ser la gangrena en esta tierra una enfermedad mortal⁹¹.

Marcelina Gelis, negra libre, relata: En una ocasión le avisaron a esta testigo sus esclavas cómo había muerto un negro de los bozales y lo habían acomodado en un ataúd para sepultarlo; no recuerda bien esta testigo si fue antes o después de mediodía cuando entró una negra con mucha prisa pidiendo unos huevos para darle al negro que estaba vivo por haber llegado el padre Pedro Claver, quien lo tocó y le habló. Lo estaba bautizando por haber vuelto en sí, y ordenaba que le llevaran los huevos para darle. Esta testigo con mucha caridad y diligencia dio los huevos para que se los llevara y supo que el negro los había bebido y estuvo algún tiempo vivo después de haberlo bautizado y de haberse ido el venerable padre Pedro Claver. La negra que dio los huevos a beber al negro es esclava de esta testigo y se llama Isabel, quien declarará lo

⁹⁰ Vicente de Villalobos, Proceso fol 421v, pp. 420-421.

⁹¹ Marcela, negra libre, Proceso fol 1108v, p. 424.

que pasó en su presencia. Porque esta testigo juzgó que no había prisa y que ya habría tiempo para visitar al negro; por eso no fue a la casa donde estaba, y cuando quiso hacerlo, le avisaron que había muerto. A esta testigo pareció, por lo sucedido, que el padre Claver tuvo conocimiento de que el negro no estaba bautizado, y como deseaba con tan ardiente caridad la salvación de las almas y le dolía tanto que murieran algunas de las que había llegado a conocer sin bautizo, con su oración había obtenido de Dios Nuestro Señor que volviera a tener vida el negro y recibiera el santo bautizo⁹².

El hermano Nicolás González recuerda: Hace catorce años, el segundo día de Pascua de Resurrección, salió el padre a decir misa al altar mayor de la iglesia de este Colegio con una casulla de lama (tela tejida con hilos de oro y plata) blanca, la mejor que había en la sacristía. Terminada la misa, mientras daba la comunión a unas personas, tropezó con la lámpara del altar mayor y se derramó el vaso del óleo sobre la casulla; y al ruido llegó este testigo, como sacristán, para ver qué había pasado y viendo toda la casulla manchada de aceite, sobre todo en la espalda, tuvo gran disgusto porque era la mejor que había, como ha dicho. Y cuando el padre volvió a la sacristía para quitarse el ornamento, le dijo que había tenido gran dolor de que se hubiera manchado la casulla; a lo cual el padre permaneció en actitud muy humilde, como si fuera un niño, y no contestó palabra. Y este testigo la puso aparte para que no manchara las otras y la dejó allí algún tiempo como cosa que creía no podría servir más por las muchas y grandes manchas de aceite que tenía.

Después de algún tiempo, al examinar por casualidad la casulla, la encontró sin mancha alguna, no sólo en la parte de la lama sino también en la parte del tafetán que es carmesí; no vio signo de mancha y se extrañó mucho al verla así sin haber hecho ninguna diligencia, y la volvió a sacar para usarla, pues estaba como antes, decente para el uso. Ha callado este hecho, y no lo ha comentado con nadie porque no tenía quién pudiera testificar su verdad. Pero al presente, considerando este caso como milagroso, y porque declara bajo juramento, lo dice y manifiesta para gloria y honra de Dios y de sus santos. Y para mayor prueba de lo que ha dicho, mostró la casulla al señor juez que está presente, y a mí, el presente secretario, sin ninguna mancha así en la lama como en el tafetán carmesí, que es muy delgado⁹³.

Francisca Alfonsa certifica: Estando en casa de Francisca Genes, donde estaba un gran almacén de negros bozales, un día de San Mateo apóstol, como a las dos de la tarde, cayó un rayo y quemó una palma que estaba en la huerta de la casa y rompió la rueda del pozo. Un negro que estaba sacando el agua cayó

⁹² Marcelina Gelis, Proceso fol 1115, p. 425.

⁹³ Hno. Nicolás González, Proceso fol 244, p. 373.

dentro, arrastrado por la cuerda que tenía en las manos y por el peso de la rueda rota, y otros cinco negros que estaban alrededor del pozo cayeron al suelo y quedaron al parecer muertos, pues no se les encontraba pulso ni respiración. Al que cayó en el pozo lo sacaron en las mismas condiciones. Y en ese momento entró el venerable padre Pedro Claver sin saber esta testigo quién le hubiera llamado, además de que no había habido tiempo para poder llegar desde su Colegio por la distancia que había de un extremo a otro del lugar. Apenas llegó y vio los negros que estaban tendidos como muertos, los cubrió con su manteo y fue hablando a todos en su lengua y sólo con esta diligencia se levantaron y viendo al venerable padre aplaudían mucho, que es la demostración que estas gentes hacen para dar las gracias por el beneficio que reciben. Sabe esta testigo que estos seis negros atribuyeron este prodigio a milagro que Dios Nuestro Señor obró por los méritos e intercesión del venerable padre⁹⁴.

Isabel de Mier da el siguiente testimonio en el Proceso: *Iba esta testigo por la calle de las Carretas en compañía de otra negra joven, esclava de Don García de Zerpa. Llevaba a vender un canasto de huevos de olor para festejar el carnaval. Un chapetón (recién llegado de España) le dio un bofetón, con lo cual le hizo caer el canasto de huevos al suelo. Viéndolos rotos, la negra que los llevaba empezó a llorar y a rezar muchas oraciones a Dios por el temor que tenía de que su ama la castigara con crueldad. En ese momento venía por la calle el venerable padre Pedro Claver, ante el cual se arrodilló esta testigo para besarle la mano; y el padre le dijo, viendo el llanto de la otra negra: “Ahijada ¿qué es esto?”. Y esta testigo le contestó: “Padre, un chapetón le hizo caer el canasto de los huevos a aquella negra y se le han roto; y tiene miedo del castigo de su ama”. Entonces el venerable padre se acercó donde estaba el canasto de los huevos, lo enderezó con el bastón, fue reuniendo los huevos y ordenó que los pusiera en el canasto; y todos se encontraron sanos y buenos sin que se hubiera roto ninguno. La negra a la cual se le cayó el canasto de los huevos ya ha muerto; y por haber sucedido en la calle el hecho y concurrir mucha gente, y por haber pasado mucho tiempo, no recuerda las personas que lo vieron⁹⁵.*

María de Fonseca nos dice: *En una ocasión se había enfermado de parálisis una criatura en casa de esta testigo sin haber recibido el agua del bautismo. Mandó llamar al padre Claver para que lo administrara y, al llegar, ordenó el padre que entibiaran el agua para bautizar a la criatura, a lo cual le dijo esta testigo que no era necesario, pues el agua del bautismo no hacía daño. Y llevaron un balde y un bocal de agua fría. Entonces el padre, con gran disimulo, metió un dedo de su mano en el agua del bocal, removiéndola por un rato, y bautizó a la criatura. Acercándose esta testigo a recibir el balde en el que*

⁹⁴ Francisca Alfonso, Proceso fol 1060, p. 420.

⁹⁵ Isabel de Mier, Proceso fol 1072v, p. 434.

se había hecho el bautismo, el agua que contenía el balde le calentó los dedos. Consideró como un milagro que, sin haberla acercado al fuego, hubiera recibido dicha agua tanto calor⁹⁶.

17. LA MUERTE

El hermano Nicolás González nos cuenta: El padre Pedro Claver supo el día de su muerte; porque el domingo seis de septiembre, habiendo bajado en la forma acostumbrada a comulgar, volviendo de la iglesia después de la comunión y pasando por la sacristía de este Colegio, le dijo a este testigo que se moría, que si mandaba algún mensaje para la otra vida. Este testigo le contestó que sólo le pedía que encomendara a Dios su persona, la ciudad y este Colegio. Y contestó que de muy buena gana lo haría. Al día siguiente, que fue lunes, séptimo día del mes por la mañana, perdió el habla. Apenas lo supo este testigo fue a su celda y lo encontró con los ojos levantados mirando al cielo, y las manos extendidas sobre la cama. Viéndolo en esta posición, avisó al Superior de este Colegio, que era el padre Juan de Arcos, que ya era tiempo de aplicarle la extremaunción, como en efecto se la administró el padre Francisco Jimeno, residente en este Colegio. Y apenas hubo recibido el óleo santo, las personas devotas de este Colegio que se encontraban presentes, se llevaron la pobre ropa y las estampas y hasta un crucifijo que tenía pintado en un cuadro.

Enseguida corrió por toda esta ciudad la voz del estado en que se encontraba el padre Claver y vinieron dos pintores para hacer su retrato, el uno el alférez Don Alfonso de la Torre, enviado por Doña Isabel de Urbina, y el otro Juan Pérez de Miranda, quien vive al presente y vino a ese efecto por la particular devoción que sentía por el padre. Y efectivamente hicieron sus retratos. Vinieron innumerables personas para verlo y entre ellas las más importantes como fueron Don Pedro de Estrada, contador de su Majestad y Antonio Farfán de los Godos, tesorero de la Casa Real de su Majestad. Y viendo que este testigo puso su rosario al cuello del padre, todos los sacerdotes y personas principales que se encontraron presentes le pidieron que pusiera también los suyos; y habiéndolo hecho, concurrieron en muchedumbre todos los vecinos, besándole algunos las manos, otros los pies y tocándolo todos con los rosarios. Y como en aquel tiempo se encontraba en esta ciudad la Armada al mando del señor marqués de Montealegre, fueron innumerables las personas que de ella concurrieron a manifestar su devoción, y entre ellas vino el mismo señor general y todos sus capitanes y oficiales, tanto de guerra como de mar. En esta forma pasó todo el día hasta que siendo la hora, se cerraron las puertas de este Colegio. Y habiéndole rezado la recomendación del alma, con la asistencia de

⁹⁶ María de Fonseca, Proceso fol 966, p. 408.

*todos los demás de la casa, entre la una y las dos de la mañana, teniéndole este testigo un crucifijo al frente, murió el padre Pedro Claver con gran suavidad, como si se hubiera dormido*⁹⁷.

De acuerdo a la ciencia actual podemos decir que murió de párkinson o parálisis agitada, tal vez unida a un paludismo crónico, que le afectó profundamente el riñón. *Apenas expiró, sin señal ni otra demostración alguna, se le cambió el rostro, de pálido y muy malicento que era, en un resplandor y belleza extraordinaria*⁹⁸.

*Quitándole la camisa con que murió para ponerle otra limpia, fue repartida en pedazos para tener cada uno una parte de ella, como reliquia de hombre tan santo. Mientras se le cambiaba la camisa, se le cubrió el rostro de abundante sudor, que le goteaba por la cara, lo cual vieron la mayor parte de los presentes. Todas las personas que se encontraban presentes le quitaron gran parte del cabello como reliquia sin que pudiera impedirlo este testigo que les rogaba que no lo hicieran para no afearle la cabeza con los tijeretazos y surcos que le hacían en ella. También le cortaron con tijera las uñas de los pies y de las manos, conservándolas como preciosas reliquias. Le quitaron y despedazaron las sábanas, colchones, almohada y cobija que tenía en la cama. También le pusieron sobre su cuerpo todas las cruces, medallas y reliquias que tenían; lo revisieron con los ornamentos sacerdotales y, dentro de la misma celda donde había muerto, se colocó el cadáver decentemente hasta la mañana, cuando al alba doblaron las campanas de este Colegio por la muerte del padre*⁹⁹.

El padre Bartolomé del Pilar manifestó: *Muchas veces, con particular diligencia, este testigo le movió y tocó los brazos, manos, dedos, y los encontró siempre ágiles, suaves y manejables. También en cuanto al olor, nunca sintió que lo fastidiara, siendo una de las personas que más le asistieron. Y por la gran humedad y calor de esta tierra, en menos de la mitad del tiempo desde que había muerto el padre, no se puede soportar el mal olor que expiden los cuerpos muertos*¹⁰⁰.

Pedro Calderón también afirma que *le besó los pies y le pareció que de ellos emanaba un suavísimo olor, y lo mismo sintió en la mano, cuando se la besaba*¹⁰¹.

⁹⁷ Hno. Nicolás González, Proceso fol 223, pp. 434-435.

⁹⁸ Hno. Nicolás González, Proceso fol 223, p. 436.

⁹⁹ Hno. Nicolás González, Proceso fol 226, p. 447.

¹⁰⁰ Padre Bartolomé del Pilar, Proceso fol 751, p. 484.

¹⁰¹ Proceso fol 802, p. 485.

Durante todo el día siguiente a su muerte, 9 de setiembre, hubo gran concurso de gente de toda clase y condición. A veces se hacían tumultos, porque todos querían verlo y tocarlo. Hubo necesidad de poner guardias para cuidar su cuerpo. Incluso, durante la noche, hubo mucha gente que quiso velarlo sin ir a sus casas.

El hermano Nicolás recuerda que, *al alba del día 10, volvió el gentío. De los dos conventos de monjas de esta ciudad, el uno de santa Clara y el otro de las monjas carmelitas descalzas, enviaron gran cantidad de rosarios para que los hicieran tocar con su cuerpo. Después llegó la Comunidad de los padres del hospital de San Juan de Dios (de San Sebastián) sus más dilectos amigos... La Comunidad de San Agustín, por la hermandad que tiene con la Compañía en esta provincia del Nuevo Reino, vino para tocar y hacerle el funeral. También asistieron casi todos los sacerdotes seculares de la ciudad*¹⁰².

Ese mismo día 10 de setiembre de 1654 fue enterrado en la pequeña iglesia del Colegio de los jesuitas de Cartagena. Tres años después, en 1657, sus restos pasaron a un nicho colocado en la pared, hallándose el cuerpo incorrupto.

Diego de Villegas certifica: *Su sepulcro es muy frecuentado por toda clase de gente, especialmente por los negros cojos y lisiados, paralíticos e hidrónicos y con otras diferentes enfermedades, quienes vienen a pedir a Dios Nuestro Señor la salud por medio de su intercesión. Y sabe que muchos la han logrado*¹⁰³.

18. MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Agustina Zapata declaró en el Proceso: *Un día, al venir a esta iglesia esta testigo a oír misa, le dijo Lorenza de la Cruz, mulata esclava de Doña Sebastiana Zapata su hermana, cómo una mulatica, que tenía siete días de nacida, estaba muy mal de la enfermedad que llaman de siete días y que tenía las mandíbulas pegadas y toda la noche no había dejado de llorar sin poder mamar por la causa referida, y contándolo esta testigo al hermano Nicolás González cerca del sepulcro del padre Pedro Claver, preguntó por qué no la habían llevado, y le dijo que la hiciera llevar al sepulcro. Esta testigo le respondió que por estar recién nacida. Insistió el hermano que la llevaran, y esta testigo la mandó a recoger, y la llevó bien envuelta una mulatica, su hermana, llamada Sebastiana. El hermano la envolvió y cubrió con el manteo del padre y la puso sobre la sepultura donde permaneció sin llorar durante todo el tiempo que emplearon en decir dos misas en el altar del Cristo que está cerca del sepulcro.*

¹⁰² Hno. Nicolás González, Proceso fol 226, p. 453.

¹⁰³ Diego de Villegas, Proceso fol 624, p. 466.

En ese tiempo llegó una señora, viuda del alférez Diego Domínguez, familiar del Santo Oficio, llamada Doña Inés de Miranda, la cual pregunto qué envuelto era el que estaba encima de la sepultura y, diciéndoselo esta testigo, se acercó y destapando la criatura le puso un dedo en la boca y viendo que chupaba dijo que la quitaran de allí, que ya estaba bien. Y entonces lloró la mulatica, y acercándose esta testigo y alzándola en sus brazos la encontró, de muerta que estaba, a viva y muy alegre de cara, por lo cual dieron muchas gracias a Nuestro Señor cuantos estaban en esta iglesia, por las maravillas que obra Dios en honor y crédito de sus siervos. Y esta testigo mandó enseguida la criatura a su hermana, y la niña, apenas llegó, tomó pecho y chupó como si no hubiera tenido ningún mal, siendo así que del mal de siete días pocas criaturas se salvan en esta tierra¹⁰⁴.

Sebastiana Zapata certificó: Hará tres años y medio que teniendo esta testigo un mulatico esclavo, llamado Juan, muy contrahecho en las piernas porque hacía ya seis años que no caminaba ni poco ni mucho, ni se podía sostener en ellas, viendo este impedimento, lo envió a esta iglesia para que lo pusieran sobre el sepulcro del padre Pedro Claver. Y desde el primer día, empezó Nuestro Señor a manifestar sus maravillas en el mulato Juan; porque desde ese día empezó a sostenerse en pie y a dar algunos pasos, aunque apoyado en la mulata su hermana. Queriendo esta testigo ayudar a la naturaleza para que con mayor brevedad pudiera caminar el mulato, le lavó una vez las piernas con un baño de vino, orín de hierro, romero, espliego y otras cosas, de lo cual le resultó un gran accidente porque le vinieron unas fuertes fiebres y se le llenaron las piernas y los pies de llagas muy peligrosas y estuvo con el accidente referido tres días sin comer y tan desmayado que esta testigo tuvo por cierto que moriría.

Confiando poco en los remedios humanos, recurrió a los divinos volviendo a mandar al mulato Juan, con su hermana, a esta iglesia para que hiciera que el hermano Nicolás lo colocara sobre la sepultura del padre y le impusiera alguna de sus reliquias. Y habiéndolo hecho, cuando volvió el enfermo a la casa de esta testigo llegó muy alegre y tan transformado, que pudo comer. Y desde ese día fue mejorando tan rápidamente que después de breve tiempo sanaron las llagas y pudo caminar, como hoy lo hace; y se encuentra bueno y sano. Cree piadosamente esta testigo que el enfermo obtuvo su salud gracias a la bondad de Nuestro Señor por medio de la intercesión de su siervo el venerable padre Pedro Claver¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Agustina Zapata, Proceso fol 458v, p. 512.

¹⁰⁵ Sebastiana Zapata, Proceso fol 438, pp. 532-533.

Doña Inés de Miranda declara: *Hace doce años, estando a punto de muerte por haber tomado un remedio y haberle dado un espasmo en el vientre, con lo cual no podía proferir palabra para recibir los santos sacramentos y hacer testamento, viéndola así una hermana suya, llamada Juana de Miranda, mandó al Colegio de la Compañía a pedir una reliquia del venerable Pedro Claver. Y, habiendo llevado una estola con la que decía misa, se la ciñeron al vientre a esta testigo y le dijeron a grandes voces que implorara la ayuda del venerable padre. Esta testigo se encomendó lo mejor que pudo a la intercesión del padre y, al instante, se encontró buena y sana y libre del espasmo, sin que fuera necesario hacer diligencia alguna*¹⁰⁶.

El hermano jesuita Nicolás González refiere el siguiente milagro de conversión: *El año pasado de 1656, mientras este testigo estaba adornando la iglesia para la fiesta de san Francisco Javier, vio en la plaza de esta ciudad a un negro viejo musulmán llamado Amete, y lo llamó. El negro vino más a la fuerza que de su voluntad... Este testigo se sentó a su lado y le dijo: “Quiero que te hagas cristiano”. A lo cual respondió que aún no era tiempo. Este testigo le replicó que siempre era tiempo para convertirse a Dios y hacerse cristiano por medio del bautismo... Se acercó a él y, cogiéndolo amablemente por un brazo, le dijo: “Mira, si ahora no quieres ser cristiano, di conmigo estas palabras: Jesús ayúdame, ilumíname y mueve mi corazón”, palabras que había oído muchas veces al padre Claver, quien las hacía repetir a algunos negros rebeldes... Amete se levantó y dijo que lo dejaran, que quería irse. Todo el resto de ese día y la noche siguiente, este testigo estuvo con deseos muy fervientes de no abandonar la conversión del negro...*

A la madrugada del día siguiente, lo llamó y lo hizo sentar en un banco de la iglesia que estaba en la capilla del Cristo, cerca del sepulcro del padre Claver. Y le dijo: “Vuélvete a Dios, considera que eres muy viejo y que, cuando menos lo pienses, te sobrevendrá una enfermedad que en corto tiempo te quitará la vida y te encontrarás en el infierno”... Pero el negro respondió que no era tiempo...

Entonces le dijo: *“Ven acá, Amete, ¿no conociste al padre Pedro Claver? ¿No te exhortó muchas veces a que te hicieras cristiano? Él murió y está aquí enterrado”. Y mostrándole con el índice de la mano derecha su sepultura, añadió: “¿Ves a estos enfermos que están aquí alrededor? Todos vienen a pedirle que les consiga la salud de Dios Nuestro Señor y algunos la han obtenido”... Lo llevó al sepulcro del padre y le dijo: “El padre convirtió a muchos negros, tus compañeros, como tú sabes bien. Confía en Dios que suplicará a su divina Majestad que te convierta a ti”. Y habiéndose apoyado el*

¹⁰⁶ Inés de Miranda, Proceso fol 1062, p. 526.

negro en la balaustrada que está frente al sepulcro, logró este testigo que extendiera los brazos y los pusiera encima del sepulcro, lo cual hizo con mucho agrado y bajando la cabeza besó los ladrillos con que está cubierto el sepulcro y, estando en esta posición el negro, dijo a este testigo: “¿Aquí está el padre Pedro Claver? Que Jesús esté conmigo y me ilumine el entendimiento y mueva mi corazón para que yo conozca la verdad. Si Dios quiere ahora que yo sea cristiano, yo también lo quiero, quiero la fe de Jesucristo”.

Y este testigo le dio a besar la cruz de su rosario y se lo puso al cuello... Y la gente empezó a llorar tiernamente de júbilo y alegría, al ver convertida un alma tan perdida como era la de Amete, y lo abrazaron, dándole la enhorabuena por su conversión. Y todas las negras y personas presentes empezaron a gritar: “Milagro, milagro”... Y él estalló en llanto y se inflamó tanto en el amor del verdadero Dios y en el deseo de la profesión de su verdadera ley que pidió que lo bautizaran enseguida... Este testigo lo instruyó y enseñó muy suficientemente y, siendo ya capaz, recibió el bautismo con toda solemnidad en la santa iglesia catedral de esta ciudad el 21 de diciembre de 1656; y quien le administró el bautismo fue el padre Juan Onofre de la Compañía y su padrino el capitán y castellano Diego de la Torre¹⁰⁷.

19. BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El que dio los primeros pasos para la beatificación fue el gobernador de Cartagena Don Pedro Zapata, quien pidió que se iniciaran las investigaciones sobre la vida y virtudes del padre Claver. El padre Diego Ramírez Fariña, sucesor del santo en el apostolado de los negros, se unió a esta petición. El 7 de setiembre de 1657 se nombró una comisión y, con ese motivo, los restos del santo fueron colocados en la pared de la iglesia de la Compañía. Las investigaciones e interrogatorios a 154 testigos duraron hasta 1660.

El 8 de abril de 1697, en uno de los asaltos de los piratas, una bomba cayó sobre la casa e iglesia, destrozando parte del altar, pero nada pasó a las reliquias de nuestro santo. Los restos fueron trasladados al nuevo templo entre 1737 y 1740 y fueron colocados en una columna, que sostiene la cúpula del lado del evangelio, a dos metros de altura. Durante más de un siglo estuvieron allí sus restos, pues el templo fue convertido en cuartel y mercado con las consecuentes profanaciones.

En 1851, con motivo de su beatificación, el obispo Pedro Antonio Torres abrió el sepulcro y se extrajeron los dos fémures y las dos tibias, según consta en

¹⁰⁷ Hno. Nicolás González, Proceso fol 263, pp. 489-493.

un acta. Un fémur y una tibia fueron enviados a Roma y los otros dos huesos quedaron en poder del obispo como reliquias.

En 1888, con motivo de la canonización, Monseñor Biffi abrió de nuevo la tumba, se hizo el catálogo de los restos y se halló el cráneo intacto. Se colocaron las reliquias en una urna de metal dorado con cristales y se dejó al descubierto el cráneo. El 24 de abril de 1954, por el tercer centenario de su muerte, pasaron a una urna de metal sus restos y se colocaron en una urna externa de finísima madera. Está dorada al fuego y mide dos metros con 17 cms. de larga y 59 cms. de ancha y alta. Una bella casulla la recubre.

Para su beatificación fueron aprobados dos milagros. Uno fue el de la curación de Micaela García de Saavedra de una enfermedad interna, una metritis. El otro fue la curación de María Torres que sufría de un aneurisma o tumor en el brazo, producido al cortarle una arteria en el brazo derecho por haberle hecho una mala sangría. Le salió un tumor como una naranja de grande y fue desahuciada. La llevaron ante el sepulcro del padre Claver y le pusieron una estola del santo. Poco a poco, fue cediendo el tumor hasta quedar como una almendra y luego sin dejar rastro alguno. Fue beatificado por el Papa Pío IX en la basílica vaticana el 21 de setiembre de 1851.

Para la canonización fueron aprobados otros dos milagros. La curación de Bárbara Dressen, que vivía en Milwaukee, Estados Unidos, y que tenía un cáncer en la cara. El padre jesuita Francisco Javier Weninger la exhortó a invocar al beato Pedro Claver para su curación. El padre Weninger le aplicó a la mejilla una reliquia del santo y, al momento, cesaron sus dolores y quedó curada milagrosamente. Era el año 1862 y Bárbara tenía ya 83 años.

El otro caso fue la curación de Ignacio Streckel, emigrado alemán como el anterior, que vivía en la ciudad de san Luis en Estados Unidos. Trabajando, en 1861, se había dado un fuerte golpe con un hierro en el pecho y le vino una inflamación que se convirtió en cáncer, que avanzaba por las costillas y parecía imparable. Los doctores lo declararon desahuciado. El Padre Weninger le aplicó también una reliquia del santo, la herida fue cerrándose y, a los pocos días, quedó totalmente curada. El milagro ocurrió en 1863.

Fue canonizado el 15 de febrero de 1888 por el Papa León XIII. En el acta de la bula para la canonización, este Papa escribió: *Para incremento y honor de la fe católica, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los santos apóstoles Pedro y Pablo y la nuestra... mandamos que el antes mencionado beato Pedro Claver, apóstol de los negros, a una con los bienaventurados siete fundadores de la Orden de los siervos de la bienaventurada Virgen María y de los beatos Juan Berchmans y Alonso Rodríguez, sea contado en el número de los*

santos. Decretamos además que todos los años se celebre la fiesta de san Pedro Claver el día 9 de setiembre y se ponga en el martirologio romano. Como vemos, fue canonizado al mismo tiempo que su gran maestro Alonso Rodríguez.

El mismo Papa León XIII era muy devoto del padre Claver y confesó: *Después de la vida de Cristo, ninguna ha conmovido tan profundamente mi alma como la del gran apóstol san Pedro Claver.* Este mismo Papa el 7 de julio de 1896, lo nombró patrono de las misiones entre los negros.

REFLEXIONES

Son varias las reflexiones que nos merece la vida de san Pedro Claver. En primer lugar el haberse consagrado como esclavo de los esclavos negros para siempre. Toda su vida fue un constante servicio a ellos, soportando toda clase de malestares para atender a los enfermos y apestados, aguantando sin desmayo todas sus debilidades humanas en el cuerpo y en el alma, y procurando siempre su salvación por medio del bautismo y de las buenas costumbres.

Por otra parte, no descuidó a los leprosos del hospital San Lázaro o a los presos, preocupándose especialmente de los condenados a muerte y de los no católicos para convertirlos a nuestra fe.

Para la evangelización, recurría a las imágenes para que pudieran captar más fácilmente las ideas del cielo o del infierno, de lo que es el pecado y la limpieza que da el bautismo y la confesión. Tuvo mucha devoción a la santa cruz. Siempre llevaba una consigo para mostrarla en sus prédicas y con ella hacía muchos milagros.

Celebraba la misa con mucha devoción, como si viera al mismo Jesús en el altar. Amaba entrañablemente a la Virgen María y cada año fabricaba con sus manos unos 9.000 rosarios, para repartirlos, invitando a todos a rezarlo cada día.

Sus santos predilectos fueron su padre fundador San Ignacio de Loyola; santo Domingo de Guzmán, del que hacía grandes elogios; san Antonio Abad por su poder contra el diablo; su patrono san Pedro y muy especialmente su querido maestro Alonso Rodríguez, a quien llamaba “Alonso mío” y a quien Dios quiso unirlos para siempre, al ser canonizados los dos el mismo día.

Por otra parte, para ejercer mejor su ministerio, Dios le concedió algunos dones sobrenaturales como el del conocimiento sobrenatural y el don de hacer milagros. Su celo pastoral lo llevaba en ocasiones a ir fuera de Cartagena a evangelizar en otros lugares cercanos, buscando siempre a las ovejas perdidas,

especialmente de los negros, que eran sus hijos predilectos. Siempre que llegaba un barco desde África con esclavos, acudía a recibirlos y atenderlos con todo su amor de padre y con todos los medios a su alcance para bien de sus cuerpos y de sus almas. Y les enseñaba a repetir constantemente una oración sencilla: *Jesús, Hijo de Dios, tú eres mi padre y mi madre, yo te amo mucho. Señor, yo te amo mucho, mucho, mucho.*

Por todo lo cual podemos decir que san Pedro Claver fue por excelencia el apóstol de los negros y el Papa lo reconoció, nombrándolo patrono de las misiones entre los negros.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de san Pedro Claver, podemos decir que vivió la fe católica radicalmente en el servicio a los más pobres de entre los pobres: los esclavos negros. Él los amaba como un padre y ellos lo querían como hijos. Por eso, cuando lo veían por la calle se acercaban a besarle la mano y él tenía la suficiente confianza como para corregir con fuerza sus vicios con los que ofendían a Dios. Quería hacer de ellos católicos ejemplares. Ellos eran sus predilectos y a quienes atendía en primer lugar en el confesonario. Los buscaba por sus casas, preocupándose de sus problemas y enfermedades, tratando de ayudarles en todo, incluso llamando la atención a sus amos si los maltrataban o se aprovechaban íntimamente de las esclavas. A pesar de que a muchos amos no les gustaba que se metiera en sus asuntos, insistía en que los negros se casaran para tener matrimonios bendecidos por Dios y no vivieran en concubinato o a escondidas. Los domingos mandaba a los intérpretes a que los buscaran y los llevaran a la iglesia a oír misa, pues también ellos tenían obligación como fieles cristianos.

Sin embargo, muchos no lo comprendieron y lo criticaron sin piedad, especialmente por permitir a los negros comulgar con frecuencia. Otros se sentían mal, porque llevaba a los negros a la iglesia y ellos no podían asistir debido al mal olor. Algunos eclesiásticos le llamaron la atención por hacer bautismos, según ellos, sin la debida preparación. Pero, cuando ellos fueron a bautizar y evangelizar a los negros tuvieron que desistir, porque se desmayaban. Entonces le admiraron y le dejaron el campo libre.

En resumen, san Pedro Claver, el apóstol de los negros, es un ejemplo para nosotros que debemos vivir nuestra fe con radicalidad, atendiendo a los más pobres como hermanos en Cristo y usando los medios que la Iglesia siempre nos ha propuesto como las imágenes, la santa cruz, el agua bendita, el rosario, y, sobre todo, la confesión y comunión frecuentes.

Que Dios te bendiga por medio de María. Saludos de mi ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre - Lima - Perú
Teléfono 00(511)461-5894

&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Andrade Alonso, *La vida del venerable y apostólico Pedro Claver*, Madrid, 1657.
- Astrain Antonio, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, 1916.
- Brioschi Pedro, *Vida de San Pedro Claver*, Garnier Hermanos, Paris, 1889.
- Cassani Joseph, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1741.
- De Oddi Longaro, *Vita del venerabile servo di Dio Pietro Claver*, Roma, Salomoni, 1748.
- Fernández Josef, *Apostólica y penitente vida del V. P. Pedro Claver de la Compañía de Jesús*, Zaragoza, 1666.
- Fleuriau Bertrand, *La vie du vénérable P. Pierre Claver*, Paris, 1751.
- Hazañero Sebastián, *Letras Annuas de la Compañía de Jesús en la provincia del Nuevo Reino de Granada*, Zaragoza, 1645.
- Ledos Gabriel, *Saint Pierre Claver*, Paris, tercera edición, 1923.
- Pacheco Manuel, *Los jesuitas de Colombia*, Ed. San Juan Eudes, Bogotá, 1959-1989.
- Proceso de beatificación y canonización de san Pedro Claver*, Ed. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2002, según la edición de 1696.
- Proceso. Sac. Rituum Congregatione sive Eminentissimo et Reverendissimo Card. De Abdua. Cartagenen. beatificationis et canonizationis ven. servi Dei Petri Claver, sacerdotis Societatis Jesu. Positio super dubio, Roma, 1696.
- Sandoval Alonso, *De instauranda ethiopum salute*, Madrid, 1647.
- Sandoval Alonso, *Naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres y ritos, disciplina y catecismo evangélico de todos los etíopes*, Sevilla, 1627.
- Sola Juan María, *Vida de San Pedro Claver de la Compañía de Jesús, apóstol de los negros*, Librería Subirana, Barcelona, 1888.
- Solanes Francisco, *San Pedro Claver, esclavo de los esclavos*, Bilbao, 1942.
- Valtierra Ángel, *Pedro Claver*, Imprenta nacional, Bogotá, 1954.
- Valtierra Ángel y de Hornedo Rafael, *San Pedro Claver, esclavo de los esclavos*, BAC, Madrid, 1997.

&&&&&&&&&&&